



**Universidad
de Cartagena**
Fundada en 1827

**PARADOS EN EL PEDAZO: IMAGINARIOS DE LAS PANDILLAS JUVENILES
DE LOS BARRIOS PALESTINA, LA PAZ Y PABLO VI SEGUNDO DE LA
CARTAGENA DE INDIAS CONTEMPORÁNEA (2016-2017)**

ISRAEL TOVÍO YÉPEZ

JOSÉ CARLOS GARCÍA MARTÍNEZ

GUILLERMO GONZÁLEZ FARAH

**Trabajo de grado presentado para optar al título de
MAGÍSTER EN CONFLICTO SOCIAL Y CONSTRUCCIÓN DE PAZ**

Asesor:

GERMAN RUIZ PÁEZ, Ph.D.

**UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y EDUCACIÓN
MAESTRÍA EN CONFLICTO SOCIAL Y CONSTRUCCIÓN DE PAZ
CARTAGENA DE INDIAS, COLOMBIA**

2018

Dedicatoria

A

La memoria de mi tío Miguel Farah y de mi madre Silvia, por el apoyo incondicional en mi formación como ser humano. A Afife, mi compañera de todas las horas; a mis hermanos, mis hijos y a mis nietos, por regalarme el tiempo para realizar la investigación.

Guillermo González Farah

A

Dios por hacerlo posible. A

Mi papa, Faustino Tovío, y a mi mamá, Noris Yepes, todo lo que soy se lo debo a ustedes. A Marcela Alcalá, mi gran apoyo en los momentos en que sentí desfallecer; y a la familia Herrera Rodríguez por mostrarme el camino.

Israel Tovío

A

Dios, por no abandonarme cuando me aleje de él, y encender la luz para continuar el camino. A la memoria de mi hermano Roberto Oñoro, por ser mi ejemplo a seguir; a mi madre, Carmen Martínez, por su entrega y entereza; a Kary García, por siempre estar ahí cuando la necesite; y a mis hijos por ser el motor que impulsa mi vida.

Jose García

Agradecimientos

Agradecimiento eterno a Rosita Jiménez Ahumada, coordinadora académica de la maestría; por su respaldo incondicional.

Agradecimiento especial a nuestro asesor de tesis, German Ruiz Páez, por creer en nuestro proyecto y acompañarlo de principio a fin.

Agradecemos a todos los jóvenes de los barrios La Paz, Pablo VI y Palestina que participaron en la investigación a través de la narración de sus historias de vida, fueron piezas claves para armar el entretejido de significaciones que cimentaron nuestro trabajo.

Agradecemos fundamentalmente a la Universidad de Cartagena, por convertirse en el escenario académico propicio para la discusión y la construcción de la paz.

Y agradecemos a Deyvis González, por ilustrarnos sobre la historia de las pandillas en Cartagena y por ser el puente de comunicación con los jóvenes inmersos en el conflicto de pandillas.

Contenido

Introducción: Los Imaginarios Sociales y el Estudio Sociológico de las Pandillas en Cartagena de Indias: Una Oportunidad Estratégica	10
Capítulo 1. Descripción del Problema de Investigación	16
1.1. Planteamiento del Problema	16
1.2. Objetivos	19
1.2.1. Objetivo General	19
1.2.2. Objetivos Específicos	19
Capítulo 2. Marco Teórico	20
2.1. Una Mirada Crítica al Estado del Arte de los Estudios Empírico-primarios sobre Pandillas Juveniles en Centroamérica, México, Colombia y Cartagena de Indias	20
2.1.1. Estudios Empírico-primarios en América Latina	21
<i>2.1.1.1. Centroamérica</i>	22
<i>2.1.1.2. México</i>	26
<i>2.1.1.3. Colombia</i>	27
<i>2.1.1.4. Cartagena de Indias: Ausencia de estudios académicos</i>	32
<i>2.1.1.5. A manera de cierre</i>	39
2.2. Marco Conceptual	40
2.2.1. Violencia	41
<i>2.2.1.1. La violencia como agresividad</i>	41
<i>2.2.1.2. Modalidad sicologista del cambio social: La frustración</i>	42
<i>2.2.1.3. Teoría de la violencia en Johan Galtung: El conflicto como oportunidad</i>	45
<i>2.2.1.4. John Paul Lederach: Trascender la violencia desde la imaginación moral</i>	49
2.2.2. Conflicto	50
<i>2.2.2.1. El conflicto desde las teorías sociales</i>	50
<i>2.2.2.2. Estanislao Zuleta: La transformación social del conflicto</i>	51
<i>2.2.2.3. Marco Raúl Mejía: La construcción cultural y educativa del conflicto</i>	52
<i>2.2.2.4. La transformación de conflictos como motor de cambio social</i>	53
2.2.3. Pandilla	56

2.2.4. Los imaginarios sociales	58
<i>2.2.4.1. Las facetas de los imaginarios sociales</i>	60
<i>2.2.4.2. Cornelius Castoriadis y los imaginarios sociales</i>	68
Capítulo 3. Marco Metodológico	78
3.1. Investigación Cualitativa	78
3.2. Interaccionismo Simbólico	80
3.3. Una Exploración Etnográfica	84
3.4. Aspectos Relevantes	87
3.5. Recopilación de la Información	90
3.6. Procesamiento de la Información: Triangulación Hermenéutica	97
Capítulo 4. Contexto Socio-económico de Cartagena y el Fenómeno de las Pandillas durante el Periodo 2015-2017	100
4.1. La Población	101
4.2. La Problemática Socioeconómica: Aumento de la Pobreza y la Indigencia	102
4.3. La Violencia y el Homicidio en Cartagena: Aumento de las Muertes por Riñas	104
4.4. Grupos de Pandillas en Cartagena 2016-2017	107
4.5. Panorama Socioeconómico de los Tres Barrios: La Paz, Palestina y Pablo VI I-II	109
Capítulo 5. Descripción Histórica del Conflicto	114
5.1. Tras las Huellas de Los Matarratas de Palestina	116
5.2. Tras las Huellas de Los Tóquenlo de Pablo VI Segundo	118
5.3. Tras las Huellas de Los Menores de La Paz	119
5.4. Entre Riñas y Alianzas	119
5.4.1. Orígenes del conflicto entre Palestina y Pablo VI Segundo	120
5.4.2. Orígenes del conflicto entre Palestina y La Paz	121
5.4.3. El enemigo de mi enemigo es mi amigo	122
Capítulo 6. La Otra Mirada	126
6.1. La Información del Miedo	127
6.2. Las Voces Institucionales a través de la Prensa	129
Capítulo 7. Parados en el Pedazo: Pandillas Juveniles en la Cartagena de Indias Contemporánea: Una Mirada desde los Imaginarios Sociales	132

7.1. Caracterización de las Tres Pandillas	133
7.1.1. Los Menores de La Paz	134
7.1.2. Los Matarratas de Palestina	138
7.1.3. Los Tóquenlo: El relevo generacional de los Samuray	142
7.1.4. Lo que los separa los une	144
7.2. La Mirada de los Jóvenes Inmersos en el Conflicto de Pandillas	147
7.2.1. La mirada a la génesis y la dinámica del conflicto	150
7.2.2. La mirada de la comunidad	153
7.2.3. La mirada a las instituciones públicas	155
7.2.4. ¡¿Qué me miras?!: Cuando la mirada se vuelve violencia	159
7.3. La Violencia como Forma de Vivir	163
7.3.1. Dialéctica amigo-enemigo	163
7.3.2. Violencia juvenil	168
7.4. El Boro como Comunidad de Sentido	178
7.4.1. El <i>boro</i> en contraposición a <i>pandilla</i>	178
7.4.2. El boro como familia	180
7.5. El Territorio	182
7.5.1. Un mosaico de emociones	185
7.5.2. Lo que condena, protege	187
7.6. El Ocio: La “Mamadera de Gallo”	188
7.7. Ante la Pobreza, el Desempleo y la Falta de Educación, los Jóvenes Reclaman Oportunidades	190
7.8. A Manera de Conclusión	193
Capítulo 8. Conclusiones-Recomendaciones para una Política Pública que Mitigue la Violencia Juvenil en Cartagena	195
Referencias Bibliográficas	204
Anexo 1. Para una Etnografía de la Cárcel	218
Anexo 2. Cartografía del Conflicto	220
Anexo 3. Glosario de Palabras y Expresiones Utilizadas por los Jóvenes Inmersos en el Conflicto de Pandillas Entrevistados	234
Anexo 4. Índice de Audios de Entrevistas Realizadas [CD-ROM]	242

Anexo 5. Video Conversatorio de Jóvenes Líderes

[CD-ROM]

243

Índice de Tablas

Tabla 1: <i>Pobreza monetaria en Cartagena, periodo 2015-2016</i>	102
Tabla 2: <i>Población de Cartagena por nivel socioeconómico (2016)</i>	103
Tabla 3: <i>Desempleo en Cartagena por rango de edad (2016)</i>	104
Tabla 4: <i>Homicidios en Cartagena por modalidad 2008-2017</i>	105
Tabla 5: <i>Comparación de la tasa de homicidios de Cartagena con la de cinco ciudades puertos importantes del mundo (2017)</i>	107
Tabla 6: <i>Distribución por barrios y edades quinquenales de 15 a 29 años (2017)</i>	110
Tabla 7: <i>Actividad económica de mujeres y hombres de los barrios La Paz, Palestina, Pablo VI-I y Pablo VI-II (2017)</i>	111
Tabla 8: <i>Escolaridad de mujeres y hombres jóvenes de los barrios La Paz, Palestina, Pablo VI-I y Pablo VI-II (2017)</i>	112
Tabla 9: <i>Número de hijos por hogar de los barrios La Paz, Palestina, Pablo VI-I y Pablo VI-II (2017)</i>	113

Índice de Figuras

<i>Figura 1.</i> Triángulo del conflicto	45
<i>Figura 2.</i> Triángulo de la violencia	46
<i>Figura 3.</i> Pandillas activas en Cartagena a julio de 2017	109
<i>Figura 4.</i> Panorámica parcial de los barrios de Cartagena	114
<i>Figura 5.</i> Barrios vecinos: La Paz, Palestina y Pablo VI Segundo	115
<i>Figura 6.</i> El alcalde y el secretario del interior junto a los jóvenes beneficiados.	130
<i>Figura 7.</i> Ubicación geográfica de los barrios Palestina, Pablo VI y La Paz de Cartagena.	220
<i>Figura 8.</i> Zonas de influencia aproximadas de las pandillas en los barrios Pablo VI, Palestina y La Paz.	221
<i>Figura 9.</i> Calle principal del barrio Palestina.	222
<i>Figura 10.</i> Calle principal del barrio La Paz.	223
<i>Figura 11.</i> Esquina del Colegio Rochy con vistas al barrio Palestina.	224
<i>Figura 12.</i> Esquina Colegio Rochy con vistas al barrio Pablo VI.	225
<i>Figura 13.</i> Carrera La Heroica.	226
<i>Figura 14.</i> Los Cerderos.	227
<i>Figura 15.</i> Calle 64.	228
<i>Figura 16.</i> Calle Fanny, vista desde Los Cerderos.	229
<i>Figura 17.</i> Calle Fanny, vista desde la calle 54.	230
<i>Figura 18.</i> Cartografía del conflicto visto desde un joven en conflicto de Pablo VI.	231
<i>Figura 19.</i> Cartografía del conflicto visto desde un joven en conflicto de Palestina.	232
<i>Figura 20.</i> Cartografía del conflicto visto desde un joven en conflicto de La Paz.	233

Introducción: Los Imaginarios Sociales y el Estudio Sociológico de las Pandillas en Cartagena de Indias: Una Oportunidad Estratégica

“Llaman violento al río impetuoso, pero a las orillas
que lo comprimen nadie las llama violentas”.

Bertolt Brecht (citado en Cerbino, 2004, p. 11)

Dennis Rodgers (2006) en una entrevista hablaba de la relación indisoluble entre las ciudades y la generación de violencia; según él, dicha relación, antes que resolverse de manera simple, engendra muchas más complejidades. Si bien la casi totalidad de las pandillas juveniles son urbanas, no es posible establecer una relación condicional entre ciudad y pandilla, aunque sí es posible que los escenarios urbanos de aglomeración y desorden puedan estimular su aparición. El elemento que remarca Rodgers es la exclusión social, constituida a partir de una serie de dinámicas de marginalización que el sistema económico capitalista produce como germen de su subsistencia; por ejemplo, la producción de grupos dominantes que detentan el poder hegemónico de producción simbólica, en tensión con grupos excluidos. Este tipo de exclusión, que se encuentra presente en muchas de las definiciones de *pandillas*, para expresar vacío o ausencias, no solamente se expresa en las condiciones materiales de existencia: también cuenta con un carácter simbólico.

En este marco, los grupos de pandillas surgen motivados por la necesidad antropológica de crear espacios de socialización y, por ende, escenarios de sentido. De ahí la importancia de emprender estudios que enfoquen la investigación sobre las pandillas juveniles desde la

perspectiva de la creación de espacios, simbólicos y físicos, externos e internos, que carguen de sentidos propios la construcción de las identidades juveniles.

No obstante lo anterior, en la ciudad de Cartagena, desde el ámbito mediático, la mayoría de los escritos no pasan de ser reportajes o noticias que concentran su interés en describir la forma como operan las pandillas juveniles; la violencia e inseguridad que generan a la ciudadanía, la cual los considera como un flagelo; y el papel que deben asumir las autoridades para mitigar la problemática. De igual forma, por parte de algunas organizaciones gubernamentales y no gubernamentales las pandillas son referenciadas como actores de inseguridad ciudadana, sin ahondar en las raíces profundas que producen la violencia juvenil en el marco de las dinámicas urbanas de la ciudad.

Este trabajo busca problematizar las perspectivas que se concentran en estudiar el tema de pandillas desde lo criminológico y lo psicológico, cuyo foco de análisis, respectivamente, lleva el debate a posturas desviacionistas o patologistas. Estas percepciones en torno a los jóvenes en conflicto son problemáticas porque generan un estigma frente al sujeto juvenil, el cual pasa a ser visto como delincuente o como enfermo. Creemos que estas posturas desconocen otros factores que inciden en la comprensión de las pandillas, ya que no tienen en cuenta elementos constitutivos de las dinámicas culturales y simbólicas inmersas en la conformación de estos grupos.

Si bien hay en las pandillas un alejamiento de las normas de comportamiento social y de las practicas de conducta “ordinarias” que define la sociedad, las perspectivas antes señaladas desconocen el papel socializador que tiene la pandilla como espacio de interacción y construcción de la identidad juvenil en contextos de marginalización y exclusión. Para

Rodríguez y Solano (2011), el termino pandilla debe ir más allá del estigma, resignificándolas como:

asociaciones donde se manifiesta un alto sentido de pertenencia, grupos de sentido en donde el joven puede construir afinidades, amores, lealtades, tristezas, alegrías, situaciones caóticas, etc. Es decir, son quizá los únicos espacios que estos jóvenes tienen para sentirse adscritos a algo que trasciende el mero individualismo, lugares en donde pueden expresarse y comunicarse lejos de la insidiosa mirada adulta que se encarga, sistemáticamente, de excluirlos (p. 11).

En este sentido, la teoría de los imaginarios sociales brinda una oportunidad estratégica, al ser cruzada con los estudios sociológicos, ya que sirve como matriz de sentido para comprender los esquemas-modelos que construyen los jóvenes inmersos en el conflicto de pandillas* de los barrios periféricos de la Cartagena de Indias contemporánea**, considerando de esta manera, a las pandillas juveniles como formas de expresión social producto de sistemas culturales propios. Son precisamente estos esquemas-modelos los que les permiten a los jóvenes construir significaciones que le dan sentido a sus vidas. Por tanto, la manera como es abordado el joven en esta investigación busca considerarlo como una creación histórico-social, producto de

*En adelante la expresión “jóvenes inmersos en el conflicto de pandillas” se reemplazará, atendiendo a criterios de economía del lenguaje, por “jóvenes en conflicto”. Por otra parte, es importante remarcar que la palabra “pandillero” contiene una fuerte carga de estigma, tanto en el uso cotidiano del término como en la imagen construida por los medios de comunicación; sumado al hecho de que estos jóvenes no representan entidades metafísicas, sino, por el contrario, son sujetos históricos inmersos en contextos sociales específicos, y que la expresión “pandillero” es utilizada como categoría en las Ciencias Sociales para investigar sujetos de determinado grupo humano, con características sociales y culturales compartidas, en este trabajo nos hemos cuidado de no emplearla de manera indiscriminada para no caer en visiones simplistas y unívocas, que ven a estos jóvenes como individuos irracionales que se reúnen a delinquir y a pelear con otras “pandillas”. Por consiguiente, cabe resaltar que el propósito ético de este trabajo de investigación, que pretende tener un alcance académico-práctico, es precisamente descargar del estigma a estos jóvenes, al ubicarlos en medio de condiciones sociológicas específicas, recurriendo a sus voces para que puedan contar su historia y, de esa manera, reivindicar su condición humana.

** La expresión Cartagena contemporánea hace referencia al periodo 2016–2017, tiempo que no tiene adjetivación específica, sino que está dado por la simultaneidad entre las fases de la investigación y los años que transcurren. Es decir, hay un paralelismo entre el periodo en que nosotros realizamos la investigación y el tiempo de investigación abordado en el trabajo de grado.

la imaginación social instituyente; esto es, la identidad del joven es entendida en esta investigación como el producto de una red de sentidos intersubjetivos, los cuales cruzan de manera incesante significados construidos y compartidos colectivamente; estos significados, a su vez, cargan de sentido las prácticas individuales.

Así, esta investigación busca comprender el río impetuoso que amenaza violentamente con desbordarse –no justificar ni validar su violencia, sino tratar de comprenderlos–, esto es, juzgar críticamente las orillas que lo oprimen, que generan igualmente violencia. Esto podría ser el inicio de la transformación hacia un río que fluye con mayor libertad y en paz. Entender las formas de ser, de sentir y de estar en el mundo de los jóvenes sería el inicio de la transformación del conflicto. Por consiguiente, para contribuir al propósito general de este trabajo es necesario comprender la interacción que existe entre el contexto y los imaginarios sociales de los jóvenes en conflicto, lo que al final nos permitió producir insumos que contribuyen, a nuestra manera de ver, en el diseño de políticas públicas orientadas a la transformación positiva del conflicto.

En cuanto a lo metodológico, esta investigación contribuye a la comprensión del fenómeno de las pandillas en la ciudad de Cartagena realizando un estudio sociológico que tiene como base epistemológica los postulados del interaccionismo simbólico; fundamentalmente la propuesta que asumimos como eje epistémico de nuestro trabajo concibe la identidad como una construcción que se da desde la interacción social. La importancia de un estudio como este radica en que, sirviéndonos de autores como G. H. Mead (1973), Herbert Blumer (1998) y Erving Goffman (1959, 1991), podemos sostener la idea de que la identidad de los jóvenes en conflicto se construye a la luz de un proceso de interacción activo, en el que fluyen una serie de significados colectivos que adquieren sentido en y desde la dinámica del grupo. Esta perspectiva ubica a los jóvenes en medio de circunstancias históricas y sociales, alejándose de las visiones en

las que la identidad juvenil y los sentidos del universo de representaciones del joven son extraños a él; siendo su identidad concebida de manera exógena.

Por ende, nos servimos de la teoría de los imaginarios sociales para acceder a un marco de análisis que piensa la relación entre los individuos y la sociedad como una dialéctica histórico-social en la que los esquemas de comportamiento, socialmente construidos, fluyen desde dentro de un magma de significaciones sociales. La propuesta de trabajo con los imaginarios sociales se concentra, así, en dos objetivos: por un lado, comprender y acotar el concepto de imaginario social; y, por otro, fundamentar el análisis de la información en la idea de que la noción de imaginario social, entendida como capacidad creadora, abre la posibilidad de dilucidar el fenómeno de las pandillas desde un enfoque no estereotipado, sino desde una mirada que intenta comprender las raíces profundas del conflicto.

Comprender de esta manera los imaginarios sociales otorga la posibilidad de imaginar significaciones sociales fundamentadas en dinámicas de no-violencia. Utilizando la idea de Lederach (2009) en torno a la imaginación moral, el uso que se dará a lo imaginario será estratégico, ya que “exige que creemos algo más allá de lo existente (...) En referencia al cambio social, significa que tenemos que desarrollar una capacidad para reconocer y construir el locus del potencial para el cambio” (p. 157). Desde esta perspectiva, la mirada a los imaginarios sociales permitirá usarlos como una herramienta para explicar las significaciones que le dan sentido a las realidades en que se mueven los sujetos sociales, pero, además, podremos emplear a los imaginarios sociales como una facultad humana de transformación social, como un instrumento capaz de construir realidades basadas en la convivencia y el respeto mutuo.

Este trabajo es novedoso en la ciudad de Cartagena porque explora desde un estudio sociológico el mundo de las pandillas, adentrándose en los sentimientos, emociones y

pensamientos de los jóvenes en conflicto, para echar mano de instrumentos etnográficos que permitan construir un universo simbólico de interpretación compartido entre los sujetos de estudio y los investigadores. En síntesis, es una exploración que busca abrir nuevos caminos de investigación en este campo en la ciudad de Cartagena, revalorizando el lugar que ocupan los jóvenes en conflicto en la comprensión de su historia e identidades.

Con el propósito de alcanzar los objetivos planteados anteriormente, el trabajo se estructuró de la siguiente manera: ocho (8) capítulos. Los tres primeros hacen referencia a los elementos teóricos, conceptuales y metodológicos que soportan el trabajo de investigación; en el cuarto capítulo se realiza una contextualización socio-económica de los barrios Palestina, La Paz y Pablo VI I-II; en el quinto capítulo se caracteriza, a la luz de los imaginarios sociales, a los tres grupos de pandillas investigados; por su cuenta, en el sexto capítulo se muestra la visión estigmatizadora que ha construido la prensa de la ciudad de Cartagena en torno a los jóvenes en conflicto; en el séptimo capítulo se construye de manera hermenéutica la identidad del joven en conflicto a través de una interpretación de los imaginarios sociales entendidos como matrices de sentido; finalmente, en el octavo capítulo se propone una hoja de ruta práctica para la construcción de políticas públicas que mitiguen la violencia juvenil en la Cartagena de Indias contemporánea.

Capítulo 1. Descripción del Problema de Investigación

1.1. Planteamiento del Problema

Entre los años 2015 y 2017, Cartagena ha padecido un aumento inusitado en la escala de violencia urbana. Entre las causas que explican el incremento de este flagelo destacamos la violencia generada por la rápida propagación de las pandillas en el último período. Desde los entes gubernamentales de la ciudad, existe relativa consciencia de las complejidades del fenómeno social (Niño, 2017); sin embargo, a la hora de implementar políticas públicas para mitigar la problemática y transformar positivamente el conflicto, la respuesta institucional resulta ser de “choque”, circunstancial; por eso, no se concentra en atacar las raíces mismas del conflicto.

Según la Policía Metropolitana de Cartagena, las pandillas se redujeron en un 40%, al pasar de 55 en el año 2016, a 34 en el año 2017 (Cartagena Cómo Vamos, 2017b). Sin embargo, como mostraremos en el capítulo dedicado a las pandillas en Cartagena (acápite 3.4), la información suministrada por las autoridades no está en consonancia con las dinámicas internas de los grupos o con las lógicas que confluyen en torno a la configuración de una pandilla. Muestra de la anterior disonancia es que, pese a la reducción de los grupos de pandillas que manifiesta la Policía, el Centro de Observación y Seguimiento del Delito (COSED, 2017) señala que los homicidios por riñas entre pandillas para el año 2017 fueron 24, en comparación a las 27 muertes por la misma modalidad en el año 2016. Al analizar de manera comparada la información, llegamos a la conclusión de que el descenso por muertes entre pandillas escasamente alcanzó el 11%, y que la aparente reducción en el número de pandillas no representa

la disminución de la violencia; por el contrario, evidencia la intensificación del conflicto entre las pandillas existentes.

La escasa efectividad de los resultados obtenidos es un serio llamado de atención a las entidades estatales sobre la forma como están abordando la problemática, debido a que solamente contemplan mecanismos de represión del delito y políticas para luchar contra la exclusión socioeconómica de los grupos vinculados o en riesgo de vincularse a las pandillas. Desde las instituciones del Estado se siguen los criterios de la Policía para definir a las pandillas: *liderazgo identificable, territorialidad, identificación de la comunidad, capacidad de vinculación, capacidad logística, compañerismo, fin común, promedio de edad y actuación colectiva* (Cartagena Cómo Vamos, 2017b). No obstante, esta caracterización excluye la lucha por la significación que construyen los jóvenes en conflicto para dar sentido a sus vidas.

Las políticas públicas sobre juventud fallan al momento de abordar el tema de pandillas, porque la radiografía que realizan y que da cuenta de la problemática, se construye desde afuera y no visibiliza la voz de los jóvenes en conflicto. De esta manera, el tema de las pandillas ha venido siendo referenciado como un asunto de seguridad ciudadana, sin ahondar en las raíces estructurales y simbólicas que producen la violencia juvenil, en el marco de las dinámicas urbanas de Cartagena.

Asimismo, desde la academia, el tema de las pandillas en Cartagena ha sido poco estudiado desde un enfoque de estudios empíricos primarios, lo que ha generado una perspectiva de análisis limitada, ya que las investigaciones que aportan al tema de estos grupos juveniles se han concentrado en referentes externos, como la poca participación de los jóvenes en el mercado laboral o la incidencia de este fenómeno en la criminalidad. Dichos estudios, a nuestro parecer, carecen del significativo aporte del trabajo de campo, de suma importancia a la hora de indagar

sobre los orígenes e imaginarios sociales que se construyen en torno a grupos sociales específicos. En este sentido, el presente trabajo, a través de estudios empíricos primarios, apunta a comprender las dinámicas internas de las pandillas, con el objetivo de darle voz al sujeto de estudio para que narre su propia historia.

En la investigación se trató no solo de entender el fenómeno de la violencia de las pandillas o la conflictividad misma, sino, también, se buscó interpretar los sentidos que atribuyen los jóvenes a sus acciones. Se trató de explorar las significaciones imaginarias que utilizan para crear un mundo simbólico a partir del cual construyen su realidad y deconstruyen las realidades de los otros.

Por último, pensamos que la importancia de este tipo de investigaciones radica en que hace posible la apertura de caminos alternos para responder a la problemática de la violencia juvenil de las pandillas. Esta nueva forma de investigar la violencia juvenil, enfocándose en una visión simbólica de los jóvenes en conflicto, se aleja de las perspectivas clásicas, que buscan dar respuesta a la problemática –si acaso esto fuera posible– desde lo psicológico, lo jurídico y lo escolar. Así, creemos que los resultados de esta exploración por el mundo simbólico de los jóvenes en conflicto podrían posibilitar el diseño de políticas públicas desde un enfoque cultural, que le permita al joven potencializar sus habilidades, al asumir la conflictividad como sustrato de las interacciones juveniles; transformando el uso de la violencia directa y el afán de eliminar al “enemigo”, en lo que Cerbino (2004) llama: “una confrontación simbólica y constructivista llena de posibilidades” (p. 24).

De este modo, frente al propósito de visibilizar las historias de estos jóvenes mediante la interpretación de los imaginarios sociales que ellos construyen, surgió la siguiente pregunta de investigación: ¿qué imaginarios sociales construyen los jóvenes inmersos en el conflicto de

pandillas de los barrios Palestina, La Paz y Pablo VI Segundo de Cartagena de Indias, inmersos en escenarios de conflicto, durante el periodo 2016-2017? Responder la pregunta problémica implicaba dar respuesta al siguiente interrogante: ¿por qué la violencia se convierte en un elemento consustancial a la construcción de las identidades de los jóvenes en conflicto?

1.2. Objetivos

1.2.1. Objetivo general: Interpretar los imaginarios sociales que construyen los jóvenes inmersos en el conflicto de pandillas de los barrios Palestina, La Paz y Pablo VI Segundo de Cartagena de Indias en el periodo 2016-2017.

1.2.2. Objetivos específicos:

- Describir el contexto histórico-social y económico de los jóvenes inmersos en el conflicto de pandillas de los barrios Palestina, La Paz y Pablo VI I-II de Cartagena.

- Analizar las imágenes estigmatizadoras que reproducen los medios en torno a los jóvenes inmersos en el conflicto de pandillas.

- Comprender la interacción que existe entre el contexto y los imaginarios sociales de los jóvenes inmersos en el conflicto de pandillas de los barrios Palestina, La Paz y Pablo VI Segundo de Cartagena.

- Establecer cómo la comprensión de los imaginarios sociales que construyen los jóvenes inmersos en el conflicto de pandillas puede contribuir al diseño de políticas públicas orientadas a la transformación positiva del conflicto.

Capítulo 2. Marco Teórico

2.1. Una Mirada Crítica al Estado del Arte de los Estudios Empírico-primarios sobre Pandillas Juveniles en Centroamérica, México, Colombia y Cartagena de Indias

“El Estado del Arte es un mapa que nos permite continuar caminando”.

Messina (1999)

Dado que se considera el estado del arte como una investigación “sobre la producción –investigativa, teórica o metodológica– existente acerca de un determinado tema para develar desde ella, la dinámica, y la lógica presentes en la descripción, explicación o interpretación que del fenómeno en cuestión hacen los teóricos o investigadores” (Vélez y Galeano, 2002, p. 1), este texto realiza una radiografía de varias investigaciones etnográficas que intentaron acercarse a las complejidades dinámicas en temas concernientes a las pandillas, a partir de las voces y las historias de sus propios actores.

El rastreo de la literatura existente sobre pandillas juveniles se concentró, para el propósito de la investigación, en los estudios empíricos primarios, entendiendo por este tipo de trabajos, aquellos en los que la investigación implicó un trabajo de campo durante el cual los investigadores tuvieron un intercambio sostenido con jóvenes en conflicto. La búsqueda documental incluyó libros, artículos de revistas especializadas o científicas, enfoque o caracterizaciones de instituciones públicas nacionales e internacionales, al igual que algunas elaboraciones gubernamentales, entre otros estudios.

En la primera sección, se hace una pequeña introducción sobre los trabajos empírico-primarios en Centroamérica y México. El segundo apartado aborda, de manera sucinta, diversos estudios sobre las pandillas en varias ciudades de Colombia. Y, por último, analizamos la literatura de mayor relevancia que se ha escrito sobre el tema en Cartagena. La finalidad es identificar las fortalezas y debilidades de las investigaciones existentes, sobre todo en esta ciudad, con énfasis en las ausencias referentes al abordaje del tema y su enfoque, a fin de abrir nuevos escenarios de debate interdisciplinar.

2.1.1. Estudios Empírico-primarios en América Latina. El conocimiento que se tiene sobre el tema de pandillas en América Latina es relativamente nuevo. No obstante, las investigaciones con las que se cuenta para la región son muy amplias, debido a que, por un lado, en los últimos años se ha popularizado el estudio de las bandas juveniles, sobre todo en Centroamérica, y, por otro, este tema ha tenido una transformación que ha complejizado sus relaciones con otros tópicos de importancia académica y política. En este sentido, son las literaturas de Centroamérica y Brasil las más amplias y complejas, empezando sus estudios desde bien entrada la década de 1980. Rodgers y Baird (2016) en su artículo “Entender a las pandillas de América Latina: Una revisión de la literatura”, construyen una perspectiva general del conocimiento existente sobre pandillas, con base en investigaciones empírico-primarias publicadas en Centroamérica y Brasil, y otros países de la región, igual de importantes, aunque de menos tradición.

2.1.1.1. Centroamérica. Para el caso específico de Centroamérica, Rodgers y Baird (2016), hacen un llamado de atención a la existencia de una distinción crítica entre pandillas y

maras, comprendidas las últimas como fenómeno transnacional que, a diferencia de las pandillas, tiene un carácter local y nacional, propio de la herencia directa de las pandillas juveniles de la región; sin que esto desconozca su contenido insurreccional característico (p. 20). En este sentido, se observa que en la actualidad las pandillas sólo tienen presencia significativa en Nicaragua y, en menor escala, en Costa Rica, porque han sido remplazadas en un alto porcentaje por los Maras en El Salvador, Honduras y Guatemala.

Entre los autores que trabajan los Mara en El Salvador, destacamos los aportes de Mario Zúñiga (2013). En su artículo “Conocer el odio: hacia una interpretación de la narrativa de pandillas salvadoreñas”, presenta resultados parciales de un estudio elaborado entre 2007 y 2012, que tuvo como objetivo comprender las relaciones de las pandillas Mara Salvatrucha y Barrio 18St con la sociedad salvadoreña. Para ello muestra una explicación acerca de la génesis de los enfrentamientos duales que existe entre las pandillas, basándose en las experiencias de niñez narradas por tres personas pertenecientes a una misma generación de salvadoreños marcados por la guerra civil (1980-1992).

Otro trabajo complementario de Zúñiga (2010) es el abordaje de las memorias de la guerra civil salvadoreña, partiendo de un estudio de vida titulado: “Herida de la memoria: la guerra civil salvadoreña en el recuerdo de niñez de un pandillero”. En este presenta una variedad de procesos históricos, a partir del relato de vida del joven en conflicto Héctor, quien antes de adquirir dicha condición fue guerrillero, soldado y emigrante. La publicación permite ejemplificar las imágenes cimentadas por Héctor en el contexto histórico de la guerra civil salvadoreña.

Estos dos trabajos referenciados no pretenden caracterizar las pandillas desde las percepciones de sus miembros: su interés y factor común es evocar los recuerdos de niñez para

reconstruir históricamente los orígenes de las pandillas en el marco del conflicto interno salvadoreño.

De llamativo interés, es el trabajo coordinado por Mario Avalos (2012): *Historias y relatos de vida de pandilleros y expandilleros de Guatemala, EL Salvador y Honduras*. La misión del trabajo, por la naturaleza cualitativa de la metodología utilizada, así como por el enfoque “desde el sujeto y no desde el Estado”, es que las historias y relatos de vida se conviertan en juicios de análisis comparados para comprender la temática, a partir de las propias percepciones, aspiraciones y sugerencias de los jóvenes en conflicto de la región. La investigación examina las historias de vida de miembros activos y exintegrantes de pandillas de Guatemala, El Salvador y Honduras, teniendo en cuenta la estructura familiar y el contexto socioeconómico. Además, estudia los procesos de socialización que condujeron a los jóvenes al pandillerismo, y la percepción que ellos tienen sobre el Estado y el sistema de justicia penal. Finaliza con las prevenciones que tienen las pandillas frente a la autoridad del Estado y los sueños y anhelos enmarcados en sus proyectos de vida.

La investigación es una invitación a profundizar y actualizar el entendimiento sobre las organizaciones pandilleras, y a valorar las construcciones sociales que se gestan entre sus miembros. Por tanto, la intencionalidad no es solamente contribuir a bajar los índices de criminalidad, “sino en aprehender a estos jóvenes como hijos, hermanos y padres de una sociedad caracterizada tanto por sus altos niveles de violencia como por sus anhelos de paz” (Avalos, 2012, p. 7).

En la misma línea de investigación, destacamos el trabajo de Liebel (2004): “Pandillas juveniles en Centroamérica o la difícil búsqueda de justicia en una sociedad violenta”. Este artículo da cuenta de la historia y extensión de las pandillas en Centroamérica, para luego

concentrar su interés en los modelos culturales, valores y significados, dentro de las relaciones sociales que construyen los miembros de las pandillas. La relevancia del trabajo reside en el distanciamiento que toma sobre los análisis reduccionistas, que encasillan a las pandillas dentro de los términos “bueno” y “malo”. Liebel, para contrarrestar los estereotipos característicos de las instituciones estatales, pone especial atención a la vida interna de las pandillas, tomando en consideración las motivaciones y explicaciones de sus actos. Los jóvenes en conflicto deben ser entendidos como sujetos sociales, que construyen su propia cultura, a raíz de las percepciones que de sí mismo y de su entorno tienen.

En el camino tomado por los dos anteriores trabajos, se inscribe el libro de Smutt y Miranda (1998): *El fenómeno de las pandillas en El Salvador*. A través de un estudio de caso, las autoras se aproximaron al fenómeno de las pandillas juveniles, priorizando como categorías de análisis las apreciaciones que los miembros de esos grupos construyeron en referencia al papel de los padres y madres en la familia, el rol de la Policía Nacional Civil, el papel de la Iglesia y el papel del Gobierno. De igual forma, se aborda el significado que para los jóvenes tiene la pandilla y las expresiones de violencia, así como sus expectativas ante la educación y el trabajo.

En síntesis, es un completo trabajo que, al sumergirse en las particularidades internas de las pandillas, se aleja de los estereotipos que nublan una mejor comprensión de la problemática. El estudio termina proponiendo lineamientos orientadores para el diseño de políticas públicas y el fortalecimiento de programas “preventivos y socio-educativos”, dirigidos a jóvenes vulnerables.

Entre los investigadores que más trabajos han realizado de estudios empírico-primarios en Centroamérica, resaltamos el de Rodgers (2006): “Cuando la pandilla se pone mala: Violencia

juvenil y cambio social en Nicaragua”. Esta investigación es un intento por explicar la radical transformación de la institución social del pandillerismo entre 1996-1997 y el año 2002, en el barrio Luis Fanor Hernández, de la ciudad de Managua, capital de Nicaragua. Rodgers (2006) resalta entre sus hallazgos un cambio significativo: la pandilla se había “puesto mala”. La pandilla proporcionaba una especie de orden social estable y protección al barrio en contextos de inseguridad y de descomposición social. Para el año 2002, aunque había desaparecido la guerra de pandillas, la ola de violencia al interior del barrio había aumentado. Los vecinos, otrora protegidos por antiguos miembros de las pandillas, sufrían los flagelos de la violencia por parte de una nueva camada de integrantes de pandillas contemporáneos –más intimidantes y amenazadores–, que consideraban que dichas personas “no merecían gozar de su protección”.

Las causas de la nueva condición, argumenta Rodgers (2006), se deben a la propagación generalizada de drogas, que ha llevado a las pandillas a competir con “carteles de drogas y bandas criminales de carácter menos territorial”. Las pandillas en los barrios adquieren drogas al por mayor de los grandes traficantes, para después ejercer la actividad minorista en las esquinas del barrio. Las transformaciones sociales vividas por las pandillas fueron el resultado del ejercicio violento, como institución dominante en el barrio y el vínculo al tráfico de drogas, que, por su propia característica económica, no cuenta con dispositivos de respeto y normas de contratos, siendo la violencia el único mecanismo para la regulación de actividades comerciales.

2.1.1.2. México. La literatura sobre pandillas en México es mucho menos robusta que en países como Honduras, Salvador, Guatemala y Nicaragua. No obstante, la calidad de las producciones mexicanas no es inferior a la de estos países. Los trabajos que referenciamos a continuación, en términos generales, pretenden comprender el fenómeno de las pandillas desde

sus dinámicas internas, para luego proponer políticas públicas que contribuyan a la transformación positiva de los grupos en conflicto.

El primer estudio señalado es el proporcionado por Zamora, Marcial y Vizcarra (2015), distinguidos científicos sociales, quienes realizaron una profunda reflexión sobre los derroteros históricos y antropológicos de los jóvenes en la ciudad de Zapopan, y develaron la génesis de las pandillas con sus quehaceres culturales. Los autores describieron la constitución paulatina de estos grupos juveniles en pandillas y cómo su vinculación a la sociedad está planteada desde una perspectiva autonomista-cultural, que concede pocos grados en el giro de su propia autoimagen. Desde la institucionalidad, reseñamos el trabajo de Guzmán y Candia (2010): *Pandillas juveniles en el municipio de San Luis Potosí*. Esta investigación tiene la virtud de procurar comprender el fenómeno social, partiendo de las narrativas colectivas e individuales de sus actores; igualmente, resalta los significados que construyen las pandillas en torno al territorio, el respeto y el heroísmo, entre otros factores. Son las voces de los jóvenes en conflicto, concluyen los autores, el insumo principal para la elaboración de políticas públicas que contribuyan a mitigar la problemática y transformar los conflictos.

Un importante informe, de amplias pretensiones territoriales en México, es el de Perea (2006): *Pandillas en México*. El autor advierte sobre las singularidades impregnadas de las pandillas, de acuerdo con la fisonomía histórica de cada contexto particular. El propósito de su trabajo es capturar y explicar las distinciones de las pandillas mexicanas, cuestionando la existencia de estas. La supuesta obviedad a la pregunta ¿Existen las pandillas en México?, está lejos de la conciencia pública nacional que no las reconoce. Para “académicos, periodistas, funcionarios y activistas culturales” en sus ciudades no existe la problemática. Dichos actores,

no evidencian el fenómeno, porque terminan mezclando los actos pandilleros con los de otras agrupaciones delictivas. Sin embargo, la particularidad de México, analiza Perea (2006),

proviene de su manejo paradójico del universo de la criminalidad: los menores niveles de violencia y desmadre, se combinan con los elevados índices de participación en el crimen de naturaleza patrimonial. En otras palabras, matan poco, pero roban mucho (p. 7).

El trabajo etnográfico permite caracterizar a tres (3) grupos de pandillas en cuatro (4) ciudades diferentes: Tijuana, al norte; Tapachula, al sur; y en el centro del país, Morelia y el Distrito Federal. Perea (2006) explica la forma como los jóvenes ingresan a las pandillas, y la contención de estos frente al uso y abuso de la violencia; en contraste con su participación generalizada en la criminalidad económica al más alto nivel.

En términos generales, su meritorio trabajo reboza los esquemas tradicionales y estructuralistas, al momento de profundizar las subjetividades juveniles, de cara a una visión más integradora e innovadora, que conlleva a una comprensión holística de la temática.

2.1.1.3. Colombia. La exploración de la producción investigativa sobre el tema de las pandillas en Colombia arrojó los siguientes hallazgos significativos: en la mayoría de los estudios se percibe la creciente tendencia a identificar las pandillas como un factor de inestabilidad y de amenaza para el Estado, incluso como bandas organizadas que operan principalmente en situaciones que no son de conflicto. Por otra parte, existe un pequeño número de trabajos que apuestan por la comprensión de las pandillas desde enfoques psicológicos y sociológicos.

En las siguientes líneas, señalaremos, en una primera parte, algunos estudios con enfoques comportamentales, y con diagnósticos y caracterizaciones desde instituciones estatales; y en una segunda parte, reseñaremos un grupo de investigaciones con enfoque sociológico.

Comenzamos con el trabajo liderado por Patricia Ballesteros de Valderrama, denominado “La pandilla juvenil: Breve revisión y análisis funcional de un caso” (Ballesteros, Contreras, Vargas, Palacios y Bonilla, 2002). Esta investigación toma distancia frente a los estudios sociológicos que se habían realizado en Colombia en torno a las pandillas, dado que se concentró en la aplicación de análisis comportamentales que buscaban sugerir fórmulas, con base en un estudio de caso de pandillas del nororiente de Bogotá. Mediante la aplicación del método de análisis funcional, el trabajo caracterizó a las pandillas y abordó las predisposiciones que tienen los jóvenes para vincularse a ellas, al considerar factores tales como las características familiares, el medio donde habitan y la relación de los jóvenes con la escuela. El análisis funcional, se concluye en la investigación, permite comprender las experiencias de un grupo en específico. Según su abordaje, más que tratar de suprimir las pandillas como grupos juveniles, se debe buscar reemplazar los comportamientos criminales por conductas alternativas que sean equivalentes funcionalmente.

Otro artículo similar en cuanto a su análisis comportamental se publicó en la *Revista Colombiana de Psiquiatría* (González, Escobar y Castellanos, 2007). Este muestra la creciente preocupación de la Asociación Colombiana de Psiquiatría, por los alarmantes niveles de violencia juvenil y homicidio. Los investigadores/as estudian el tema de pandillas bajo la orientación de la Organización Mundial de la Salud, que declaró la violencia como un problema de salud pública (González et al., 2007). El trabajo se propuso buscar los factores de riesgo para la violencia juvenil y homicidios en la literatura existente.

Como conclusión, consideraron que aquellos jóvenes que fueron víctimas de la violencia, tienden a replicar esas prácticas. Los jóvenes adolescentes son víctimas y victimarios; por lo tanto, los riesgos de violencia y homicidio a los que se exponen los cobijan por igual.

En el año 2003, la Alcaldía Mayor de Bogotá realizó una investigación para determinar las características, dinámicas y condiciones de emergencia de las pandillas, aplicando una entrevista estructurada y en profundidad a distintos jóvenes en conflicto, para efectos del diseño de la política pública respectiva (Ramos, 2004). Así mismo, la Alcaldía de Barranquilla (Alcaldía Distrital de Barranquilla, Fundación Proceder, Universidad del Atlántico, Universidad del Norte, Policía Nacional, 2012), en cabeza de Elsa Noguera, adelantó un proyecto de investigación e intervención psicosocial con dos componentes. El primero consistió en la caracterización de un grupo representativo de jóvenes que hacían parte de diferentes barras y pandillas de la ciudad o se encontraban en riesgo de ingresar a ellas; el segundo, en la ubicación, identificación y caracterización de las principales pandillas existentes en Barranquilla. Los contenidos desarrollados en el trabajo reflejan la participación de varias organizaciones comunitarias e instituciones educativas de la ciudad.

De igual forma, subrayamos un informe elaborado por el Servicio de Noticias de la Cámara de Representantes ([SENCAR] 2012) que, en líneas generales, resume la visión del Estado colombiano sobre el tema de investigación. Según el citado documento, “la sociedad colombiana, especialmente la sentada en las grandes metrópolis, está viviendo una etapa cada vez más violenta por la proliferación de pandillas, tribus y maras” (SENCAR, 2012, p. 3).

Los trabajos financiados o llevados a cabo por instituciones estatales enfocan a las pandillas como objetos de estudio. Estos abordajes sesgan la comprensión de los actores en

conflicto. Los jóvenes en conflicto son seres humanos que, al igual que otros grupos, dinamizan con sus propias lógicas las prácticas sociales.

En este sentido, los siguientes trabajos intentan contribuir a la comprensión de dichas lógicas. Ramírez (2008), en su monografía: *La pandilla juvenil como una tribu urbana*, estudia a la pandilla Los Chicos Malos, del barrio San Pascual de Cali. Mediante la observación etnográfica de algunos momentos, lugares de encuentro de este grupo, y por medio de las narrativas de vida y las conversaciones de los jóvenes presentes en esos espacios, estudió el contenido simbólico de su lenguaje y sus acciones. La autora analiza que las formas de comunicación de las pandillas son el vehículo mediante el cual son aprehensibles sus visiones. El contenido del lenguaje empleado evidencia la evolución de sus significaciones sociales. En referencia a las relaciones sociales, pone especial atención a la forma como se configuran estos grupos, en virtud de las vivencias y experiencias cotidianas comunes para ellos. Este tipo de relaciones, que permiten la cohesión del grupo, reciben el nombre de *comunidad emocional*.

Un trabajo complementario, con contenidos menos estructuralistas y más sugestivos para entender los significados que construyen las pandillas, lo aporta Perea (2007c), a través de su artículo “Pandillas: muerte y sentido”. La investigación, realizada en Bogotá, Barranquilla y Neiva, indaga por los lazos que entretejen estos jóvenes entre la vida y la muerte, como formas de expresión de sentido. La vida y la muerte, en los significados de los jóvenes en conflicto, superan los antagonismos para fundirse en un solo haz. La simbología de la *muerte* atraviesa la pandilla, alterando por igual las engañosas aguas mansas de la rutina cotidiana y las exacerbadas belicosidades pandilleras. Perea (2007c) ve la muerte como compañera cercana, presente en los corazones de cada joven en conflicto. De ahí surge la necesidad de contemplar el más allá como

posibilidad latente; por tanto, los entierros y sus rituales obedecen a designios previamente concebidos por ellos.

Otro interesante aporte de Perea (2000), es el plasmado en su trabajo “Un rueda significa respeto y poder: Pandillas y Violencia en Bogotá”. El texto, dividido en tres partes, escudriña la “naturaleza” de las pandillas, partiendo de los significados que construyen en torno al poder como ejercicio cotidiano, y al respeto como búsqueda final en sus anhelos de reconocimiento. Acto seguido, analiza las conexiones entre las pandillas y otros actores violentos; y finaliza problematizando la violencia desde la identidad, afirmada en la “transgresión violenta tras la hegemonía sobre lo cotidiano” (Perea, 2000, p. 425).

La identidad se reafirma con el ejercicio violento que expresa la soberanía del poder ejercido en los barrios, convirtiéndose en el principal elemento que la diferencia de otras organizaciones juveniles. Las pandillas juveniles, sentencia Perea (2000), rompen los códigos institucionales, entregándose a prácticas delictivas que los definen culturalmente. Las pandillas ponen en evidencia –sin otro discurso– la exclusión y pobreza urbana, y su dominio en la esfera pública local, sin ningún tipo de intervención política.

Un significativo aporte, conexo con los enfoques reseñados en los trabajos anteriores, es el realizado desde los imaginarios de la violencia, por López (2009), titulado *Parches juveniles e imaginarios de la violencia en la ciudad de Cali*. La investigación presenta los imaginarios que, sobre las acciones violentas y su entorno, tienen los jóvenes integrantes de un “parche” juvenil del barrio Conquistadores de Cali.

La visión que tienen los jóvenes en conflicto sobre el ejercicio de la violencia es negativa, en cuanto se pone en riesgo la integridad física y su vida. Estos jóvenes tácitamente consideran que existen otras formas de solucionar los conflictos; no obstante, el desencadenamiento de los

actos violentos impregnados en sus vidas, los lleva al camino “más fácil”, pese al riesgo de muerte que los ronda. López (2009) considera que la venganza es cuestión de honor; por ende, las agresiones que padecen los amigos son sentidas como propias. La lealtad entre los miembros reluce, volviéndose intensivo el uso de la violencia como escudo protector. Los objetivos del trabajo, desarrollados a cabalidad, abren el compás para abordar el tema de las pandillas desde otras categorías de análisis que permitan una comprensión integral de la problemática.

Por último, el trabajo de mayor envergadura sobre pandillas en Colombia se titula *Con el diablo adentro: Pandilla, tiempos paralelos y poder* (Perea, 2007a). El texto comparativo, realizado en tres ciudades capitales: Barranquilla, Bogotá y Neiva, pone de relieve el surgimiento de las pandillas, estudiando las particularidades de cada una. El tratado matiza las convergencias y divergencias, a partir de un enfoque culturalista que vincula la producción de las culturas juveniles como el resultado de las consecuencias de la expansión de los mercados en el mundo globalizado. De ahí su idea central de tiempo paralelo, que divide la sociedad en dos partes: aquellos que están dentro de la institucionalidad, alimentando el sistema; y otros, como es el caso de las pandillas, que están fuera de ella, en un tiempo paralelo, existiendo bajo su propia producción cultural, diferente a los escenarios normativos y funcionales. Los actos delictivos, surgidos en el tiempo paralelo, no obedecen a razones estructurales, sino al mercado de bienes materiales vivenciados en las prácticas consumistas.

2.1.1.4. Cartagena de Indias: Ausencia de estudios académicos. En los abordajes concernientes a los temas de pandillas en Cartagena, reina la ausencia de estudios académicos que analicen este fenómeno de forma sistémica. Desde el ámbito periodístico, la mayoría de los escritos no pasan de ser reportajes o noticias que concentran su interés en describir la forma

como operan las pandillas, la violencia e inseguridad que generan a la ciudadanía, y el papel que deben asumir las autoridades para mitigar la problemática. De igual forma, por parte de algunas organizaciones gubernamentales y no gubernamentales, las pandillas son referenciadas como actores de inseguridad ciudadana, sin ahondar en las raíces que producen la violencia juvenil en el marco de las dinámicas urbanas de Cartagena.

Entre todos los roles anteriormente mencionados, preocupa la ausencia de la comunidad académica, que dejó el estudio de las pandillas de Cartagena en manos de los medios de comunicación locales; los cuales, si bien cumplen con el propósito informativo, carecen de profundidad a la hora de estudiar los orígenes e imaginarios sociales que giran en torno a las pandillas en esta ciudad.

Así mismo, los trabajos de las instituciones estatales sólo presentan una visión estadística y parcial, que no permite ahondar en la problemática, tal como se evidencia en los dos estudios señalados a continuación. El primero, *Jóvenes constructores de ciudadanía: Políticas públicas de juventud en el Distrito Turístico de Cartagena* (Alcaldía Mayor de Cartagena de Indias, 2010), sólo se enfoca en identificar el número de pandillas que hay en la ciudad y en la aplicación de políticas sociales para contribuir a su erradicación. Este trabajo omite la caracterización de las pandillas y el motivo de su surgimiento. El segundo, titulado: “Indicadores Sociales de Cartagena No. 12” (Banco de la Republica, Cámara de Comercio de Cartagena, Observatorio del Caribe Colombiano, Universidad Jorge Tadeo Lozano – Seccional del Caribe, Universidad Tecnológica de Bolívar, 2010) es un estudio estadístico que revela el número de muertes asociadas a la violencia de las pandillas, y la variación de estas cifras entre los años 2005 y 2010. En este trabajo se observa la carencia de un enfoque cualitativo, que sirva

como herramienta complementaria para interpretar los datos cuantitativos y comprender el accionar de las pandillas.

La falencia de los dos anteriores trabajos radica en la forma como se enfoca el problema. Un verdadero análisis holístico debe considerar a las pandillas juveniles como forma de expresión social producto de sistemas culturales propios, reflejados en la forma de vestirse, en el uso del lenguaje y hasta en la aplicación de la violencia (Ávila, 2006). Comprender su simbología a la luz de las causas estructurales de las políticas públicas, permite una mejor comprensión del fenómeno y el trazo de medidas preventivas y de rehabilitación

Ahora bien, es importante destacar los escasos trabajos académicos que han contribuido al análisis de la temática. Resaltamos el trabajo denominado “Pandillas, la guerra oculta” (Ávila, 2006), en el que el autor, con una prosa ágil, describe las causas de los enfrentamientos entre las pandillas ubicadas en las faldas del Cerro de la Popa, las consecuencias de dichas pugnas, y las políticas –algunas fallidas, otras exitosas– asumidas por algunos miembros de la Policía Nacional para rehabilitar a los jóvenes en conflicto. Lo importante del trabajo es que trasciende la mera descripción, intentando explicar las causas del pandillerismo, relacionándolas con la falta de oportunidades económicas y sociales, y con las dificultades de la rehabilitación de jóvenes debido al poco compromiso de las instituciones del Estado.

De igual forma, un aporte de gran valía es el artículo inédito de Álvarez (s.f.), quien muestra los avances de su trabajo de campo, realizado en el sector Rafael Núñez del barrio Olaya Herrera de Cartagena. Este sector es reconocido por padecer un alto grado de violencia y por la frecuencia de enfrentamientos entre pandillas conformadas por jóvenes afrodescendientes, lo que le confiere al estudio mucha relevancia contextual. Con base en el método etnográfico y la observación participante, el autor plantea que, a diferencia de los motivos económicos,

criminales o ilegales con los que comúnmente se asocia la emergencia de las pandillas, en el sector Rafael Núñez los jóvenes se ven motivados a conformar pandillas, porque “no tienen más nada para hacer”. Esta explicación genera una nueva perspectiva argumentativa, ya que la producción de estas investigaciones establece un patrón de análisis en torno a la violencia, que privilegia de forma hegemónica causas estructurales en ciertos lugares, “desplazando y apagando otras posibilidades de interpretación, otros contextos y otros sujetos grupos o instituciones coproductores de violencia que no sean los mismos que han constituido históricamente lo que ha recibido de nombre como: violentología” (Álvarez, s.f., p.). Como alternativa de análisis, el autor plantea una línea interseccional, cruzando variables de clase, género y raza, que explican las diferencias y heterogeneidad de los individuos envueltos en pandillas; y que explora su producción social, configuración, emergencia y violencia.

Un estudio de referencia obligada, construido desde las generalidades sobre la violencia juvenil en Cartagena, fue elaborado por el Centro de Recursos para el Análisis de Conflictos (CERAC), en cabeza de Márquez (2014), titulado “Cartagena: ciudad de murallas: La violencia juvenil olvidada”. El autor comienza describiendo el contexto socioeconómico de Cartagena, destacando los contrastes que muestran, por un lado, el notable desarrollo económico jalonado por el hotelería y el turismo, el sector industrial y el sector portuario; y, por otro lado, la existencia de vastas zonas marginadas y excluidas de esos polos de desarrollo.

Posteriormente, describe las condiciones de seguridad y la presencia histórica de los grupos de violencia organizada, y señala la influencia paramilitar en la subregión de los Montes de María, entre 1998 y 2005. Además, las consecuencias indirectas que esto generó para la ciudad, debido a la recepción masiva de desplazados provenientes de la subregión montemariana.

El mismo trabajo presenta los grupos armados que surgen después de la desmovilización paramilitar (los Paisas, las Águilas Negras, los Urabeños y los Rastrojos), y su accionar violento sobre la ciudad, en especial sobre la localidad de la Virgen y Turística. Ejemplo de las actividades delincuenciales realizadas por los grupos al margen de la ley, desde el 2005 hasta la actualidad, son las labores de extorsión, sicariato, protección de corredores de tráfico y reclutamiento ilegal, entre otras.

Descrito el contexto socioeconómico de la ciudad, y las condiciones de seguridad y criminalidad que se presentan en las tres grandes localidades (Histórica y del Caribe, de la Virgen y Turística, e Industrial y de la Bahía), Márquez (2014) realiza el análisis de la violencia juvenil en Cartagena, utilizando esquemas multiniveles según el tipo de organización pandillera. En el nivel bajo, la investigación clasifica a las pandillas juveniles de barrios. Estas agrupaciones se caracterizan por la juventud de sus integrantes, la importancia que le dan al territorio, su estrecho vínculo con la comunidad, la ausencia de líderes claramente definidos, y su relación con las actividades económicas afines con el microtráfico, hurtos y tareas ocasionales contratadas por grupos de violencia organizada (GVO). El texto destaca la participación marginal de las mujeres en la criminalidad, la violencia marcada que sufren por parte de estos grupos, y su papel activo en la venta de drogas.

En el nivel medio, Márquez (2014) ubica a las pandillas tradicionales: las Águilas y los Kalimanes, asentadas en las faldas de la Popa. Estos grupos criminales tienen mayor organización jerárquica que los anteriormente citados. Las pandillas del nivel medio actúan como oficinas de cobro, “encargadas de prestar servicios de delincuencia como fleteo, sicariato, extorsión, robo de apartamentos entre otros” (Márquez, 2014, p. 161). Según el autor, estas heredan las prácticas delictivas familiares transmitidas por varias generaciones.

Por otro lado, el trabajo referencia las acusaciones de complicidad entre las pandillas tradicionales al margen de la ley, y algunos miembros de la Policía, al punto de señalar a algunos integrantes de la fuerza pública, de vender armas y motos para la acometida de delitos. Estas acusaciones de complicidad distan mucho de las relaciones antagónicas presentes entre la Policía y las pandillas juveniles.

El rol de las mujeres en el nivel medio es el de compañeras sentimentales, ayudantes y vendedoras de narcóticos, similar al papel en el nivel bajo. Sin embargo, algunas mujeres adultas actúan como matronas, consultoras y mediadoras.

Por último, en el nivel alto, el investigador del CERAC coloca a los grupos post desmovilización paramilitar. En Cartagena, estos grupos tienen una relación conflictiva con las comunidades, debido a las tácticas amedrentadoras que utilizan para quebrar el tejido social en las comunidades que alzan su voz de protesta (Márquez, 2014).

En cuanto a sus actividades económicas, dichos grupos han diversificado su campo de acción, al dedicarse, además de al narcotráfico, a otras actividades relativamente menos peligrosas, como la minería ilegal, extorsiones a comerciantes y la trata de personas. Esta última actividad prevalece en Cartagena, por su condición de destino turístico sexual. La relación de la fuerza pública con estos grupos ha estado varias veces salpicada por presuntas colaboraciones en torno al tráfico de armas.

El trabajo del CERAC, aparte de caracterizar por niveles a los grupos de violencia en la ciudad, describe las situaciones críticas de violencia contra los jóvenes. Estos flagelos abarcan el reclutamiento forzado, las agresiones físicas, los asesinatos en el marco de los enfrentamientos entre pandillas, los asesinatos selectivos de jóvenes por acciones sicariales y las restricciones a la movilidad en los barrios debido a las llamadas fronteras invisibles.

Otro punto de análisis desarrollado en este estudio (Márquez, 2014) son los factores de riesgo que convierten a los jóvenes en blancos más vulnerables, frente a la posibilidad de participar en las pandillas. Entre los factores se encuentran: familias disfuncionales*, desigualdades sociales y económicas, ineficacia de las políticas públicas y, por último, la ciudad como epicentro receptor de población víctima del conflicto.

El abordaje articulado de todos los factores anteriormente mencionados permite una comprensión general de la violencia juvenil en Cartagena. Sin embargo, deja de lado las dinámicas, expresiones y significados que se gestan al interior de las pandillas, así como los intereses y móviles de sus acciones.

Por último, un proyecto que intenta comprender la violencia desde el interior de las pandillas y su entorno, es el documento inédito de Ruiz (s.f.): *Entender la violencia para construir la paz*. Este trabajo describe, en primer lugar, las precarias condiciones sociales y económicas en las que viven los jóvenes vinculados a las pandillas; y, en segundo lugar, plantea alternativas de solución que responden a la falta de oportunidades laborales.

El estudio, cimentado en un dispendioso trabajo de campo, fue desarrollado con las pandillas de los barrios Palestina, Pablo Sexto Segundo, Nelson Mandela, El Pozón, Ciudad del Bicentenario y Flor del Campo. Ruiz (s.f.) pretende comprender la violencia, acercándose al entorno familiar y comunitario de los jóvenes en conflicto; asimismo, actuó como mediador en pro de fomentar diálogos entre pandillas, en aras de construir la paz entre los grupos.

Después de analizar la “errónea” concepción que se tiene sobre las pandillas, Ruiz (s.f.) describe las características de los jóvenes en conflicto, sus perfiles psicológicos, los entornos de

*Con el término “familia disfuncional” hacemos referencia aquellas que no cumplen con la función encomendada por la sociedad en la que se suscriben, vale decir, estas familias no logran cubrir satisfactoriamente las necesidades materiales, educativas, afectivas o psicológicas. En este sentido, el término no hace referencia a la cantidad de miembros que tiene una familia o su composición. La disfuncionalidad puede presentarse tanto en familias nucleares como en monoparentales, homoparentales o extensas.

violencia y las políticas públicas fallidas. Como respuesta a las dificultades señaladas, recomienda el trabajo elaborativo entre las partes en conflictos y las instituciones del Estado. De igual forma, propone utilizar el potencial del deporte para transformar el imaginario colectivo de los jóvenes. Conjuntamente, sugiere la implementación de políticas integrales que permitan la atención psicosocial, sostenida y sistemática, para superar las visiones asistencialistas de corto plazo, llevadas a cabo por instituciones y organizaciones tanto públicas como privadas.

En síntesis, el documento es una propuesta de construcción de paz, que parte de la comprensión de los factores que generan violencia en torno al fenómeno de las pandillas juveniles en Cartagena. Este tipo de trabajo es una invitación a seguir apostando por los estudios empírico-primarios que superen, en profundidad y comprensión, los rígidos y estructurados diagnósticos a que nos tienen acostumbrados las entidades públicas (v.g., Betancourt, 2014), con sus planes de intervención individual para referirse a jóvenes vinculados y en riesgo de vincularse a las actividades delictivas en Cartagena. Las instituciones estatales olvidan que los trabajos de intervención en el tema de pandillas no pueden gestarse de forma aislada. Las identidades pandilleras son construidas de forma colectiva; por ende, las mediaciones deben tener en cuenta la conflictividad en su conjunto: el individuo en relación con la pandilla, la pandilla en relación con otras pandillas; y, por último, las pandillas en relación con la comunidad, el territorio y las instituciones.

2.1.1.5. A manera de cierre. Existe una amplia bibliografía de estudios primarios sobre pandillas en Centroamérica y México, regiones que evidencian fragilidades estructurales, producto de estas fuerzas alternas que ponen en jaque el monopolio de la violencia del Estado. En Colombia, las investigaciones primarias empiezan a surgir en la primera década del siglo

XXI, concentrándose en las principales ciudades capitales: Bogotá, Barranquilla, Medellín y Cali. Si bien muchos estudios abordan el tema de pandillas como un problema de seguridad, enfatizando en las causas estructurales a través de la conexión entre pobreza y pandillas, otros comienzan a realizar introspecciones partiendo de la individualidad de los jóvenes en conflicto y la producción cultural que emana de ellos.

En Cartagena de Indias, los trabajos sobre pandillas recayeron sobre crónicas periodísticas, muy útiles para describir el *modus operandi* de los jóvenes en conflicto y su cotidianidad, pero que no permiten comprender los imaginarios que ellos construyen para darle sentido a sus prácticas, en una relación dual con su entorno social. El trabajo de Álvarez (s.f.) es un bálsamo que oxigena las investigaciones, porque introduce elementos raciales, de género y de clase para comprender las dinámicas de los jóvenes en conflicto. Sin embargo, es necesario incrementar la producción académica, para que más allá de describir a las pandillas como un simple flagelo, empiece a valorarlas como una forma de expresión social de los jóvenes en conflicto en Cartagena.

2.2. Marco Conceptual

El marco teórico y conceptual empleado para comprender los imaginarios sociales de los jóvenes en conflicto de nuestra investigación se enfoca en los siguientes referentes: *violencia, conflicto, pandilla e imaginario social*. Estos conceptos son claves para nuestro estudio porque nos permiten comprender las dinámicas histórico-sociales en las que se encuentran inmersos los jóvenes en conflicto, articulando la dilucidación teórica con el enfoque práctico de la teoría de la transformación de los conflictos.

2.2.1. Violencia. En su concepción etimológica, la palabra violencia “viene del latín violentia, cualidad de violentus, esta de vis (fuerza) y olentus (abundancia); es decir el que actúa con demasiada fuerza” (“Violencia”, s.f.). Así mismo, se entiende como “acción o efecto de aplicar medios violentos o brutales; fuerza física que se usa con el propósito de hacer daño” (Gómez, 1998, p. 721).

Las ciencias sociales han abordado la reflexión sobre el fenómeno de la violencia desde distintos enfoques. Esta investigación enmarca de manera crítica su significado desde varias perspectivas, con el objetivo de contrastar y velar sus implicaciones: la violencia como expresión de agresividad, abordada desde lo antropológico y cultural; la violencia como frustración, estudiada desde diversos enfoques sicólogos; y la violencia, tal como se observa en la postura de Galtung, entendida como un factor sociológico en el que se relaciona la violencia directa con causas estructurales y culturales, y en la que el conflicto se transforman en una posibilidad de mediación positiva.

2.2.1.1. La violencia como agresividad.

Según Sanmartín, desde un enfoque de índole antropológica y cultural, se dice que la violencia es agresividad fuera de control, un descontrol que se traduce en una agresividad hipertrofiada. Históricamente, ha habido dos posiciones enfrentadas respecto de los factores que convierten la agresividad en violencia: el biologismo y el ambientalismo. Los biólogos hablan de una determinación biológica (recientemente han sustituido “determinación biológica” por “determinación genética”) de la violencia. Los ambientalistas defienden el origen social o cultural de la violencia (2004, p. 22).

En el campo de la investigación sociológica existe una posición intermedia: la interaccionista, según la cual “ni todo es ambiente ni todo es genética cuando se habla del origen de la violencia (...) como alteración de la agresividad natural (un instinto) que se puede producir por la acción de factores tanto biológicos como ambientales” (Sanmartín, 2004, p. 23). El enfoque interaccionista consiste en que “la gente se dirige y responde a otras personas, dependiendo de la forma como ellos interpretan la situación social” (Light, Keller y Calhoun, 1991, p. 21). En otras palabras, este enfoque está dirigido a tratar de explicar cómo las personas interactúan cotidianamente y cómo estas situaciones les imprimen sentido a sus relaciones sociales.

Según Pierre Bourdieu (1997), los agentes sociales “no llevan a cabo actos gratuitos, como acto del que no se puede dar razón, un acto insensato, absurdo, insignificante, ante el cual la ciencia social nada tiene que decir, ante el cual no tiene más remedio que dimitir” (p. 140). Tal como se puede deducir, Bourdieu reafirma las ideas del interaccionismo, en tanto que las acciones humanas tienen sentido por encontrarse situadas en medio de una red de interdependencia social. En otras palabras, el acto del individuo, que como ya manifestamos se encuentra entrelazado en una red de complejas relaciones sociales, no cae como el maná, como un regalo del cielo, sino que está imbricado a una estructura que condiciona el ser y el hacer.

2.2.1.2. Modalidad sicologista del cambio social: La frustración. De acuerdo con esta versión del paradigma del cambio social, el desequilibrio de la estructura social, ocasionado por la dinámica social, se manifiesta en estados psicológicos como la frustración que, en palabras de García (2015), “determinarían los comportamientos sociales perturbadores” (p. 10). Continúa el autor señalando que

el papel de la psicología colectiva de ciertas capas afectadas por las transformaciones en la infraestructura social (...) pasa por la emergencia de demandas que la sociedad misma no puede satisfacer por entero, y llega finalmente a los trastornos sociales: desorden social y protesta (García, 2015, p. 11).

Esta es una explicación desde la psicología para explicar el comportamiento, y cómo la frustración, en relación con los niveles de expectativas generadas, puede contribuir a la aparición de violencia. La violencia que se produce, a partir de esta perspectiva, se genera porque los individuos no pueden satisfacer ciertas demandas de sus necesidades básicas.

Según Ted Gurr (citado en García, 2015), si una sociedad experimenta un periodo de estancamiento, entonces las expectativas de bienestar despertadas se convertirán en frustración, y ésta dará lugar a la aparición de grupos rebeldes y a comportamientos violentos (...) la violencia brota de la “brecha que separa las expectativas de los hombres y de sus capacidades”, o dicho de otro modo de sus posibilidades reales (p. 11).

Así mismo, y desde la teoría general de la presión, el sociólogo Robert Agnew (1992) afirma que

el comportamiento puede estar relacionado con la frustración y con la ira que genera recibir un trato de inferioridad en las relaciones sociales. Agnew destaca diferentes tipos de strains (presiones) que aumentan los sentimientos de ira y de miedo en el individuo. La primera fuente de presión es la que se vincula con la incapacidad de alcanzar metas valoradas positivamente. Otra fuente de presión es la causada por los estímulos negativos (citado en Sanmartín, 2004, p. 53).

En otras palabras, para Agnew la violencia está en relación directa con la incapacidad de satisfacer las necesidades creadas como expectativa, por lo cual los individuos reaccionan de manera agresiva, porque se siente trastocados los sueños y esperanzas que la misma sociedad les crea y les exige.

Las personas que viven en sociedades que se sostienen sobre la exclusión social no alcanzan a satisfacer sus demandas porque viven, reafirmamos, en situaciones de pobreza condicionadas por la estructura social y económica. En este orden de ideas, la estructura que oprime y condiciona a los individuos frustrados, generará comportamientos violentos. Para Villegas (2005):

la pobreza de las zonas urbanas marginales puede generar un comportamiento anómico en los jóvenes; este término introducido por Emile Durkheim y desarrollado por Robert King Merton, explica que la sociedad genera en sus miembros expectativas para obtener determinados bienes valorados, pero cuando los individuos no tienen los medios necesarios para alcanzarlos, genera en ellos desencanto y frustración (...) debido sobre todo a su bajo nivel económico (...) y pueden usar medios ilegales (...) la delincuencia (p. 7).

Sin embargo, el análisis psicológico, dada la complejidad de los conflictos, aborda situaciones que trascienden el odio y la ira. En este sentido, tal como lo plantea García, la violencia no está relacionada solamente con la frustración o la cólera, sino que, complementariamente, está conectada con la piedad y la compasión (2015, p. 12). Dada esta serie de consideraciones y enfoques diversos e importantes acerca de la investigación de la violencia, a continuación se muestran dos perspectivas teóricas, cuyos autores son considerados claves y orientan la investigación: Johan Galtung (1998) y John Lederach (2003, 2009).

2.2.1.3. Teoría de la violencia en Johan Galtung: El conflicto como oportunidad.

Johan Galtung es un sociólogo nacido en Noruega, reconocido en el campo de los estudios sobre violencia y paz, porque en 1959 fundó el Instituto Internacional de Investigación de la Paz, en Oslo. Desde la perspectiva de Galtung (1998), “la violencia en general, y la guerra en particular, no es solo un monumento al fracaso de la transformación del conflicto para evitar la violencia, sino al fracaso de utilizar la energía del conflicto para propósitos más constructivos” (p. 14). Esto es, la oportunidad de utilizar positivamente la energía del conflicto. Dada la importancia fundamental que para el presente estudio tiene la teoría de la violencia elaborada por Galtung (1998), para el caso concreto, se sustenta en los siguientes conceptos desarrollados por él en su texto *Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*.

Galtung (1998) fundamenta la explicación sobre la violencia a partir de su teoría de los *dos triángulos*: el del *conflicto* y el de la *violencia*. El primero, que explica el conflicto (ver figura 1), es el ABC, donde “A representa actitudes/suposiciones, B es las conductas y C la contradicción subyacente en el conflicto” (Galtung, 1998, p. 14). Desde esta perspectiva, la raíz del conflicto (C) se entiende como el choque de objetivos de las partes (B), en relación con los temas de fondo (A):



Figura 1. Triángulo del conflicto

Fuente: Calderón (2009)

Por otro lado, Galtung desarrolla la idea del triángulo de la violencia. Según este supuesto, existen tres tipos de violencia (ver figura 2):

La violencia directa, física y/o verbal, es visible en forma de conductas. Pero la acción humana no nace de la nada, tiene raíces. Se indican dos: una cultura de violencia (heroica, patriótica, patriarcal, etc.) y una estructura que en sí misma es violenta por ser demasiado represiva, explotadora o alienadora; demasiado dura o demasiado laxa para el bienestar de la gente (Galtung, 1998, p. 15).

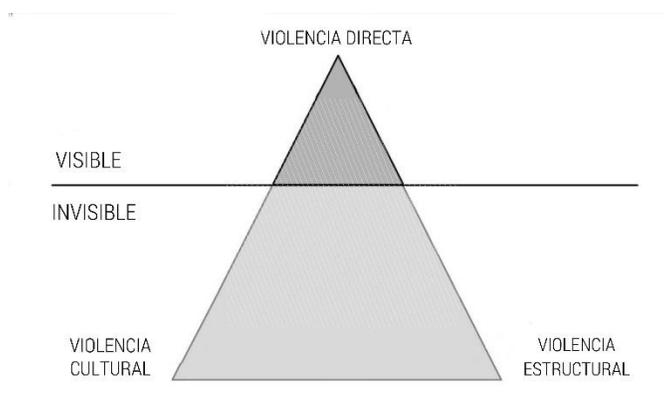


Figura 2. Triángulo de la violencia

Fuente: Galtung (1998)

Esta teoría rompe, de esta manera, con el paradigma que cree que la violencia está en la naturaleza humana. Para Galtung, la violencia se encuentra implícita en el ser humano, pero no es natural a él, por lo cual para que esta emerja deben generarse ciertas condiciones de posibilidad:

el potencial para la violencia, como para el amor, está en la naturaleza humana, pero las circunstancias condicionan la realización de ese potencial. La violencia no es como el comer o las relaciones sexuales, que se encuentran por todo el mundo con ligeras variaciones. Las grandes variaciones de la violencia se explican fácilmente en términos de cultura y estructura: la violencia cultural y estructural causan violencia directa, utilizando

como instrumentos actores violentos que se rebelan contra las estructuras y empleando la cultura para legitimar su uso de la violencia (Galtung, 1998, p. 16).

Así, con el propósito de construir una teoría general para la transformación de los conflictos, Galtung (1998) propone no concentrarse exclusivamente en mitigar la violencia directa. Su propuesta va más allá de las soluciones rápidas, que se concentran en apagar el fuego; y propone, más bien, definir las raíces de la violencia, que se encuentran en las condiciones estructurales y en la cultura:

evidentemente la paz debe construirse en la cultura y en la estructura, no solo en la “mente humana”, pues el triángulo de la violencia tiene círculos viciosos integrados. Los efectos invisibles pueden ser aún más perversos: la violencia directa refuerza la violencia estructural y cultural. Y esto, a su vez, puede llevar a incluso más violencia directa. Lo más importante es el odio y la adicción a la venganza por el trauma sufrido entre los perdedores, y a más triunfos, más gloria, entre los vencedores. También se acumula poder sobre los hombres de violencia (Galtung, 1998, pp. 15-16).

Para poder entrar a transformar los conflictos, Galtung propone dos soluciones, de acuerdo con la gravedad de las circunstancias: la política de la democracia y la política de la no violencia: “Si la contradicción no es demasiado aguda, la política de la democracia es una respuesta. Si la contradicción es más aguda [...] entonces la respuesta puede ser la política de la no violencia, siguiendo la senda de Gandhi” (Galtung, 1998, p. 17).

Por un lado, la política de la democracia se utiliza en escenarios donde aún hay espacios de deliberación y en los que las instituciones no se extralimitan en el uso de la fuerza para reprimir, por lo que es posible intervenir el conflicto desde las políticas públicas. Por otro lado, la política de la no violencia es aplicable en escenarios en los que el universo de sentido

institucional está cerrado, debido a la agudización de la violencia extrema que ha cercenado los espacios de deliberación; en estas circunstancias, Galtung (1998) propone un ejercicio activo del ser humano para trascender la violencia desde la empatía y la creatividad.

Teniendo en cuenta lo anterior, el conflicto en Galtung (1998) implica la interacción de tres dimensiones: *Actitudes, presunciones + comportamiento* (Behaviour) + *contradicción* (Calderón, 2009, p. 69). El conflicto desde la perspectiva galtungiana, entrecruza tres aspectos: el motivacional, el objetivo y el subjetivo. El motivacional considera los sentimientos implícitos en el conflicto, la manera como ven al otro y se perciben a sí mismos los individuos en el conflicto. El aspecto objetivo del conflicto, por su parte, trata sobre la manera cómo actúan los individuos inmersos en el conflicto y las expectativas que estos crean con respecto al comportamiento de los otros. Por último, el aspecto subjetivo, tiene que ver con los derroteros que enmarcan el conflicto y las temáticas generales sobre las cuales se sostiene.

En esta caracterización, Calderón (2009) identifica siete elementos del perfil del conflicto en Galtung (1998), fundamentales para los objetivos metodológicos de nuestra investigación:

El conflicto es crisis y oportunidad.

El conflicto es un hecho natural, estructural y permanente en el ser humano.

El conflicto es una situación de objetivos incompatibles.

Los conflictos no se solucionan, se transforman.

El conflicto implica una experiencia vital holística.

El conflicto como dimensión estructural de la relación.

El conflicto como una forma de relación de poderes (Calderón, 2009, p. 69).

2.2.1.4. John Paul Lederach: Trascender la violencia desde la imaginación moral.

John Paul Lederach es un sociólogo estadounidense, profesor de construcción de paz internacional de la Universidad de Notre Dame, Indiana; reconocido a nivel internacional en el campo de la conciliación y la mediación. Una de las preguntas que confluyen en torno a su trabajo teórico es, ¿Cómo trascendemos los ciclos de violencia que oprimen a nuestra comunidad humana cuando aún estamos viviendo en ellos? El objetivo del experto en conflicto es responder desde la dilucidación teórica, pero con un enfoque marcadamente práctico al dilema de la transformación de los escenarios que cohabitan con la violencia. Al respecto, Lederach (2009) propone la siguiente tesis:

la posibilidad de superar la violencia se forja por la capacidad de generar, movilizar y construir la imaginación moral. Y el tipo de imaginación a la que me refiero es la que se pone en juego cuando se conjugan y llevan a la práctica cuatro disciplinas y capacidades por parte de quienes logran la manera de elevarse por encima de la violencia. Dicho simplemente, la imaginación moral requiere: la capacidad de imaginarnos en una red de relaciones que incluya a nuestros enemigos; la habilidad de alimentar una curiosidad contradictoria que abarque la complejidad sin depender de una polaridad dualista; una firme creencia y la búsqueda del acto creativo; y la aceptación del riesgo inherente a avanzar hacia el misterio de lo desconocido que está más allá del demasiado conocido paisaje de la violencia (p. 24).

Esta tesis de Lederach, sustentada en la imaginación moral, es un enfoque que incorpora una nueva ética para tramitar los conflictos sociales, ya que complejiza la relación dicotómica amigo-enemigo; vale decir, busca romper con el tradicional discurso de la cultura bélica o de

guerra, que se alimenta de la configuración permanente de la confrontación entre buenos y malos, y donde no es posible imaginar el dialogo fraterno, la piedad y la compasión.

2.2.2. Conflicto. En términos etimológicos, la palabra *conflicto* viene del latín *conflictus*, participio pasivo de *confligere*: “golpear uno con otro, luchar”, de con –“juntos” + fligere, “golpear” (Gómez, 1998, p. 182). En consecuencia, el conflicto es un fenómeno de carácter social y como tal será estudiado por las distintas corrientes de pensamiento que surgen desde los inicios de la sociedad moderna.

2.2.2.1. El conflicto desde las teorías sociales. El conflicto constituye un rasgo esencial de las sociedades modernas y desde entonces es un objeto de reflexión, estudiado de manera asidua por distintas disciplinas sociales, especialmente por el pensamiento sociológico:

desde los inicios de la sociedad moderna, en Hobbes [...] el conflicto aparece ya como una sombra que amenaza a la sociedad, Marx [...] lo coloca de golpe en el corazón de su modelo, al atribuirle una funcionalidad histórico-universal, que toma cuerpo en la lucha de clases (García, 2015, p. 1).

Desde ese entonces hasta hoy, el conflicto es un objeto de interés científico para el pensamiento sociológico.

Para efectos de dilucidar el concepto de *conflicto* sobre el cual se sustenta la presente investigación, se adelantó un proceso de aproximación y decantación que tuvo en cuenta la clasificación realizada por Harry Eckstein, citado por García (2015):

existen dos clases de estudios acerca del conflicto: los que ponen el acento en el contexto y en las estructuras sociales como determinantes en el comportamiento de los actores; y los que ponen el acento, por el contrario, en los intereses y los cálculos de cada acto (p. 3).

Desde esa clasificación sociológica, esta investigación asume la delimitación conceptual del “conflicto”.

Siguiendo con García (2015), estos enfoques sociológicos abordan respectivamente la reflexión del conflicto desde dos paradigmas enfrentados: el del *cambio social* y el de los *intereses individuales* y de la *movilización de recursos*:

El que emplea como variante principal la aparición de cambios sociales, con los cuales vendrían los trastornos y las dificultades, ante el retraso de las instituciones para adaptarse, y el que coloca el foco del examen en las conductas, intereses, racionalidades y estrategias de los actores (p. 4).

Esta rápida introducción sobre el origen social del conflicto y la violencia, permite identificar y comprender el pensamiento de quienes han dedicado su tiempo a investigarlo en profundidad, desde sus distintas perspectivas, las cuales son mencionadas a continuación.

2.2.2.2. Estanislao Zuleta: La transformación social del conflicto. Desde una perspectiva humanista, Estanislao Zuleta (2006), en su ensayo “Sobre la guerra”, expone su pensamiento crítico sobre el conflicto y dice que

es necesario comenzar por reconocer que el conflicto y la hostilidad son fenómenos tan constitutivos del vínculo social, como la interdependencia misma, y que la noción de una sociedad armónica es una contradicción en los términos. La erradicación de los conflictos y

su disolución en una cálida convivencia no es una meta alcanzable, ni deseable; ni en la vida personal –en el amor y la amistad-, ni en la vida colectiva (Zuleta, 2006).

Dicho de otra manera, la interacción social de los seres humanos es inherentemente conflictiva y, sobre todo desde un enfoque sociológico, es imposible tratar de concebir relaciones sociales armónicas. Es preciso, por el contrario, dice Zuleta, construir un espacio social y legal en “el cual los conflictos puedan manifestarse y desarrollarse, sin que la oposición al otro conduzca a la supresión del otro, matándolo, reduciéndolo a la impotencia o silenciándolo [...] una sociedad mejor es una sociedad capaz de tener mejores conflictos” (Zuleta, 2006). Como se puede observar, la argumentación de Zuleta coincide con la del profesor García (2015), en tanto que ambos asumen el conflicto como elemento inherente, consustancial a la vida humana y las sociedades.

2.2.2.3. Marco Raúl Mejía: La construcción cultural y educativa del conflicto. Marcos Raúl Mejía (2001) considera que el conflicto debe ser pensado como una construcción social colectiva, de carácter educativo, formativo, desde una perspectiva de acción transformadora. Lo expresa de la siguiente manera:

Es costumbre en el uso común y cotidiano reconocer el conflicto en términos valorativos como buenos o malos, como si él tuviera una esencia que lo condujera a que el camino estuviera predispuesto según esa naturaleza. No podemos ser ingenuos de pensar que el conflicto por sí solo nos llevará a esos otros lugares, su proceso puede terminar en múltiples situaciones desencadenando resultados no esperados. Por ello se exige pensarlo como una construcción social que atraviesa y ayuda en la configuración de lo humano, por esto es tan importante un uso educativo del conflicto (Mejía, 2001, p. 1).

Según el mismo autor, como el conflicto no es una entidad aparte del proceso social, sino que se construye socialmente, entonces es menester que las dinámicas de construcción del conflicto se den en el marco de complejas relaciones, basadas en “el respeto por la diferencia, la alteridad, el pensamiento crítico, en el marco de dinámicas sociales democráticas” (Mejía, 2001, p. 25). Pero, aclara el autor, para construir estas nuevas dinámicas del conflicto es necesario plantearse nuevas formas de interacción y organización social, atravesadas por nuevas formas de relacionarse con las estructuras de poder, por fuera de la exclusión y la marginalidad social; las cuales permitan a los individuos poder autorregularse, y a las comunidades gestionar sus propios conflictos. En otras palabras, este proceso de la construcción social del conflicto implica la transformación y acción consciente de los actores sociales que jalonan dicho proceso.

2.2.2.4. La transformación de conflictos como motor de cambio social. Lederach en su texto *El pequeño libro de transformación de conflictos* (2003) delimita el concepto *transformación de conflictos* de la siguiente manera:

la transformación de conflictos es visualizar y responder a los flujos y reflujos de los conflictos sociales como oportunidades vitales, para crear procesos de cambio constructivo que reducen la violencia e incrementan la justicia en la interacción directa y en las estructuras sociales, y responden a los problemas de la vida real en las relaciones humanas (p. 15).

Seis años después, en el 2009, entrevistado por la Agencia de Noticias de la Universidad Nacional de Colombia, Lederach explica el proceso mediante el cual se puede llevar a la práctica su concepción teórica. Al preguntársele ¿cómo construir paz a través de la transformación de los conflictos?, responde que “la transformación de conflicto, a diferencia de la resolución de

conflicto, pone el énfasis sobre la cuestión de cambio y qué cambio buscamos” (Lederach, 2009). En este sentido, la idea principal del autor es ver los conflictos como oportunidades de cambio positivo y abandonar la idea negativa en torno a estos.

Lederach, continúa señalando en la entrevista referenciada, que el conflicto, sobre todo, el violento, tiene una serie de patrones que son muy importantes en el tiempo [...] trata de buscar dos cosas a la vez: una que es la crisis del momento, que solución damos de forma creativa a esta crisis. Pero más allá de la crisis, como entramos en el aspecto del contexto relacionado que genera, que tiene partes a menudo de exclusión, de falta de participación, de poco poder, de una serie de cosas que tienen que cambiarse a nivel del conflicto relacional (Lederach, 2009).

Es decir, para Lederach, el abordaje del conflicto es un proceso holístico que encara el conflicto, en primera instancia, desde un nivel micro-relacional: atendiendo los focos de violencia, concentrándose en apaciguar la misma y reestablecer los derechos de las víctimas, buscando protegerlas de posibles repeticiones. Pero, en segunda instancia (no segunda instancia como si lo uno viniera después de lo otro, sino en simultáneo), la transformación de los conflictos apunta a trabajar las raíces mismas del conflicto; así, a nivel macro-relacional, se buscará atender la problemática social, política y económica, poniendo énfasis en lo estructural y en las bases culturales sobre las cuales se justifica e invisibiliza la violencia. En palabras de Lederach, la transformación enfatiza “en el cambio, no exclusivamente una solución puntual y pasajera de la situación; no se puede resolver un problema sin cambiar nada. Lo que buscamos con la transformación es resolver el problema y cambiar lo que lo genera” (Lederach, 2009).

Poner en práctica la transformación de conflictos, como dice Lederach, requiere tanto de “soluciones como de cambios sociales” (2003). Las preguntas fundamentales en la

transformación de conflictos, a la luz de lo anterior, serán: ¿cómo acabamos con algo destructivo y construimos algo deseable? ¿Cómo lidiamos con crisis inmediatas, pero también con la situación a largo plazo? Según este autor, la transformación de conflictos va más allá de la resolución de problemas específicos. La transformación de conflictos, en este orden de ideas:

Expresa solidez científica porque se basa en dos realidades verificables: el conflicto es normal en las relaciones humanas, y, además, es un motor de cambio. El concepto de transformación ofrece una visión clara e importante porque nos lleva a enfocar el horizonte hacia el cual nos queremos dirigir -la construcción de relaciones y comunidades saludables tanto a nivel local como global (Lederach, 2003, pp. 4-5).

En este punto, la concordancia entre las teorías de Lederach (2003), Galtung (1998), Zuleta (2006) y Mejía (2001) se hace evidente, ya que los 4 creen que, siendo el conflicto una construcción social, es posible la transformación social del mismo, sin violencia, sin daño, a través de escenarios de deliberación democrática -en los que se reconoce al enemigo como interlocutor válido- y la educación -vista como mecanismo de acción transformadora para que los individuos se autorregulen y las comunidades diriman sus diferencias-. Estos autores encuentran en el conflicto mismo, la fuerza y motor que dinamiza el cambio social hacia escenarios de paz. Para hacer esto, primero, se debe entender que el conflicto es pieza fundamental del entramado social; así, en vez de buscar desaparecer la situación conflictiva, se busca comprender lo que la ocasionó (Galtung, 1998), y utilizar ese conocimiento para transformar positivamente la realidad generando espacios sociales legales (Zuleta, 2006) y de educación para la paz (Mejía, 2001).

2.2.3. Pandilla. El concepto de “pandilla” tiene un carácter variopinto, lo que hace mucho más complejo el análisis de este fenómeno social. Ni en los estudios académicos ni por parte de la sociedad, se ha logrado construir un significado claro y distinto. Por un lado, el uso del término está asociado a la existencia de grupos sociales, con características comunes e intereses compartidos, que se reúnen a socializar en espacios colectivos. Por el otro, el término se encuentra fuertemente anclado al crimen y la violencia.

Una de las primeras definiciones del término “pandilla” se encuentra en Frederic Thrasher (citado en OEA, 2007):

las pandillas representan el esfuerzo espontáneo de niños y jóvenes por crear, donde no lo hay, un espacio en la sociedad adecuado a sus necesidades. Lo que ellos obtienen de ese espacio, es aquello que el mundo adulto no tuvo la capacidad de otorgarles, que es el ejercicio de la participación, vibrando y gozando en torno a intereses comunes (p. 34).

Sin embargo, el elemento cohesionador y el carácter simbólico inherente a los grupos de pandillas se ha difuminado, apostando, en la mayoría de los casos, por definiciones que abordan el término desde su relación con el delito. Este fenómeno de identificación entre la pandilla y la violencia, según Jennifer Hazen (2010), es válido siempre y cuando sirva para distinguir la pandilla de otras organizaciones y colectivos juveniles. Para Hazen,

las definiciones de pandilla han sido objeto de cuestionamientos por varias razones, en particular por la inclusión del crimen o de la violencia. No obstante, la inclusión de las actividades criminales y violentas es útil para distinguir entre las pandillas y otros tipos de grupos juveniles (p. 8)

Desde esta óptica, poner la violencia como elemento característico de la pandilla es clave porque, de esta manera, se les logra distinguir de otros colectivos; de grupos juveniles con connotaciones culturales, fuertemente arraigadas en la música y el arte.

Teniendo en cuenta las anteriores circunstancias, por pandilla acogeremos la definición suministrada por Perea (2007) a la OEA (Organización de los Estados Americanos), dado que el contexto que analizamos nos permitió ver a las pandillas como un fenómeno eminentemente urbano y violento, cuyo accionar se caracteriza por el enfrentamiento con otras pandillas. Desde este enfoque, las pandillas viven en un tiempo paralelo, que se entiende como una fractura con las instituciones otrora encargadas de la cohesión social: familia, escuela, trabajo, Estado. Así, el concepto de tiempo paralelo tiene puntos de coincidencia con el de imaginarios sociales, porque parte de entender a los jóvenes en conflicto como sujetos que, frente a la exclusión y la pobreza, construyen sus propias vidas.

El segundo rasgo del concepto de tiempo paralelo es la cohesión que establecen los jóvenes en conflicto con su grupo, generando lazos de solidaridad y fraternidad, pero también de obligaciones que reemplazan la relación perdida con las instituciones. Para Perea (2007b), “la cohesión del grupo proviene entonces de una experiencia colectiva montada sobre el ejercicio de prácticas conflictivas” (p. 5).

Los últimos rasgos relacionados con el tiempo paralelo son el miedo y el respeto. El joven en conflicto se aparta de las instituciones socializadoras y ven en el grupo el factor que los cohesionará socialmente; no obstante, no son ni la pinta, ni la música ni las representaciones gráficas del grupo en los muros y las aceras lo que les da sentido, sino la búsqueda de la seguridad que obtienen, fundamentalmente, convirtiéndose en un grupo que produce miedo.

Entonces, el móvil de sus acciones es el miedo y el fin es el respeto. Necesitan prácticas colectivas de miedo, que produzcan en la comunidad la mirada de respeto.

Desde lo sociológico, la idea de tiempo paralelo se fundamenta sobre condiciones sociales específicas: territorio, edad, sexo, la clase social y lo urbano. Así, teniendo en cuenta la noción de tiempo paralelo, y reconociendo que dicha condición se soporta sobre características sociales específicas, acompañando a Perea (2007a, 2007b), entendemos que las pandillas son un grupo de jóvenes urbanos, hijos de la pobreza y la marginalidad, en su mayoría hombres, que tienen fuertes vínculos con el territorio y que viven en conflicto con el gran Otro (la escuela, la familia, el Estado) que necesita controlarlos.

2.2.4. Los imaginarios sociales. El concepto de *imaginario social* es acuñado por Cornelius Castoriadis, y aparece de manera estructurada en su obra maestra: *La institución imaginaria de la sociedad* (2007). Desde el momento en que el término aparece en la discusión filosófica y en los esquemas de los pensadores de las ciencias sociales, ha sido enormemente manoseado. De ahí que su significado se haya usado de maneras tan heterogéneas, y sus implicaciones metodológicas se hayan dispersado por la sociología, la psicología con enfoque social, las ciencias políticas, la pedagogía, la teoría de la comunicación, los estudios culturales, etc. Dadas las circunstancias anteriores, en la actualidad, hablar de una teoría univoca de los imaginarios sociales es una pretensión imposible.

Aunque en realidad, la dificultad de ordenar en un corpus teórico homogenizante el concepto de imaginarios sociales, se desprende de la complejidad misma que alberga este enfoque, desde el cual se observa de manera compleja las relaciones sociales y los productos identitarios producidos por los colectivos sociales. No existe algo así como un corpus teórico

coherente y organizado sobre los imaginarios sociales. Lo anterior genera, en cuanto al estudio de los imaginarios, una compleja red de relaciones multidisciplinares y metodológicas que enriquecen el conocimiento de las sociedades y los grupos que las componen (Baczko, 1999, p. 26). Para el propósito de nuestra investigación, comprender el concepto de imaginarios sociales de manera unidireccional es infructífero, por lo cual nuestra propuesta es entenderlo a partir de su complejidad.

Ya que hay un gran número de publicaciones y trabajos que remiten al uso de los imaginarios sociales, y que esa extensa literatura dificulta comprimir y demarcar un concepto claro y unívoco, creemos que es más valioso entenderlo desde su complejidad; esto es, tejiendo redes que se unen unas con otras en tensión con las significaciones de los individuos, enmarcado en un flujo constante de lo histórico-social.

Por las razones anteriores, nuestro objetivo será rastrear las connotaciones epistemológicas del término *imaginario social*, enmarcadas en la relación entre la filosofía y la sociología, buscando mostrar las provechosas implicaciones metodológicas que se derivan del marco teórico y conceptual de los imaginarios sociales, al momento de estudiar la dialéctica individuo-sociedad. De esta manera, la propuesta es ir decantando el concepto de imaginario social, pasando por la mirada de cuatro investigadores que, a nuestro entender, construyen una teoría sólida de los imaginarios sociales, ya que en ellos se conectan los imaginarios con el conflicto y la capacidad de los seres humanos de transformar sus realidades sociales. Ángel Carretero (2001), Manuel Baeza (2011), Juan-Luis Pintos (2003, 2015) y Bronislaw Baczko (1999), autores claves para entender los imaginarios como esquemas que dan sentido a la vida social, nos permitirán llegar a Castoriadis como eje central de la teoría de los imaginarios sociales.

2.2.4.1. Las facetas de los imaginarios sociales. Cuando apareció por primera vez la noción de imaginario social, a mediados de la década de los años 60 del siglo pasado, en pleno proceso de convulsión social en la Francia que después entrañaría los movimientos estudiantiles de Mayo del 68, se buscaba potencializar la imaginación como agente de cambio, después de miles de años en los que esta herramienta había sido juzgada peyorativamente por el pensamiento occidental. Según Carretero (2001), “en algún contexto, a lo largo del pensamiento occidental, el tratamiento de lo imaginario es peyorativo, al ser concebido desde una actitud racionalista o intelectualista como un orden sui géneris de irrealidad que escapa al dominio de lo racional” (p. 123).

A partir de la nueva perspectiva que generan los imaginarios sociales, la tarea de pensadores como Carretero (2001) será, precisamente, explorar la capacidad del imaginario de entrañar realidades que se puedan materializar desde transformaciones ex nihilo de las relaciones sociales, hasta relaciones sociales totalmente nuevas. En este sentido, la realidad pierde su aparente objetividad y gana en posibilidades de constitución, otorgándole un papel activo a la acción humana de imaginar formas de ser/estar/pensar/sentir en el mundo. En palabras de Carretero (2001): “Si lo imaginario instituye realidad a través de significaciones imaginarias, ya no es posible concebir lo real como dato desprovisto de significación, y por tanto abandona su supuesta garantía de objetividad” (p. 260). Lo real, entonces, es una construcción intersubjetiva que, si se enfoca en el plano de la autonomía y el interés común, se configuraría a partir de significaciones con un fuerte potencial humanizante.

La importancia de los imaginarios sociales es que nos permiten concebir la realidad desde su temporalidad, y al ser como un elemento sujeto al tiempo y, por lo tanto, al cambio (Carretero, 2001). Esto último, implícitamente, significa que la realidad social no se sostiene en el tiempo,

sino que, por el contrario, va cambiando. Tal como lo pensaba Castoriadis (2004), la realidad se encuentra en una constante relación dialéctica entre la imaginación radical y lo histórico-social: “Por eso el mundo de lo imaginario es el de la temporalidad, desde un pasado que conservado crea realidad y un futuro hacia el cual se proyecta lo real como expectativa” (Carretero, 2001).

Por otro lado, para Baeza (2011), los imaginarios sociales se configuran a partir de una indisoluble relación de significaciones compartidas que adquieren sentido, fundamentalmente, debido a la misma experiencia social. Los sujetos que interactúan, y constituyen así su realidad, se reconocen en las mismas significaciones que ellos construyen y le dan sentido existencial a su vida (Baeza, 2011). Por consiguiente, “son los imaginarios sociales los que constituyen el sustrato del sentido común presente en una sociedad, o si se prefiere, son la gramática intersubjetiva necesaria para lograr que la comunicación y la cooperación fluyan” (Baeza, 2011, p. 34). Los imaginarios sociales, desde este enfoque, se miran como la red de significaciones socialmente construidas y constituidas que hacen posible la comunicación entre sujetos de un contexto específico, bajo parámetros determinados socialmente. En otras palabras, los imaginarios son los referentes gramaticales y (¿por qué no?) culturales, desde los cuales se legitiman las prácticas cotidianas de un colectivo. En definitiva, los imaginarios son matrices de sentido compartidos socialmente y construidos de manera colectiva (Baeza, 2000)

Esto último le permite ver a Baeza (2011) una dinámica conflictiva sostenida sobre la legitimidad de los imaginarios que entran en disputa cuando chocan unas con otras las “múltiples y variadas construcciones mentales (ideaciones) socialmente compartidas de significancia práctica del mundo [...] destinadas al otorgamiento de sentido existencial” (p. 33). Según Cegarra (2012), quien apoya las ideas de Baeza, en los imaginarios sociales sí se da una disputa entre los imaginarios, lo que genera que haya imaginarios hegemónicos que se sostienen desde la

legitimidad de las instituciones que históricamente socializan a los seres humanos (la escuela, la familia, etc.), e imaginarios subalternos que constantemente le disputan el reconocimiento:

De allí que Baeza hable de imaginarios dominantes e imaginarios dominados, lo que representa esa “lucha” constante tratando de imponerse esa “visión del mundo” para “hacerla parecer natural”. Todo el cuerpo social asumiría la que hegemónicamente se haya impuesto, aunque eso no dirima la confrontación, sino que minimiza el conflicto hasta tanto no aparezcan nuevas oposiciones tratando de, a través de otros imaginarios, imponerse (Cegarra, 2012, p. 11).

El conflicto de un imaginario con otro se debe a la pretensión de uno de ubicarse por encima del otro, lo que genera un choque de identidades y de mecanismos de identificación. La escuela, los medios de comunicación y las industrias culturales se disputan las significaciones dadoras de sentido y las lógicas de interacción social, con la calle, el barrio y la esquina. Todo esto en un constante choque de tensiones e intenciones generadoras de violencia. La raíz primaria de la violencia, entonces, es de carácter cultural-simbólico, ya que los imaginarios en disputa buscan deslegitimar las estructuras del “otro”.

Esto último se puede observar, por ejemplo, en las visiones sesgadas de un colectivo hacia otro: la mirada enjuiciadora de la prensa, que invalida las prácticas culturales de algunos colectivos juveniles. En este ejemplo, enmarcado en las dinámicas de construcción de identidad de las culturales juveniles, la violencia primigenia, subsecuente a la disputa legitimizante, conforma un tipo de violencia que se genera en el proceso de construcción de la propia identidad juvenil: cómo los jóvenes reaccionan ante las imágenes de sí mismos que vende la prensa, imágenes que se construyen en la escuela y que son modificadas por las industrias culturales; que constriñen las prácticas sociales de estos grupos dentro del molde de individuos “desviados”. En

este ejemplo, los jóvenes que se desvían de los esquemas instituciones, tal como los ven desde afuera, terminan reafirmando a sí mismos como anomalías. Al final de este camino, un solo imaginario se impone; pero, al mismo tiempo, otro imaginario crea una línea paralela en la cual su existencia es posible y tiene sentido.

Por su parte, Pintos (2015), coordinador del Grupo Compostela de Estudios sobre Imaginarios Sociales (GCEIS), observa que la fructífera actividad de estudiar los imaginarios sociales se debe a que estos se concentran en comprender cómo se da la producción social de la realidad. En este sentido, para el autor, el campo de estudio de los imaginarios sociales no se debe preocupar por explicar *qué es la realidad*, sino en comprender “lo que los individuos creen y aceptan operativamente que sea realidad” (Pintos, 2015, p. 151). Los imaginarios, entonces, se enfocan en ver la realidad como constituida y no dada; los sistemas de valores y creencias como heredados y no empotrados; las ideologías como constituidas y no fundidas; y, por último, a los individuos como perpetradores de constantes flujos de sentido que se mueven a través de significaciones dinámicas.

En el artículo antes citado, Pintos (2015) muestra cuatro grandes campos de estudio de los imaginarios sociales, finaliza presentando la concepción de imaginarios sociales que, a nuestro entender, es la propuesta más concisa dentro de su trabajo investigativo.

En el primer grupo de concepciones sobre los imaginarios, que el autor llama “más o menos vulgares”, los hombres y mujeres del común son quienes las elaboran. Aquí lo imaginario hace parte del campo de la ficción y es producto de la imaginación. En este tipo de concepciones lo imaginario siempre está en oposición a la realidad, vinculándose a la invención o la creatividad. De igual manera, en un sentido académico, lo imaginario en estas concepciones

está asociado a las perspectivas fenomenológicas y la forma en que los individuos son vistos como intérpretes de la realidad.

En segundo lugar, dentro del recorrido teórico que Pintos realiza, se encuentran las concepciones vinculadas al marxismo. En este tipo de disposiciones teóricas, él ve la intención de mostrar lo que está oculto; lo imaginario como lo espectral. Así, la filosofía de la sospecha que se inaugura con Marx, buscará “hacer visible la invisibilidad social” (Pintos, 2015, p. 153). Según Pintos, mostrar lo que no se muestra será, en la perspectiva marxista, lo que lo hace abrir los ojos y vislumbrar los imaginarios sociales como herramientas dilucidadoras. Así, en esta misma línea, Pintos ubica varias relaciones dialécticas en el discurso marxista; por ejemplo, la relación entre lo ficticio y proyectivo en Ernst Bloch, la idea de hegemonía como la relación entre dilatación y cristalización de la revolución en Antonio Gramsci y, consecuentemente, la relación establecida en Cornelius Castoriadis entre lo instituido y lo instituyente.

Como etapa intermedia, Pintos señala las concepciones vinculadas a la semántica y a la hermenéutica. Según él, la “aventura de la semiología” y los estudios de Barthes relacionados con el análisis retórico de las imágenes en los medios, la publicidad y el arte, le abren el camino para una concepción de los imaginarios sociales imbricada en la búsqueda del sentido. Este tipo de trabajos, que se concentran en el segundo orden de la observación, van más allá de lo suministrado de forma directa, al ocuparse de la capacidad de analizar las relaciones sociales como redes de interdependencia sociales. Estos trabajos estudian la acción social ahí donde se encuentra “el sentido mentado de la acción”, (Pintos, 2015, p. 154).

En esta etapa intermedia, Pintos (2015) confiesa que llegó a utilizar la expresión *representaciones sociales*, ya que, según comenta, sintió la necesidad de enfocarse en el estudio de objetos definidos. En esta parte de sus elucubraciones, Pintos seguía sujeto a las formas

tradicionales de entender la realidad, moviéndose a través de dicotomías como sujeto-objeto, realidad-ficción, materia-idea. Según Cegarra (2012), la idea de entender la realidad desde los imaginarios sociales es de mayor envergadura que entenderla desde las representaciones sociales, por la misma idea que Pintos señala que supera su uso: porque las representaciones sociales hacen alusión a precodificaciones elaboradas a partir de experiencias previas, mientras que para la teoría de los imaginarios sociales las matrices de sentido, los esquemas que permiten leer la vida social, están en constante construcción. “Cada época histórica a través de los grupos sociales construye o resignifica los sentidos que desea socialmente transmitir” (Cegarra, 2012). A diferencia de las *representaciones sociales*, las cuales son, en términos de Moscovici (1979), “entidades casi tangibles (...) [que] se cruzan y se cristalizan sin cesar en nuestro universo cotidiano a través de una palabra, un gesto, un encuentro” (p. 27), los imaginarios sociales no son tangibles.

Los imaginarios sociales, tal como piensa Pintos (2015), circulan en la realidad, y, aunque no se pueden tocar, permiten leerla: “no son observables ni medibles como un objeto, pero hacen posible entender muchos objetos” (p. 156).

Por último, Pintos (2015) expone su teoría decantada de los imaginarios sociales, que, según muestra, está en relación directa con el código comunicativo “relevancia/opacidad”. Para él, en las sociedades policontexturales en las que vivimos, los centros y los vórtices han desaparecido, por lo cual los individuos que interactúan en ellas están moviéndose constantemente en torno a dinámicas de significación y resignificación de su mundo de la vida. Cada individuo, en constante búsqueda de sentido, se inmiscuye en dinámicas de inclusión y exclusión frente a grupos que le suministran esquemas a partir de los cuales explicar su realidad. Estos esquemas, que son construidos por los imaginarios sociales, no tienen una carga ontológica

que permita definir cuál es verdadero o válido; no obstante, entre ellos se disputan en el escenario de la legitimidad.

En el artículo “Los imaginarios sociales del delito: la construcción social del delito a través de las películas (1930-1999)”, Pintos (2003) ilustra de forma magistral la manera como los imaginarios sociales permiten explicar las dinámicas actuales de las sociedades en las que vivimos. Según él:

no es cierto que nos hayamos quedado sin referencias, sin valores, sin ideales. Lo que sucede es que han desaparecido los absolutos que les daban a unas u otros la categoría de únicos. Vivimos en unas sociedades en las que las formas de entrelazarse las experiencias y las ideas, los tiempos y los espacios, las historias y los proyectos no sólo presentan diferentes tramas y figuras, sino que el primer derecho que reclama el individuo es el derecho a la diferencia. No porque ya se haya conseguido la igualdad (y la libertad, y la fraternidad), sino porque no nos sirven los caminos o modelos que construyeron las anteriores generaciones sobre la exclusión de la mayoría de los tipos de racionalidad que constituyen nuestra vida. Estas sociedades en las que vivimos son por ello policontexturales (Pintos, 2003).

Esta forma de entender las sociedades, le lleva a Pintos a concluir que sólo es posible entender el dinamismo y el fluir de la realidad en el tiempo, si se comprende desde la óptica de la complejidad.

Después de las anteriores apreciaciones, Pintos (2015) construye el siguiente concepto: los imaginarios sociales están siendo esquemas construidos socialmente, que orientan nuestra percepción, permiten nuestra explicación y hacen posible nuestra intervención en lo que en diferentes sistemas sociales es tenido como realidad.

Para finalizar el recorrido por las cuatro facetas que hemos definido, llega al encuentro Bronisław Baczko (1999), quien comprende los imaginarios principalmente como herramientas que, al permitir a los individuos construir su propio sistema de referencias, configuran sus identidades colectivas.

Las sociedades se entregan a una invención permanente de sus propias representaciones globales, otras tantas ideas-imágenes a través de las cuales se dan una identidad, perciben sus divisiones, legitiman su poder o elaboran modelos formadores para sus ciudadanos tales como el “valiente guerrero”, el “buen ciudadano”, el “militante comprometido”, etcétera (Baczko, 1999, p. 8).

Estas identidades, construidas imaginariamente, se representan a partir de símbolos que permiten leer la realidad de cada colectivo; realidades que se diferencian por la manera como cada uno de esos colectivos le dan sentido a la misma.

La importancia teórica y operativa de Baczko (1999) es que sitúa los imaginarios sociales en el campo de la conflictividad. Los imaginarios sociales constituyen la identidad dinámica de cada colectivo, por la cual configuran los símbolos que le dan sentido a sus objetos; por ejemplo, el territorio, un objeto tangible, se simboliza por parte de diferentes colectivos sociales en relación con la simbología de poder que puede llegar a representar. Para Baczko (1999),

el imaginario social es igualmente una pieza efectiva y eficaz del dispositivo de control de la vida colectiva, y en especial del ejercicio del poder. Por consiguiente, es el lugar de los conflictos sociales y una de las cuestiones que están en juego de esos conflictos (p. 28).

Por consiguiente, es la lucha por la legitimidad de estos imaginarios la que, precisamente, genera los conflictos sociales. En los conflictos están en disputa las significaciones simbólicas de los miembros de diferentes comunidades de sentido. En el caso de nuestra investigación, los

imaginarios que construyen las pandillas están en lucha por defender su legitimidad, por un lado, frente a la legitimidad de las otras pandillas, con lógicas más o menos parecidas; y, por otro, las pandillas disputan su legitimidad con las instituciones sociales que totalitarizan los sentidos y arquetipos sociales. En últimas, la lucha de las pandillas no es solamente por la supervivencia del día a día o la protección de su territorio; también, es por defender su manera particular de existir.

2.2.4.2. Cornelius Castoriadis y los imaginarios sociales.

“La imaginación es más importante que el conocimiento.

El conocimiento es limitado, la imaginación rodea el mundo”.

Albert Einstein (citado en Sylvester, 1926)

“lo imaginario es útil en la medida en que permite que una sociedad se comprenda y resignifique sus valores, esto es, en la medida que hace posible la invención de lo social y de la sociedad”.

Pedro Antonio Agudelo (2011, p. 8)

Cornelius Castoriadis (1993, 2004, 2007, 2009), eminente pensador griego del siglo XX, es el encargado de colocar nuevamente sobre la palestra un asunto que se ha pensado, si se quiere, desde los albores mismos de la filosofía: la *imaginación*. Es más, podemos sostener que, sin el asunto de la imaginación dentro del cuerpo filosófico de este autor, dentro de su empresa de reflexiones y pensamientos en torno al individuo y la sociedad, nos encontraríamos perplejos, estaríamos frente a otro pensador, pero no frente a Castoriadis. Y es que, precisamente, la imaginación es la base de todo su pensamiento; desde ella va a criticar el proyecto de la

modernidad, ya que en este la imaginación queda por fuera; y, a su vez, con la misma va a construir las condiciones de posibilidad de un individuo y de una sociedad autónomos y deliberantes.

La intención aquí es mostrar cómo explica Castoriadis la institución de las sociedades y los individuos autónomos y reflexivos a través de lo imaginario social. Este sentido de la imaginación posibilita el cuestionamiento de lo instituido –de las instituciones y de sí mismo–. Y, además, es la puesta en escena de lo totalmente nuevo, dando un giro al paradigma que se tenía hasta el momento de la imaginación, que ahora, de cierta manera, deviene y supone la racionalidad, la imagina. Así, el sentido que se le dará a la imaginación con Castoriadis estará, como él mismo lo cree, en cierto lugar en medio de la imaginación, entendida como contingencia absoluta; y la razón, entendida como necesidad absoluta.

La propuesta de Castoriadis gira en torno a la creación de nuevas relaciones en todos los sentidos. Tender líneas de conexión al interior de las instancias psíquicas, y hacia el exterior, conectándolas con las instancias sociales. Para él, las instancias psíquicas siempre están en contacto con las instancias sociales, solo que muchas veces el sentido de este contacto no permite su desarrollo en la autonomía, desde la autonomía y para la autonomía. Esta propuesta está dirigida a cambiar de posición: es un cambio epistemológico, sensorial, sentimental, de convicciones, material, y substancialmente, de imaginario, en busca de re-potenciar la función creadora de la imaginación radical.

A Castoriadis se le presenta el problema de fundamentar su noción de imaginación, por lo cual se pregunta: ¿cómo funciona tal imaginación y cuál es su relación con la psique (con el individuo) y la sociedad? Encontramos, pues, un proceso donde sujeto y sociedad se van correlacionando, dentro de un proceso cuya potencia principal es la imaginación, que funciona a

manera de motor generador y dador de sentido a la psique, y se convierte así en el fundamento mismo de la sociedad y los individuos. Este fundamento, que no es de ningún modo extra-social o natural, está en su carácter instituyente; es decir, en la facultad que tienen las sociedades de crear significaciones imaginarias absolutamente nuevas. Pero antes de explicar cómo es posible que desde el imaginario social instituyente se construyan imágenes nuevas de la realidad, es necesario plantearse la pregunta por el individuo que, en últimas, es quien integra las sociedades con la capacidad de crear. Teniendo lo anterior en mente, pasaremos a ocuparnos del desarrollo de la psique. Según Castoriadis (2007), esta comporta siempre la necesidad de la socialización; vale decir, solo es posible hablar de una psique constituida cuando ésta haya pasado del estado de encerramiento en sí misma, a la posterior etapa de la socialización, donde el individuo ya hace parte de un contexto y una sociedad dados.

Para Castoriadis (2007), la socialización de la psique es necesaria para su constitución, so pena de su destrucción, ya que la búsqueda radical del sentido en sí misma terminaría en el desconsuelo de la sin-razón, de lo sin fondo, del caos. De esa manera, la psique en su estado originario o monádico, se ve empujada a su exterior, en busca de horizontes de significado, de sentido diurno. Para comprender esto, Castoriadis se refiere a la constitución de la psique como un proceso que pasa por varios cambios de estrato, en los que la psique sufre una escisión en cuatro: *monada psíquica*, *fase tríadica*, *individuo social*; y, por último, el *sujeto autónomo*, *reflexivo y deliberante*.

La primera etapa de la psique se entiende como el momento primario, como aquella etapa donde el individuo aún se rige por el principio de placer y la satisfacción inmediata. En esta etapa no se puede hablar aun de individuo. Es una etapa de unidad que se rompe cuando el

individuo, que pertenece a una sociedad determinada, es socializado e interioriza todos los valores, significaciones y afectos de dicha sociedad.

Después del rompimiento de la monada se da por terminado el estado de encerramiento psíquico, y el individuo pasa las fases de constitución trádica y del individuo social. En la primera de estas fases, el individuo rompe el vínculo consigo mismo, sale de la monada, y empieza un nuevo vínculo con el otro más cercano, vale decir, la madre. La primera experiencia de socialización de los individuos está a cargo de la familia, que cumple el papel de institución primigenia de los valores sociales. En la fase trádica, debido a la ruptura del todo, de la unidad de la monada, “la psique se escinde en tres: El sujeto (el niño), el otro (la madre) y el objeto (el mundo). La omnipotencia de la mónada es proyectada hacia la madre (se proyecta hacia la madre el poder de la significación)” (Valencia, 2009, p. 233).

Con esta división, Castoriadis (2007) explica la génesis tanto psíquica como social de fenómenos tales como el odio y el racismo, a partir de la concepción de que con la ruptura de la monada se pierde la tranquilidad psíquica; y así, el amor que antes se concentraba en el todo monádico, con su ruptura, pasa a concentrarse en el sujeto en vísperas de socialización; mientras que todo el sentimiento de odio que genera esta ruptura es orientado primariamente hacia lo extraño, hacia lo otro que no es uno.

Seguidamente, tenemos la etapa a la que Castoriadis dio el nombre de individuo social, cuyo inicio es la educación por los padres, que son los primeros entes socializadores y los garantes primarios de lo instituido. Los padres, como la primera escuela donde el sujeto aprende a moverse, a comunicarse y a pensar dentro del marco del mundo de la vida que representa la sociedad, dan paso a la sociedad misma en la función de educación y socialización de los individuos. Esta sociedad, con la intención de preservarse, acuñará individuos acordes con su

plan de trabajo; es decir, individuos que la perpetúen, que la desarrollen y que se desarrollen desde sus bases y no por fuera de estas, ya que esto último podría poner en peligro su propia existencia:

en la medida en que el poder de significación está en poder del otro (la madre, el padre, las instituciones sociales), el sujeto puede ser un sujeto socializado, pero heterónimo y la tendencia “natural” del individuo social es hacia la heteronomía, hacia sentir y pensar la institución como lo dado, en lo que no tiene injerencia y que no es el resultado de la acción de los hombres (Valencia, 2015, p. 98).

No obstante, Castoriadis (2007) abre la posibilidad de desvinculación del individuo con lo ya dado. En este sentido, la imaginación, que atraviesa todo el proceder de la psique por sus diferentes etapas, es la salida de la encrucijada, aunque, según Castoriadis, hasta el momento haya sido utilizada por lo instituido, que la despotencializó y borró toda huella de su carácter instituyente, para delegar el mérito de la creación a entidades extra-sociales. Castoriadis llega a la conclusión de que todo el proceso de la significación que atraviesa la psique; proceso de formación y deformación, construcción y deconstrucción, debería terminar en la etapa que se abre como posibilidad, donde el individuo deviene autónomo y reflexivo. Esta condición de posibilidad encierra el supuesto de una sociedad que funda individuos autónomos y reflexivos. Así mismo, este tipo de sociedad, que desde la reflexión de Castoriadis sólo ha tenido cierta presencia en los proyectos de la cultura griega y de la moderna, es una sociedad trágica, ya que acuña individuos que tienen el germen de su destrucción; individuos que se cuestionan a sí mismos y, a su vez, cuestionan la validez de sus instituciones, conscientes de que tanto las instituciones como ellos mismos son productos del imaginario social.

Ahora, pues, es menester dilucidar, con respecto a la imaginación, cuál es papel que esta cumple en la institución de la sociedad. Para tal propósito, citaremos en extenso un texto de Castoriadis (2009) sobre la institución de la sociedad y de la religión, que empieza con la siguiente reflexión:

La humanidad surge del caos, del abismo, de lo sin fondo. Surge de allí como psique: ruptura de la organización regular de lo vivo, flujo representativo/afectivo/intencional que tiende a referirlo todo a sí mismo y lo vive todo como sentido constantemente buscado. Sentido esencialmente solipsista, monádico... o también: placer de referirlo todo a sí mismo. Esta busca, si es absoluta y radical, no puede sino fracasar y conducir a la muerte del soporte vivo de la psique y a la muerte de la psique misma. Apartada de su exigencia original total, esencialmente alterada, formada/deformada, canalizada, la psique se encuentra a medias satisfecha en virtud de la fabricación social del individuo. Radicalmente inepta para la vida, la especie humana sobrevive al crear la sociedad y la institución. La institución permite sobrevivir a la psique al imponerle la forma social del individuo, al proponerle e imponerle otra fuente y otra modalidad del sentido: la significación imaginaria social, la identificación indirecta con ella (con sus articulaciones), la posibilidad de referirlo todo a ella (p. 177).

Aquí se observa cómo Castoriadis, tras sostener que dentro del mundo humano sólo hay caos y abismo, plantea, de igual forma, la posibilidad de salir de tal circunstancia. Abre la puerta por la que va a pasar indefinidas e ilimitadas veces el sujeto en busca de sentido. Le abre paso a la imaginación radical, por medio de la cual el hombre crea su mundo propio. La pregunta que cabe hacerse en esta instancia es la siguiente: ¿cómo se instituye mediante la imaginación el mundo, si las sociedades que acuñan a los individuos son heterónomas y, por tanto, producen

individuos heterónomos? Esta pregunta, y su solución, están en la base del pensamiento de Castoriadis en torno a la formación-deformación de individuos y sociedades autónomos y reflexivos mediante el imaginario social instituyente.

Para solucionar tal cuestión, para darle vía libre a la creación de sociedades e individuos reflexivos y autónomos, Castoriadis (2009) plantea la relación entre el Psicoanálisis, la Política y la Pedagogía. Cada una de estas disciplinas, según él, tiene como objeto de estudio al sujeto, un material casi inaprehensible por su constante cambio y movilidad; y cada una de éstas, de igual manera, desde sus distintos campos de acción, busca que su actividad desemboque en la consecución de individuos más reflexivos y autónomos. Pero, a la manifiesta dificultad que le representa su objeto de estudio, a las anteriores disciplinas se le suma otro problema, a saber, que todas tres trabajan con base en algo que no tienen. Este elemento se convierte en lo que desde un principio se pretendió alcanzar para el sujeto: la autonomía. Tanto el Psicoanálisis, como la Política y la Pedagogía deben partir del supuesto de que tienen la autonomía que están buscando; sólo así el individuo podrá escapar de la prisión que se genera por las sociedades heterónomas, que no permiten su reflexividad y autonomía, y lo convierten en simple heredero del sistema (heredero de la acción, el pensamiento, los afectos, etc.). Con respecto a esto, Castoriadis (1993) sostendrá que:

Nosotros queremos individuos autónomos, es decir, individuos capaces de una actividad reflexiva propia, pero, a menos de entrar en una repetición sin fin, los contenidos, y los objetos de esta actividad y el desarrollo mismo de sus medios y métodos solo pueden ser proporcionados por la imaginación radical de la psique. Allí es donde se encuentra la fuente de la contribución del individuo a la creación social-histórica (p. 107).

Ésta es la idea de que, sólo imaginándonos unos individuos autónomos y reflexivos, conscientes y lucidos de su acción activa en la institución de la sociedad, podremos escapar de la ilusión de estabilidad en la que nos tienen sumidos las sociedades heterónomas. Así, el proyecto de autonomía está circundado por dos vertientes: la emancipación del individuo y la emancipación de la sociedad, vertientes correlacionadas e interdependientes.

De esta manera encontramos, por un lado, la imaginación radical, que es el aspecto individual de la imaginación, aquel que siempre le está haciendo resistencia a lo social; y, por otro lado, el imaginario social instituyente, que crea significaciones, instituciones y representaciones que constituyen el mundo. Aunque, en últimas, el imaginario social termina convirtiendo lo que crea en algo instituido y, mucho peor, si no está actuando sobre él una conciencia autónoma y reflexiva, tratará de enmascarar la creación:

la colectividad solo puede existir en tanto que instituida. Sus instituciones son una y otra vez su propia creación, pero casi siempre, una vez creadas, aparecen para la colectividad como dadas (por los ancestros, los dioses, Dios, la naturaleza, la Razón, las leyes de la historia, los mecanismos de la competencia, etc.) (Castoriadis, 1993, p. 105).

El eje cohesionador del individuo y la sociedad, y de la reflexividad y la autonomía que hay en estos, es la imaginación. Ahora bien, la imaginación no entendida como una facultad reproductiva y que trabaja sobre lo dado, sobre lo ya instituido –y que, por tanto, no puede escapar de la lógica conjuntista-identitaria–; sino, por el contrario, la imaginación como posibilidad de crear lo nuevo, lo no instituido y, por tanto, creadora de infinitas e inagotables significaciones y representaciones del mundo.

La crítica que está haciendo Castoriadis (1993) se centra en el problema mismo del que es víctima la imaginación; más precisamente, la cuestión de su des-potencialización. El llamado de

atención de Castoriadis es a la potencialización de la imaginación, pero una imaginación que deviene reflexiva, que se supone en cierto sentido racional. Esta imaginación abre la posibilidad de que los individuos se auto-cuestionen y cuestionen a la sociedad, construyan imágenes de sí mismos y del mundo, con base en la reflexividad y la autonomía. Aunque no hay que olvidar que, en tales circunstancias, la relación entre los individuos y las sociedades por ellos instituidas resulta trágica: trae consigo su autodestrucción.

Lo anterior le permite a Castoriadis (2007) plantear que todo lo que se da en lo histórico-social está mediado por símbolos y que, dichos símbolos, son creados ex nihilo por la imaginación. En este sentido, para Castoriadis lo imaginario “no es imagen de. Es creación incesante y especialmente indeterminada (histórico-social y psíquica) de figuras / formas / imágenes, a partir de las cuales solamente puede tratarse de ‘alguna cosa’” (p. 10). Según este enfoque, todo lo que concebimos como realidad, lo que llamamos *racionalidad*, es obra de los imaginarios sociales.

Esta posibilidad de crear de la nada, de acudir a lo no existente, de imaginar lo no imaginado, es lo que radicaliza en Castoriadis el uso de la imaginación. Desde esta perspectiva, lo imaginario siempre estará en relación con lo simbólico. Para Cegarra (2012), esta mirada de Castoriadis de los imaginarios sociales es clave, porque permite entender el nexo entre la realidad y la manera como la simbolizamos. Cegarra (2012) lo ilustra de excelente manera:

Una silla es una silla, indudablemente, pero puede simbolizar el poder si responde a un trono de un rey. Posee esa significación incluso sin que el rey esté sentado sobre ella, la use siempre o no: los atributos simbólicos son elaborados en lo histórico-social del imaginario (p. 9).

La imaginación que muestra Castoriadis siempre tendrá una relación dialéctica y trágica con la racionalidad que permite llevar la complejidad de los imaginarios sociales a un plano abierto, constante y “objetivo”. Esta situación, antes que engendrar un problema, es la condición misma de la construcción simbólica de la realidad y a lo que, precisamente, hemos intentado apuntar en este análisis. En palabras de Cegarra (2012), los imaginarios sociales, por un lado, “acompañan a la razón ‘modificándola creativamente’ pero por otro, se oponen también a la racionalidad, complejizando la conciencia entre la realidad y la fantasía” (p. 12). Lo anterior es lo que Castoriadis (2007) llama *hybris*: la tragedia de la relación entre imaginario radical instituyente y racionalidad, que instituye sentido, pero destruye lo pasado, y nos llevará a entender la creación de imaginarios sociales como constante transgresión, como conflicto.

Capítulo 3. Marco Metodológico

3.1. Investigación Cualitativa

El tipo de investigación realizada fue de corte cualitativo. Se priorizaron las entrevistas mixtas y el diario de campo como técnicas e instrumentos para recolectar la información. La propuesta metodológica fue ambiciosa, pero aterrizada. La investigación se concentró principalmente en la apertura de espacios de comunicación e integración entre los sujetos de estudio y la academia, con el objetivo de lograr que los jóvenes inmersos en la problemática de las pandillas pudieran contar, desde su particular forma de simbolizar el mundo, sus experiencias de vida. Esto debido a que era evidente que sus historias las estaban construyendo otros actores, de manera exógena, sin considerar las expectativas, sueños, miedos, anhelos y deseos que rodean la vida de estos jóvenes.

Por estas razones, asumimos el enfoque cualitativo como el medio que se adecuaba al propósito de la investigación, porque nos permitiría integrarnos con nuestros sujetos de estudio de manera directa y participativa. Así, buscando esquivar los resultados de la investigación cuantitativa, pero sin dejarlos de lado, decidimos ahondar en los aportes de las voces vivas de los jóvenes, que se abrieron a la posibilidad de contar su forma de ser y estar en el mundo, para que nosotros, desde una perspectiva diferente, intentáramos explicar su trasegar por el conflicto.

La investigación cualitativa abrió espacios de conversación que complejizaron la tendencia a estudiar el problema de las pandillas desde la dicotomía buenos-malos, que de forma reduccionista se ha ocupado de velar por soluciones de orden penal, como los enfoques de “mano dura”; o por soluciones no estructurales, como la generación de proyectos de “emprendimiento” no articulados con las necesidades del contexto ni mucho menos con las identidades que estos

jóvenes construyeron para sí mismos. Estos conversatorios sirvieron para que los jóvenes en conflicto mostraran con sus propias palabras un mundo simbólico cuya existencia se viene construyendo de manera paralela a un mundo institucional. Accedimos, parcialmente, al mundo de las significaciones imaginarias que construyen los jóvenes en conflicto y que le dan sentido a sus prácticas sociales e individuales.

En este sentido, el enfoque cualitativo que utilizamos se valió de los estudios empíricos primarios, que es un tipo de trabajo de campo en el que los investigadores tienen una interacción constante con sus sujetos de estudio o con personas que están directamente relacionadas con ellos (líderes de la comunidad, exmiembros de pandillas, funcionarios públicos, etc.). Esta forma de intercambio nos permitió ver a los jóvenes de las tres pandillas estudiadas como informantes claves que construyeron, conforme a las dinámicas integradoras del proceso investigativo, sus propias redes de sentido.

Por otra parte, considerando que la pertinencia de este enfoque investigativo está dada, porque se sostiene sobre la dinámica de las relaciones intersubjetivas que estudia, pensamos que era fundamental iniciar el acercamiento a los sujetos de estudio sin hipótesis, para no ir cargados con preconcepciones al encuentro de estos jóvenes. No obstante, a lo largo del proceso investigativo se nos fueron presentando una serie de conjeturas, surgidas del acercamiento e interacción, que nos llevaron a afinar la mirada hacia lo que parece ser una relación estructural entre la violencia y la búsqueda de sentido.

Según Tamayo (1999), en este tipo de investigaciones cada descubrimiento genera una bifurcación y, por lo tanto, un nuevo camino para explorar. Además, como es flexible y dinámica, en la investigación de corte cualitativo los investigadores van moldeando sus expectativas y objetivos en la medida en que interactúan con la comunidad. Así, en el proceso

de construcción de la pregunta problema, iniciamos cuestionándonos sobre las imágenes que los jóvenes en conflicto construyen de sí mismos; pero, después, a partir de la investigación misma, concluimos que era más fructífero preguntarnos por los imaginarios que construyen los jóvenes en conflicto, transversalizando estos imaginarios con categorías como *familia, violencia juvenil, instituciones, relación amigo-enemigo, etc.*

3.2. Interaccionismo Simbólico

El interaccionismo simbólico sirvió en nuestra investigación como base epistemológica, a partir de la cual se comprende la intersubjetividad como eje estructurador de la identidad individual y grupal de los jóvenes pertenecientes a grupos de pandillas. Según este marco interpretativo, el significado de la conducta se encuentra en la interacción social; además, asume que todos los actos sociales están cargados con elementos simbólicos. Desde esta perspectiva teórica, el resultado de las acciones de los individuos, enmarcado en un campo semántico construido por ellos mismos, es un sistema de significados comprendidos intersubjetivamente. Todo esto con el objetivo de comprender e interpretar la vida social de los jóvenes inmersos en el conflicto de pandillas como una construcción de naturaleza simbólica, histórica y social.

El interaccionismo simbólico concibe la realidad social como una red de símbolos permeados por los significados que constituyen en complicidad unos individuos con otros. Las dinámicas de interacción social entre los individuos se comparan con lo que acontece en una obra de teatro: los actores que participan en el dramatizado asumen unos roles y ciertas conductas en relación con los comportamientos preconfigurados por los otros personajes de la obra. Así, la acción y la reacción de cada uno dependerán de lo que el otro espere que se dé como una acción coherente y una respuesta con sentido.

Según Herbert Blumer (1998), referente del interaccionismo simbólico, las interacciones humanas están mediadas por los símbolos que construyen los individuos en su interacción social; por tanto, el acto social es producto del intercambio de valores de sentido frente a las palabras y los gestos que generan la comunicación. Para Blumer (1998),

human interaction is mediated by the use of symbols, by interpretation, or by ascertaining the meaning of one another's actions. This mediation is equivalent to inserting a process of interpretation between stimulus and response in the case of human behavior (p. 79).*

Para el interaccionismo simbólico, las respuestas a los actos sociales no están relacionadas directamente con las acciones de los demás, sino que se basan en el significado que se asigna a tales acciones. La realidad está configurada como una comunidad de sentido construida socialmente y afianzada sobre la aceptación y el reconocimiento de los significados creados intersubjetivamente.

Teniendo en cuenta lo anterior, en el fondo, la propuesta del interaccionismo simbólico es entender la subjetividad como una producción social y, de igual manera, la construcción de la identidad individual como un proceso que se desarrolla de manera colectiva. Por ende, es importante aclarar la distinción que realiza Mead (1973) entre *mente* y *persona*, fundamental para entender que la constitución del individuo está comprometida con dinámicas sociales y comunitarias.

Mead (1973) sostiene que la mente es un concepto amplio, que incluye tanto la conciencia como la conciencia de sí. El autor entiende por *conciencia* todo aquello que tiene lugar en nosotros con motivo de la percepción; así, cuando una persona ve u oye algo, se dice que está consciente de algo. Quizá esto pueda ilustrarse con el caso de un paciente que,

*“La interacción humana está mediada por el uso de símbolos, por la interpretación o por la determinación del significado de las acciones de los demás. Esta mediación es equivalente a insertar un proceso de interpretación entre el estímulo y la respuesta, en el caso del comportamiento humano”.

aparentemente inconsciente en un hospital, reacciona sin embargo al chasquido de los dedos: se diría que está consciente, que reacciona a ciertos estímulos.

Por otro lado, por *conciencia de sí* Mead se refiere específicamente a la persona. Así, desde esta perspectiva, uno es persona cuando es a la vez sujeto y objeto; dicho de otro modo, cuando asume frente a sí mismo la actitud que los otros asumen frente a uno, cuando se dirige a sí mismo como los otros se dirigen a él. Uno puede estar consciente, en el sentido indicado, y no poner en juego la persona. El comportamiento individual, por consiguiente, implica adoptar una serie de respuestas compartidas frente a significados que están dados a través del reconocimiento mutuo como sujetos.

Esta perspectiva fue de mucha utilidad, ya que nos permitió entender el contenido del significado de las acciones y las decisiones de los jóvenes en conflicto como reacciones condicionadas por acciones y circunstancias fijadas socialmente. Partiendo de este supuesto, los actos sociales de los sujetos estudiados se complejizaron, incluyéndolos en una malla racional, cambiando la óptica que los concibe como actos aparentemente incoherentes y arbitrarios por una que los valora en medio de una red coherente.

Por otra parte, en Pierre Bourdieu (1997), sociólogo de la teoría crítica, encontramos una serie de aportes que contribuyen, en conjunto con el interaccionismo simbólico, a la comprensión del acto social del joven en conflicto como producto de una red de relaciones de interdependiente. Desde esta perspectiva, el actuar de los jóvenes en conflicto, que encuentra asidero en las prácticas de la violencia, no se puede ver de manera aislada, como un producto gratuito, sino como comportamientos instaurados en un universo de sentido integrado a dinámicas de preferencia intersubjetivas. Así, los agentes sociales actúan adecuando sus acciones como si de un juego se tratara. Así, para Bourdieu, tanto como para Mead, los actores

sociales están en medio de este juego, y entender el sentido de este y su dinámica es clave para construir una realidad, siempre compartida.

Esta forma de explicar el comportamiento social fue relevante en la medida en que el significado y la interpretación se configuran como circunstancias esenciales de la condición humana. Los individuos, en medio de la interacción social, construyen significados integrados. En el caso de los jóvenes en conflicto, la conducta violenta es la que remarca los significados que configuran su realidad. Estos significados, que para su caso devienen en conductas desviadas, son sus referentes de sentido, son los marcos referenciales que sostienen sus creencias y disidencias, y, por lo tanto, son la clave para interpretar sus patrones y esquemas. En otras palabras, interpretar los imaginarios sociales, entendidos como esquemas y patrones de comportamiento social contruidos desde el acto violento, significará comprender el *habitus* que condiciona la acción de estos jóvenes. Es decir, el estudio de la interacción simbólica que configura el actuar violento consistirá en interpretar “el sentido práctico de lo que hay que hacer en una situación determinada —lo que, en deporte, se llama el sentido del juego, arte de anticipar...” (Bourdieu, 1997, p. 40).

Por ende, la investigación muestra que el comportamiento violento puede verse como el producto de interacciones sociales poco efectivas, las cuales han deformado los marcos referenciales que servían como instituciones de sentido: el conocimiento en la escuela, la confianza en la familia, la seguridad en el Estado, etc.

El comportamiento de estos jóvenes demuestra, por consiguiente, el afán que tienen de cargar su vida de sentido, pero un sentido que ellos sientan como algo que les pertenece. El afán es por construir sentido que pueda reconocerse como propio y no como heredado; jugar un juego en el que se sientan compenetrados, que los constituya y en el que no se sientan como extraños.

Esto nos llevó a comprender que las prácticas de la violencia y la constitución misma del conflicto, escenarios presentes en la vida de las pandillas, no son fenómenos aislados; por el contrario, estas prácticas son la respuesta al interés humano, demasiado humano, que tienen todos estos jóvenes por encontrar un espacio de reconocimiento. La violencia y el conflicto se convierten en los mecanismos que recargan con significados las prácticas socioculturales de estos jóvenes.

Para el interaccionismo simbólico, la violencia y el conflicto se generan cuando los individuos no logran concretar acciones que respondan efectivamente a lo que las instituciones esperan de ellos. Este escenario genera una situación de gran incomodidad e inconformidad, ya que, según Goffman (1959):

el individuo cuya presentación ha sido desacreditada puede sentirse avergonzado, mientras los demás circunstantes se sienten hostiles, y es posible que todos lleguen a encontrarse incómodos, perplejos, desconcertados, experimentando el tipo de anomia que se genera cuando el pequeño sistema social de la interacción cara a cara se derrumba (p. 24).

A partir de lo anterior, el interaccionismo simbólico permite explicar la construcción colectiva del conflicto social, que se entiende como un estado de desorganización en el que los individuos miembros de determinados microsistemas sociales se enfrentan con las instituciones heterónomas, porque sienten que estas son incongruentes con sus propias construcciones de sentido.

3.3. Una Exploración Etnográfica

La investigación se desarrolló usando el método etnográfico, modelo investigativo que surgió en el seno de la antropología con el objetivo de estudiar grupos humanos específicos. En

la etnografía, el trabajo de campo es fundamental para acercarse a los sujetos estudiados, involucrándose el investigador en la vida social del grupo. A partir de lo anterior, la aproximación etnográfica nos llevó, por un lado, a hacer entrevistas en profundidad, para adentrarnos en las particulares formas de ver el mundo de los jóvenes; y, por otro, a la realización de grupos focales, con el propósito de analizar el comportamiento individual movilizado por las dinámicas internas de los grupos.

Por otra parte, el estudio etnográfico también fue fundamental porque nos permitió usar la observación participante como una técnica a través de la cual se podían captar aspectos del comportamiento social del grupo que escapan a las entrevistas tanto individuales como grupales. Para Tamayo (1999), la “meta principal del método etnográfico consiste en captar el punto de vista, el sentido, las motivaciones, intenciones y expectativa que los actores otorgan a sus propias acciones sociales, proyectos personales o colectivo, y al entorno sociocultural que los rodea” (p. 58).

En este orden de ideas, con el propósito de explorar el mundo de las tres pandillas, nos concentramos, primeramente, en construir relaciones fundadas en la confianza. La idea fundamentalmente era crear lazos de confianza que tendieran redes de confidencialidad, ya que, para este tipo de investigaciones, las imágenes y visiones “que el investigador construye o elabora de los otros están relacionados y dependen del tipo de interacción social que entable con sus sujetos de estudio, y de la idea que ellos se forjen del investigador, su proyecto y propósitos” (Tamayo, 1999, p. 59).

La investigación etnográfica se estructuró, de esta manera, desde un enfoque de observación participativa-activa, en la que el encuentro con los jóvenes en conflicto se concentró

en reducir la brecha simbólica e ideológica que generan aspectos como la condición social, la época, la ideología, los intereses, los estudios y el rango etario.

Por lo tanto, se concluyó que la investigación etnográfica, que se ubica en el campo de lo simbólico, era relevante para cumplir el objetivo de interpretar las prácticas socioculturales del grupo. Así, se construyó un plan de trabajo en el que las entrevistas y los grupos focales, además de servirnos como medios para recaudar la información, se convirtieron en espacios de observación participativa. Los encuentros con los jóvenes en conflicto, en tanto escenarios repletos de significaciones imaginarias, se fueron transformando en pretextos utilizados como espacios de decodificación. En la investigación etnográfica se parte “de la premisa de que existe un código o combinatorio cultural de carácter universal (la naturaleza humana) que puede decodificarse mediante el registro de una cultura extraña y un análisis posterior de su infraestructura simbólica y de significados latentes” (Murillo, 2008, p. 3).

Así, con el propósito de crear un marco más amplio de sentido, y para “leer” las significaciones construidas por nuestros sujetos, entendimos que los datos recogidos etnográficamente debían estar amparados por una cartografía y una contextualización histórica del conflicto. Para este propósito, realizamos un cruce de información entre los relatos de los jóvenes y los datos suministrados por instituciones como el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), el Sistema de Selección de Beneficiarios para Programas Sociales (SISBEN), la Policía Nacional, las secretarías del interior y de planeación, el COSED, entre otros. De igual forma, se les pidió a los jóvenes que dibujaran dónde vivían, y las fronteras imaginarias que han construido, con el objetivo de ubicar en el territorio la conflictividad. Por último, la cartografía del conflicto, recreada por los mismos actores, fue amparada con información geoespacial extraída de las aplicaciones *Google Maps* y *Google Street View*.

3.4. Aspectos Relevantes

La escogencia de Cartagena para llevar a cabo la investigación obedece principalmente a dos factores. En primera instancia, porque es la ciudad donde hemos vivido la mayor parte de nuestras vidas y residimos actualmente; por ende, hay una estrecha vinculación desde lo laboral y familiar, que ha creado un sentido de pertenencia que no es ajeno a las problemáticas que afligen a nuestros barrios. La segunda instancia tiene que ver, principalmente, con la afectación que generan las pandillas en la vida cotidiana. En las residencias de los barrios cartageneros padecemos –ya sea como víctimas o testigos– los riesgos derivados de las riñas entre pandillas: la violencia que enmarca sus prácticas y la construcción de fronteras invisibles que afectan la movilidad y la seguridad.

Una vez escogido el tema y la ciudad, el siguiente paso fue definir los criterios para seleccionar las pandillas que íbamos a estudiar. Las inquietudes y dificultades que pudieran surgir en torno a la elección y el acercamiento de los grupos, fueron allanadas gracias al profesor de la Facultad de Ciencias Sociales y Educación de la Universidad de Cartagena, German Ruiz Páez, quien aprovechó sus experiencias y trabajos previos con algunas pandillas de la ciudad, para tender puentes y contactarnos con líderes de distintas pandillas.

En principio, se pensó trabajar con grupos de las tres localidades de la ciudad, haciendo un trabajo comparado con Los Matarratas, del barrio Palestina; los Poquiticos, de San Francisco, en el sector de Sinaí; alguna que otra pandilla ubicada en el Barrio Flor del Campo o Bicentenario, de la localidad 2 De la Virgen y Turística; y, por último, una pandilla del barrio Nelson Mandela, de la localidad 3 Industrial y de la Bahía.

Sin embargo, los acontecimientos del primer trabajo de campo marcaron otro derrotero. La primera entrevista de campo realizada en el barrio Palestina, a los integrantes de los

Matarratas, fue interrumpida abruptamente por la incursión violenta de la pandilla vecina: Los Menores, del barrio La Paz. La reacción de Los Matarratas no se hizo esperar, y pronto ambas pandillas se trenzaron en violentos enfrentamientos. La oportuna intervención de la Policía y la preocupada actitud de algunos vecinos e integrantes de Los Matarratas para que evacuáramos la casa donde realizábamos la entrevista, nos permitió salir ilesos del sector.

Esta situación, pese a poner en riesgo nuestras vidas, no nos desalentó; por el contrario, despertó nuestro interés en comprender las motivaciones que estaban llevando a estos jóvenes a enfrentarse en una guerra de vida o muerte. Esta decisión se vio reforzada por la ola de violencia, destrucción y muerte que se vivió en el mencionado sector, en las horas y días siguientes al acontecimiento. En este escenario, el conflicto se intensificó trágicamente, con varios heridos de gravedad de parte y parte; entre ellos, el informante clave de la pandilla Los Matarratas, quien había liderado la logística para realizar la entrevista al grupo focal.

Indagaciones posteriores nos permitieron conocer las alianzas que se tejen entre las pandillas Los Menores de la Paz y los Tóquenlo de Pablo VI Segundo*, en contra de Los Matarratas de Palestina, lo que configura un escenario activo y dinámico de conflictividad, que atrajo nuestra atención. Por esta razón, decidimos concentrarnos en las pandillas de estos tres barrios.

Por otro lado, en las experiencias vividas quedaron impresas las imágenes de los rostros temerosos de niños y niñas llorando, refugiados en un cuarto para evitar ser alcanzados por la violencia de la que sus padres y hermanos eran actores. En ese preciso instante nos percatamos

*Dos grupos juveniles que no aparecen clasificados como pandillas según los criterios utilizados por la Policía Metropolitana de Cartagena (liderazgo identificable, territorialidad, identificación de la comunidad, capacidad de vinculación, capacidad logística, compañerismo, fin común, promedio de edad y actuación colectiva). La Policía considera que algunos de los grupos catalogados como pandillas por parte de la comunidad, no son más que colectivos de delincuencia común.

de la dimensión de la problemática y la imperiosa necesidad de buscar alternativas para que estos niños no estuviesen condenados a repetir las historias de sus familiares.

Para culminar, dado que la dispersión geográfica y la naturaleza heterogénea de las pandillas en principio seleccionadas, generaba dificultades logísticas y analíticas para realizar un trabajo comparado, se decidió, de manera pragmática, abordar las tres pandillas antes mencionadas. Esta decisión se sustentó en la constante interacción violenta generada por la proximidad geográfica de los tres barrios, lo que facilitó el análisis a la hora de comparar las motivaciones, juicios y conceptos que las pandillas tienen entre sí.

Así mismo, para tomar la decisión de abordar el contexto de las tres pandillas fue importante el apoyo de Deyvis González, un joven que, además de contar con una historia de vida estrechamente relacionada con el conflicto de pandillas en las faldas de La Popa, se ha convertido en un actor social y cultural clave. El apoyo de Deyvis nos llevó a tomar la decisión de manera estratégica, ya que propició un acercamiento al contexto desde lo local y comunitario; además, facilitó el encuentro con los actores del conflicto, lo que nos abrió paso hacia la confianza y la comunicación. A través del importante trabajo de mediador realizado por él, pudimos abordar nuestra investigación de manera etnográfica, conectándonos con los grupos y sus prácticas cotidianas.

Para nosotros fue importante establecer una relación de confianza con nuestros sujetos de estudio, basada en el reconocimiento de las intenciones y alcances de nuestro trabajo. Los informantes debían saber que esta investigación tiene implicaciones académicas y de alcance práctico, razón por la cual al principio de todas las entrevistas y encuentros se hacía una introducción sobre quienes éramos nosotros, en representación de que institución estábamos, cuáles eran los objetivos, beneficios y riesgos del estudio. Esto nos generó inmediatamente dos

dificultades: por un lado, los jóvenes se mantuvieron reticentes a firmar la ficha del consentimiento informado por su condición de jóvenes en conflicto; por el otro, en muchas ocasiones vimos en los rostros de los jóvenes perder el interés en la actividad cuando les decíamos que este proceso era de corte académico y, por lo tanto, no iban a recibir ningún tipo de pago.

3.5. Recopilación de la Información

El abordaje metodológico generó una interacción directa con los actores sociales investigados, que permitió obtener la información a través de entrevistas mixtas, grupos focales y la observación directa. El plan de acercamiento fue esquemático: primero, realizamos entrevistas a un miembro activo y con historia en el conflicto. Segundo, producto de la información que nos suministraba el informante clave y de la confianza que generaba la interacción, se acordó con él la realización de un grupo focal con el propósito de estudiar el comportamiento de los jóvenes en colectivo. Por último, a partir de los aportes generados por el grupo focal, seleccionamos a algunos participantes –quienes nos servían para recolectar determinada información sobre temas específicos– a fin de realizarles una entrevista en profundidad.

Para llevar a cabo la recolección de la información, el trabajo de campo tuvo las siguientes etapas:

i) Entrevistas individuales: Se realizaron cuatro (4) entrevistas individuales, con jóvenes en conflicto, exmiembros de pandillas y líderes de las comunidades de La Paz, Palestina y Pablo VI Segundo, quienes fueron escogidos por su liderazgo y valor simbólico dentro del grupo o su reconocimiento y distinción por parte de la respectiva comunidad. La entrevista, desde el enfoque cualitativo (Bonilla y Rodríguez, 1997), al mostrarse abierta y personal, permitió que

nos acercáramos al problema de investigación tal como los sujetos lo perciben y comprenden; sin prejuicios o categorías preconcebidas. Según Bonilla y Rodríguez (1997):

las entrevistas individuales (...) son el instrumento más adecuado cuando se han identificado informantes o personas claves dentro de la comunidad (...) estos informantes son definidos como “conocedores o expertos”, por lo cual puede considerarse que sus opiniones son representativas del conocimiento cultural compartido por el grupo en cuestión (p. 93).

Las entrevistas individuales, por tanto, se realizaron pensando en encontrar informantes claves que brindaran un panorama general del conflicto, a partir de la manera como ellos lo han percibido desde sus propias experiencias. El perfil seleccionado para tal propósito nos llevó al encuentro de jóvenes que viven el conflicto desde hace mucho tiempo, pero con unas características intelectuales y simbólicas que los diferencian de los otros miembros del grupo: experiencia, antigüedad en la pandilla, liderazgo y reconocimiento por parte de la comunidad.

El tipo de entrevista utilizada, por consiguiente, buscaba generar ambientes de espontaneidad, confianza y dinamismo en las conversaciones, a través de los cuales se pudiera extraer información sobre las percepciones, sentimientos, emociones y comportamientos de los sujetos estudiados.

Utilizando como base la propuesta de Bonilla y Rodríguez (1997), al inicio de la investigación utilizamos un tipo de entrevista informal conversacional para acercarnos a los sujetos, lo que permitió darnos a conocer y obtener un conocimiento previo de los rasgos del grupo. Este tipo de entrevista no tiene una guía que marque límites estructurales con respecto a las preguntas, por lo cual nos fue posible enfocarnos en las formas de hablar, en los usos del

lenguaje; y fundamentalmente, la forma espontánea del conversatorio nos abrió las puertas al reconocimiento como actores clave por parte de los jóvenes entrevistados.

ii) Grupo focal: Se realizaron tres (3) grupos focales, que tenían entre 3 y 8 miembros. El uso de esta técnica nos pareció de suma importancia, pues ampliaba la recolección de la información de los “datos”: de un enfoque meramente verbal, a un universo de información no verbal y extralingüística. Los gestos espontáneos o inconscientes, los lapsus lingüísticos, las ironías en los silencios, las risas, la complicidad en un choque de puños, las miradas o la burla, eran elementos cargados de significaciones que no podíamos pasar de lado en nuestro estudio de los imaginarios sociales y que, precisamente, pretendíamos encontrar en los grupos focales. Para esto utilizamos dos elementos claves dentro de la guía de entrevista de grupos focales proporcionada por Bonilla y Rodríguez (1997): primero, nos enfocamos en la dinámica que debe tener la entrevista; y segundo, trabajamos en torno al análisis del proceso de grupo y sus dinámicas internas.

En el proceso de la entrevista a grupos focales existen dos elementos claves: el contenido de la información y el proceso de comunicación. En el primero, el entrevistador se concentra en lo que se dice y la información que se recaba está relacionada con la guía que se ha preparado con antelación. En el segundo, el proceso se construye a partir de la confianza y liderazgo o no que haya podido conseguir el entrevistador y, al final, esto se traducirá en información clave sobre las conductas y las dinámicas internas de los grupos.

Por otro lado, en los grupos focales el proceso de comunicación es esencial, porque ubica al entrevistador en medio del mundo de significados compartidos que quiere estudiar, ya que “normalmente, la dinámica de discusión en grupo potencia el surgimiento de pautas de conducta

que reflejan patrones culturales normativos (roles, posiciones, redes de comunicación, preferencias y rechazos, consenso ante situaciones, etc.)” (Bonilla y López, 1997, p. 110).

iii) Entrevista en profundidad: Se llevaron a cabo cinco (5) entrevistas en profundidad, de acuerdo con determinadas temáticas en las que se pretendió ahondar. En esta parte se usó un tipo de entrevista “menos estandarizada” (Moreno y Gallardo, 1999), para complementar los aportes que se generaron en el primer acercamiento o conversatorio, con información específica sobre temas fundamentales: la vida en la cárcel, la experiencia de los menores de edad infractores en centros correccionales, el papel de la mujer en la violencia de pandillas, y los sueños, aspiraciones y metas individuales. El acercamiento individualizado de los sujetos de estudio, después de las primeras entrevistas, se dio a través de este tipo de entrevistas menos estandarizadas, las cuales, en palabras de Tamayo (1999), son “empleadas para estudios más intensivos de las percepciones, actitudes o motivaciones de los sujetos (...) ya que el entrevistador enfoca su atención sobre una experiencia o evento dado y sobre sus efectos” (p. 71).

iv) Dialogo de Paz: Se realizó un encuentro de jóvenes líderes de las pandillas de La Paz, Palestina y Pablo VI Segundo, con el propósito de llevar a los actores en conflicto a un espacio de confianza para conversar sobre las raíces del conflicto; y, sobre todo, para que buscaran de manera mancomunada alternativas de transformación positiva a la problemática. Este espacio de concertación estuvo mediado por el profesor de la Universidad de Cartagena, German Ruiz, quien, desde un principio, como asesor de la presente investigación, se mostró interesado en expandir el trabajo hacia la búsqueda de un posible proceso de paz. Es importante resaltar el acompañamiento de la Policía Nacional, institución que, además de servir de garante en la

conversación, sostuvo un interesante diálogo con los jóvenes de las pandillas, sobre la incidencia de las autoridades a la hora de impactar positivamente en las comunidades.

Este espacio estuvo tramitado a través del dialogo sostenido, estrategia de intervención pensada por el profesor Ruiz, mediante la cual pudimos valorar las expectativas, los miedos y las posibles “soluciones” que los mismos jóvenes discutieron; igualmente, el espacio permitió valorar la intención de acabar el conflicto por parte de algunos miembros de las tres pandillas, pese al dolor, el sufrimiento y el odio, principales obstáculos en el camino de la construcción de la paz.

v) Observación participante: Por último, para el desarrollo del trabajo de campo se utilizó la observación participante, como instrumento sustancial y transversal a las entrevistas individuales y grupales. Es importante señalar que la observación participante realizada se restringió a los espacios que se generaban en las entrevistas individuales y grupales. La intención inicial era mantener una dinámica constante de comunicación e interacción con los sujetos de estudio en sus contextos; pero, como fue mencionado anteriormente, el primer acercamiento a la comunidad puso en riesgo la vida de los investigadores*, por lo cual se decidió cambiar de estrategia metodológica.

Los encuentros que estaban pactados para que se dieran en los barrios, con el objetivo de mantener una intensa y sostenida interacción entre el investigador y el grupo investigado, tal como lo supone la observación participante (Briones, 1998) no pudieron cumplirse, porque había factores de riesgo en las visitas a las comunidades. Si bien la Policía mostró su interés en acompañarnos a los barrios, pensamos que esto afectaría la confianza que habíamos logrado, ya que para estos jóvenes la figura del policía representa una disyunción con el respeto que ellos

*Ver *supra*, 3.4, Aspectos Relevantes, donde se narra la historia de la visita a los Matarratas en el barrio Palestina, y cómo los investigadores quedamos en medio de un enfrentamiento entre esta pandilla y los Menores de La Paz, que por mucho significó la puesta en escena de una nueva forma de intervención al grupo.

pretenden alcanzar. Por todo lo anterior, se decidió cambiar los escenarios barriales por espacios en los que tuviéramos más control de la situación y, respectivamente, del grupo.

En la nueva coyuntura, condicionada por factores emocionales y pragmáticos, tal como se ha mencionado anteriormente, la investigación de acción participativa promovió una relación dinámica entre los investigadores y los sujetos investigados. En esta relación dialéctica, los miembros del grupo investigado, a los que se les llama comunidad, fueron integrados al proceso como investigadores activos, en vez de verlos únicamente como objetos a investigar (Tamayo, 1999).

El trabajo de campo, llevado a cabo entre el 16 de junio de 2017 y el 1º de septiembre del mismo año, tuvo los siguientes momentos:

En el primer encuentro, del 16 de junio de 2017, se da inicio al proceso de recolección de la información con las entrevistas individuales de Pablo*, de Los Matarratas de Palestina, y Davinson, de Los Poquiticos del barrio La Paz, dos jóvenes en conflicto, líderes de pandillas enemigas; razón por la cual estas entrevistas se hacen de manera separada y consecutiva. Este encuentro se realizó en las instalaciones de la Universidad de Cartagena, sede San Agustín, un ambiente de confianza y seguridad. Las preguntas en esta ocasión estuvieron orientadas a lograr un cuadro narrativo de carácter histórico sobre sus vidas, experiencias y percepciones de la realidad, con el objetivo de construir la identidad de estos jóvenes de manera hermenéutica.

El 20 de junio de 2017, el asesor de la tesis, profesor German Ruíz, fue entrevistado, facilitándonos una panorámica del fenómeno de las pandillas de la ciudad de Cartagena, fundamentada en el conocimiento sobre el tema y su experiencia como investigador.

*Los nombres que utilizamos son ficticios, con el objetivo de proteger la identidad y la seguridad de estos jóvenes. La mayoría de ellos muestra una desconfianza profusa, sobre todo porque muchos tienen problemas con las autoridades legales.

El 23 de junio de 2017, estuvimos ejecutando un trabajo de campo en el barrio Palestina, con el objetivo de realizar un grupo focal a jóvenes en conflicto de Los Matarratas de Palestina. Los hechos acontecidos en este encuentro ya fueron relatados anteriormente. Sin embargo, es importante resaltar el encuentro circunstancial que tuvimos ese mismo día, cuando bajamos de Palestina a Daniel Lemaitre, con Ariel Valdés, líder de la comunidad de Pablo Sexto; quien una vez enterado de lo acontecido, de manera espontánea nos ofreció un relato muy importante sobre su experiencia vital como artista musical y sus percepciones sobre la historia de la violencia del conflicto entre los jóvenes de los tres barrios vecinos.

El 30 de junio fueron entrevistados en profundidad tres jóvenes líderes de la pandilla los Matarratas: Ana, Germán y Alan. Estos informantes fueron claves en la medida en que nos permitieron profundizar en temáticas como la familia, la cárcel, ASOMENORES y el papel de las mujeres en la dinámica de las pandillas.

El quinto, llevado a cabo el 14 de julio de 2017, sirvió para crear el primer acercamiento con Los Menores de La Paz; así, se interrogó sobre prácticas comunes y hábitos de grupo estos jóvenes a Yerry de la pandilla Los Menores del barrio La Paz. Ese mismo día se le realizó la segunda entrevista a Davinson, líder de la pandilla Los Poquiticos, con el objetivo de ahondar en el origen de las pandillas en Las Faldas de La Popa.

El 28 de julio de 2017 se realizó la entrevista al grupo focal conformado por Yoel, Yeison y Yerry, de la pandilla los Menores del barrio La Paz. En esta ocasión, debido a la corta edad de los informantes, la temática giro en torno a las motivaciones de los jóvenes para vincularse a las pandillas, así como los sueños y expectativas a futuro.

El 4 de agosto de 2017 se realizó la entrevista al grupo focal de Pablo VI Segundo, en el que se convocó a miembros de Los Tóquenlos. Esto jóvenes se mostraron beligerantes al hacer

referencia a las pandillas enemigas, por lo que la dinámica del grupo se concentró en explorar las raíces del conflicto y las causas de su adhesión a las pandillas.

El 14 de agosto de 2017 se le realizó entrevista en profundidad a Emerson, líder de Los Samuray, del barrio Pablo VI Segundo. Se profundizó en los orígenes históricos del conflicto; sus narraciones contrastaban con los relatos de los inicios del conflicto de miembros de pandillas rivales. Además, hubo espacio en el conversatorio para dialogar en torno a posibles soluciones para la transformación positiva del conflicto.

Para finalizar, el 1º de septiembre 2017 se llevó a cabo un encuentro entre los jóvenes líderes Pablo, de los Matarratas de Palestina, Yoel, de los Menores de La Paz, y Emerson, de Los Samuray de Pablo VI Segundo. Este encuentro significó la oportunidad de intercambiar reclamos y reproches, pero también, el escenario donde se expusieron sus percepciones frente al conflicto y la posible construcción de la paz.

3.6. Procesamiento de la Información: Triangulación Hermenéutica

Una vez concluido el proceso de recopilación de la información se procedió a manipular la información recolectada en el trabajo de campo a partir de una serie de herramientas de interpretación hermenéutica. El procedimiento para el procesamiento de la información tuvo los siguientes momentos, siguiendo la sistematización de Francisco Cisterna (2005):

i) Selección de la información: En esta fase se utilizan la pertinencia y la relevancia como criterios de selección. El primer criterio hace referencia a aquella información que está en consonancia con la temática a investigar; de acuerdo con esto separamos por tópicos la información utilizando como hoja de ruta las categorías familia, territorio, violencia juvenil, comunidad, relación amigo-enemigo, cárcel, relación vida-muerte, anhelos-deseos, pobreza,

desempleo, falta de educación y ocio. El segundo criterio, la relevancia, nos llevó a seleccionar información relacionada con la identidad de los jóvenes en conflicto.

ii) Triangulación de la información por cada estamento: En este punto se establecieron conclusiones ascendentes a través del procedimiento inferencial, que muestra las respuestas relevantes y tendencias por parte de los informantes de cada grupo, desvelando, de esa manera, las características especiales de los diferentes grupos (ver infra, 7.1, Caracterización de las Tres Pandillas).

iii) Triangulación de la información entre estamentos: Nos permitió establecer un cuadro analítico comparado entre los sujetos entrevistados, en tanto actores, poniéndolos en función de los tópicos abordados. Así, hallamos patrones comunes en el comportamiento violento, la territorialidad y la cohesión de grupo, convirtiéndose de esa manera en categorías substanciales al momento de explicar el comportamiento de las pandillas y la construcción de la identidad del joven en conflicto.

iv) Triangulación entre las diversas fuentes de información: En esta investigación se utilizaron varios instrumentos para la recolección de la información (entrevistas individuales, grupos focales, observación participante), lo que hizo necesario realizar una fusión de horizontes entre las diferentes fuentes buscando consonancias entre lo suministrado por los individuos, las interacciones de grupo y nuestra observación. Por ejemplo, encontramos varias disonancias entre la información que suministraba uno de los entrevistados de manera particular y su comportamiento en las interacciones con su grupo; esto no sirvió para comprender de primera mano las complejas relaciones entre las dinámicas de grupo y la identidad de los jóvenes en conflicto.

v) Triangulación con el marco teórico: Este momento de la investigación se dio de manera permanente a lo largo del proceso, tanto en el trabajo de campo, produciendo interrogantes y caminos de reflexión; como en el procesamiento de la información, utilizándose a modo de marco de interpretativo para darle sentido a la información recopilada, ya que la situó en medio de la discusión científica y la consecuente producción de nuevos conocimientos.

Las técnicas utilizadas para el procesamiento de la información nos llevaron al punto definitivo del análisis de los resultados; entendido como el “momento hermenéutico”, en palabras de Cisterna (2005), fue el espacio donde se tejieron las interpretaciones a partir de la función de horizontes de sentido entre los sujetos de estudio y los investigadores. Este proceso artesanal, en el que los conocimientos suministrados a través de las historias de los jóvenes entraron en relación hermenéutica -y dialógica- con las perspectivas teóricas y los referentes conceptuales, produjo un acercamiento holístico a la comprensión de la identidad de los jóvenes en conflicto; permitiéndonos la recomendación de alternativas que sirvan en la construcción de políticas públicas más pertinentes al momento de abordar el fenómeno de las pandillas y la violencia juvenil.

Capítulo 4. Contexto Socio-económico de Cartagena y el Fenómeno de las Pandillas durante el Periodo 2015-2017

La panorámica del contexto socioeconómico de Cartagena de Indias entre los años 2015 y 2017 tiene que ver mucho con dos expresiones del imaginario social como ciudad: Cartagena “La Heroica” y Cartagena “la Fantástica”. La primera, porque los elevados niveles de pobreza, exclusión social, violencia y corrupción que padecen los cartageneros, son de tal naturaleza, que vivir en ella, implica acciones heroicas de supervivencia. La segunda, porque esta realidad en constante conflicto supone mucha “imaginación” por parte de la clase media y, especialmente, de los estratos sociales más pobres de su población, para construir una ciudad de fantasía, de ensoñación, en la que se pueda vivir; pese a que año tras año terminan sumergiéndose cada vez más en la pobreza extrema o indigencia, producto del modelo económico neoliberal del Estado en Colombia.

El contexto socioeconómico de Cartagena nos permitirá comprender cómo las dinámicas de la población, los índices de pobreza y la violencia (como variable que determina las prácticas de convivencia de los cartageneros), son elementos sustanciales para entender el surgimiento del fenómeno de las pandillas en la ciudad. El guión que visualizamos empezará por mostrar la distribución administrativa de la ciudad, para después enfocarse en los tres barrios claves (Palestina, La Paz y Pablo VI I-II), y en la realidad de la población que habita estos contextos de pobreza y marginación; para apuntar, por último, a la violencia como factor dinamizante de la vida cotidiana en estas comunidades y, a su vez, como el mecanismo que promueve el ingreso cada vez más dinámico de la población juvenil a grupos de pandillas.

4.1. La Población

De acuerdo con el último censo del DANE, realizado en 2005, Cartagena tenía una población de 944.250 personas (845.801 personas en la cabecera y 45.050 en el resto: zona rural). Y según sus proyecciones, la población creció hasta 1.024.882 habitantes en el 2017 (982.658 personas en la cabecera municipal y 42.224 en zona rural). Según las proyecciones del DANE, en 12 años, el crecimiento de la población en Cartagena fue de aproximadamente 6.720 personas por año, es decir, un crecimiento estimado del 7,9%. Por otra parte, el análisis de la misma fuente de información del DANE nos muestra que para el caso micro de los tres barrios se dio un crecimiento del 10% de la población, el cual inició en el 2009^{*}; vale decir, 4 años menos que la estimación macro de la población de la ciudad. Esto es una muestra más del aumento de la pobreza en Cartagena, dado que refleja el crecimiento superior relativo de la población de barrios de estrato 1, en comparación con el crecimiento del resto de la población.

En términos administrativos, la ciudad de Cartagena la conforman tres localidades: Localidad 1: Histórica y del Caribe Norte; Localidad 2: de la Virgen y Turística, y la Localidad 3: Industrial y de la Bahía. A su vez, las localidades están constituidas por Unidades Comuneras de Gobierno (comunas), y éstas, por barrios. La población está distribuida en las tres localidades, así: localidad 1, 403.164; localidad 2, 301.701; y localidad 3, 320.017. Los barrios La Paz, Palestina y Pablo VI (I y II) están ubicados en la Unidad Comunera 2, perteneciente a la Localidad 1, la más poblada de las tres localidades y la más desigual de las tres. En esta localidad contrastan estos tres barrios de estrato 1, ubicados en las faldas de la Popa –espacio empobrecido y zona de alto riesgo–, con barrios estrato 6, como Bocagrande, Castillogrande y El Laguito, que se encuentran ubicados en una de las zonas más desarrolladas y ricas de la ciudad.

^{*}Desde este año se encuentran discriminadas las proyecciones del DANE por barrios en Cartagena, según la base de datos MIDAS v.3 de la Secretaría de Planeación Distrital de Cartagena (<http://midas.cartagena.gov.co/>)

Según el censo de 2005 del DANE y su proyección a 2017, el total de habitantes de estos tres barrios es de 9.503 personas, distribuidos así: el barrio La Paz es el más habitado, con 3.224 personas; seguido de Pablo VI Segundo, con 2.267; Pablo VI Primero, con 2.149; y Palestina, con 1.863. Debido a su proximidad territorial, estos tres barrios son vecinos, pues comparten fronteras geográficas; pero, además, entre ellos existen fronteras imaginarias constituidas por las pandillas, que los separan y protegen de manera violenta.

4.2. La Problemática Socioeconómica: Aumento de la Pobreza y la Indigencia

Como se puede observar en varias de las siguientes tablas, Cartagena es una ciudad que se caracteriza por presentar tasas muy altas de pobreza (ver tabla 1), concentración del ingreso (ver tabla 2), desempleo e informalidad (ver tabla 3), desescolaridad y deserción escolar, muy pocas oportunidades laborales y altos índices de violencia (ver tablas 4-5).*

Tabla 1

Pobreza monetaria en Cartagena, periodo 2015-2016

Pobreza	2008	2015	2016
Pobreza Monetaria	40.2%	26.2%	29.1%
Pobreza Monetaria Extrema	6.9%	4.0%	5.5%

Cartagena Cómo Vamos (2017a), con base en datos del DANE y la Secretaría de Planeación Distrital de Cartagena.

*Esta situación se refleja en las investigaciones de distintas entidades, como el Departamento Administrativo Nacional de Estadística –DANE–, Cartagena Cómo Vamos, la Secretaría de Planeación Distrital de Cartagena, el Sistema de Selección de Beneficiarios para Programas Sociales –SISBEN–, el Centro de Observación y Seguimiento del Delito –COSED–, el Centro de Estudio Económicos Regionales –CEER– Cartagena del Banco de la República, la Red de Observatorios Regionales del Mercado de Trabajo –Red Ormet–, la Fundación ProCartagena –FUNCICAR–, la Secretaría del Interior de Cartagena, entre otras.

En 2015, Cartagena fue la ciudad de Colombia con el mayor número de personas en condición de pobreza monetaria y pobreza monetaria extrema, por encima de Barranquilla (22%). La tabla 1 muestra cómo después de estar disminuyendo entre 2008 y 2015, durante 9 años seguidos, la pobreza, por primera vez en el 2016 aumentó la proporción de población cartagenera en condición de pobreza monetaria. En 2016, la pobreza monetaria aumentó 2,9% y la pobreza extrema o indigencia, 1,5 %; lo que significa –respectivamente– que cerca de 295 mil personas viven en condiciones de pobreza y 56 mil en indigencia o pobreza extrema en Cartagena. Según la Red de Ciudades Cómo Vamos, en 2016 Cartagena fue la tercera ciudad con mayor pobreza monetaria, sólo superada por Santa Marta (35,1%) y Cúcuta (33,4%). Este aumento de la población en condición de pobreza monetaria y pobreza extrema se refleja en el aumento de la proporción de la población en niveles socioeconómicos bajos (ver tabla 2).

Tabla 2

Población de Cartagena por nivel socioeconómico (2016)

Estratos	1	2	3	4	5	6
Habitantes	36%	33%	22%	3%	4%	2%

Fuente: Cartagena Cómo Vamos (2017a), con base en datos del DANE y la Secretaría de Planeación Distrital de Cartagena.

Según el *Informe Calidad de Vida 2016*, de Cartagena Cómo Vamos (ver tabla 2), que utilizó datos cruzados del DANE y de la Secretaría de Planeación Distrital de Cartagena, en 2016 los estratos socioeconómicos 1 y 2 sumaron casi el 70% de la población cartagenera. Así, debido al aumento de la proporción de la población cartagenera en condición de pobreza monetaria e indigencia, se ha producido igualmente un aumento de la demanda social por la mejora de la

calidad de vida, y la consiguiente presión social que pide a gritos soluciones, respuesta que la administración municipal asume básicamente de manera asistencialista.

Tabla 3

Desempleo en Cartagena por rango de edad (2016)

Rango	de 12 a 17	de 18 a 24	de 25 a 55	56 o más
Tasa de desempleo	6.92%	22.32%	7.69%	2.22%

Fuente: Cartagena Cómo Vamos (2017a), con base en datos de DANE, GEIH, y cálculos de la Red Colombiana de Ciudades Cómo Vamos.

Por último, como factor que complejiza la situación, se encuentra la tasa de desempleo en Cartagena, que ubica a la población joven como la que mayoritariamente está excluida de las oportunidades laborales. En 2016 la tasa de desempleo del rango etario de 18 a 24 años es la más alta de todas (tabla 3). Este rango etario delimita el mayor índice de jóvenes que no cuentan con oportunidades de empleo en Cartagena y, al mismo tiempo, se corresponde con el rango de edades de los jóvenes en conflicto que se estudiaron.

4.3. La Violencia y el Homicidio en Cartagena: Aumento de las Muertes por Riñas

En el marco de la caracterización del contexto social de Cartagena, el fenómeno de la violencia y el homicidio son elementos clave del presente estudio, ya que el accionar violento es una práctica a la que recurren los grupos que estamos estudiando y el homicidio es una de sus consecuencias. A continuación, se presenta una radiografía de la violencia en Cartagena desde 2008 hasta 2017.

Tabla 4

Homicidios en Cartagena por modalidad (2008-2017)

POR MODALIDAD	2008	2009	2010	2011	2012	2013	2014	2015	2016	2017	TOTAL
Sicariato	78	149	116	92	97	102	78	61	55	56	884
Riña común	38	40	70	57	69	59	86	90	86	108	703
Hurto	21	13	10	11	18	32	40	41	31	33	250
Riña entre pandillas	0	0	0	0	37	44	44	25	27	24	201
Desconocida o por establecer	8	16	7	13	16	14	21	35	17	9	156
Ajuste de cuentas	5	6	13	6	1	0	0	7	4	4	46
Violencia intrafamiliar	0	4	2	2	7	6	12	4	6	3	46
Bala perdida	2	7	11	8	3	2	3	1	1	2	40
Violencia de género	10	1	2	8	3	3	2	1	5	3	38
Ciudadano en defensa propia	3	1	2	8	2	0	3	2	0	0	21
Linchamiento	2	2	0	0	0	0	3	2	0	9	18
Otro tipo	2	3	3	2	0	0	0	0	6	1	17
Accidente	0	0	0	6	3	1	2	3	0	0	15
Pasional	2	1	0	0	0	0	1	1	0	0	5
Extorsión	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1
TOTAL	171	243	236	213	256	264	295	273	238	252	2.441

Fuente: COSED (2017), con base en el Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses, el Cuerpo Técnico de Investigaciones de la Fiscalía y la Policía Nacional.

Tal como muestra la tabla 4, el homicidio asociado al sicariato ha venido disminuyendo paulatinamente en Cartagena, al parecer, como lo señalan las entidades de seguridad del Estado, producto del aumento del pie de fuerza, la lucha contra el narcotráfico, la desarticulación de

bandas delincuenciales y la inversión estatal en tecnología (Informe MinDefensa, 2017). Pero, por otro lado, la misma tabla muestra como una constante los homicidios producidos por riñas comunes y riñas entre pandillas, como muestra de la intolerancia y la violencia directa.

Sin embargo, es necesario aclarar que el análisis de los índices de homicidios arroja resultados disímiles. Inicialmente, el COSED (2017) informó a Cartagena Cómo Vamos, que el total de homicidios en la ciudad durante el año 2016 fue de 258; cifra que corrigió después de un análisis exhaustivo de los casos de homicidio, a 238^{*}. En relación con el total de homicidios producidos en Cartagena en el año 2017, el COSED informa que fueron 252; muy por debajo de los 284 que, según el Ministerio de Defensa, se produjeron. Esta cifra coloca la tasa de homicidios en Cartagena en el 2017, como la más alta del país en los últimos 40 años (CM& la noticia, 2017).

No obstante lo disímil de los índices de homicidios que presentan las instituciones oficiales, es evidente que Cartagena va en contravía de las dinámicas nacionales de reducción de la violencia, fenómeno que, además, no se corresponde con el crecimiento económico de la ciudad.

Como resultado de todo ello, en el 2017, Cartagena aparece liderando la tasa de homicidios entre seis ciudades portuarias importantes del planeta, fenómeno que se refleja en la tabla 5.

^{*}Esta corrección se dio en nota aclaratoria, incluida en el Informe del COSED (2017) sobre homicidios.

Tabla 5

Comparación tasa de homicidios de Cartagena con la de cinco ciudades puertos importantes del mundo (2017)

Ciudades	Tasa de homicidio x cada 100.000 habitantes
Cartagena	23,48
Rio de Janeiro	21,04
Guayaquil	7,41
Los Ángeles	7,31
New York	3,91
Ámsterdam	1,50

Fuente: COSED (2017), con base en el DANE,

Instituto IGARAPÉ – Homicide Monitor.

Si tenemos en cuenta el número de homicidios en proporción al número de habitantes, la tasa de homicidios de Cartagena en relación con las ciudades portuarias referenciadas muestra una concentración alarmante de la violencia.

4.4. Grupos de Pandillas en Cartagena 2016-2017

Tomando como fuente el *Informe Calidad de Vida 2016* de Cartagena Cómo Vamos, según datos suministrados por la Secretaría del Interior, en 2016 había en la ciudad 55 pandillas identificadas, y para 2017 esta cifra se había reducido a 34 pandillas identificadas y depuradas por la Policía Nacional. En otras palabras, dejaron de existir 21 grupos de pandillas, lo que significó una disminución del (40%). De acuerdo con el informe, esto se debió

fundamentalmente a la reubicación de familias a proyectos de vivienda de interés social, el fomento de la educación por medio del SENA, la oferta para la prestación del servicio militar, las capturas a algunos miembros de pandillas, el rango de edad, etc. El cuerpo armado concluyó que 17 pandillas se desarticularon y cuatro (4) no existían, pero “al mantenerse en los imaginarios de los habitantes del barrio”, eran asociadas o confundidas con delincuencia común. Llegados hasta aquí, nos encontramos ante una situación paradójica: la disminución de los grupos de pandillas no se refleja en la disminución de la violencia directa y entre pandillas; por el contrario, esta se mantiene.

Ahora bien, en la lista de las 34 pandillas activas (ver figura 3) se menciona a Los Matarratas de Palestina y a los Samuray de Pablo VI Segundo, pero se no incluye a Los Menores de La Paz ni a los Tóquenlo, también de Pablo VI Segundo*. La omisión es cuestionable, porque muchos de los criterios utilizados por la Policía para definir a una pandilla (liderazgo identificable, territorialidad, identificación de la comunidad, capacidad de vinculación, capacidad logística, compañerismo, fin común, promedio de edad y actuación colectiva), son afines a las pandillas que abordamos en el estudio. Verbigracia, el liderazgo identificable es un elemento negado por algunos miembros de las pandillas en cuestión; no obstante, es un criterio que se encuentra presente en su caracterización. Desconocer la existencia de una pandilla porque no cumple con uno de los criterios establecidos por el colectivo armado, supone una visión exógena, que desconoce las dinámicas internas que confluyen en la constitución de estos grupos, y niega sus particularidades.

* Como también se excluye a los Marrugitos, un grupo familiar que coexiste dentro de los Matarratas.

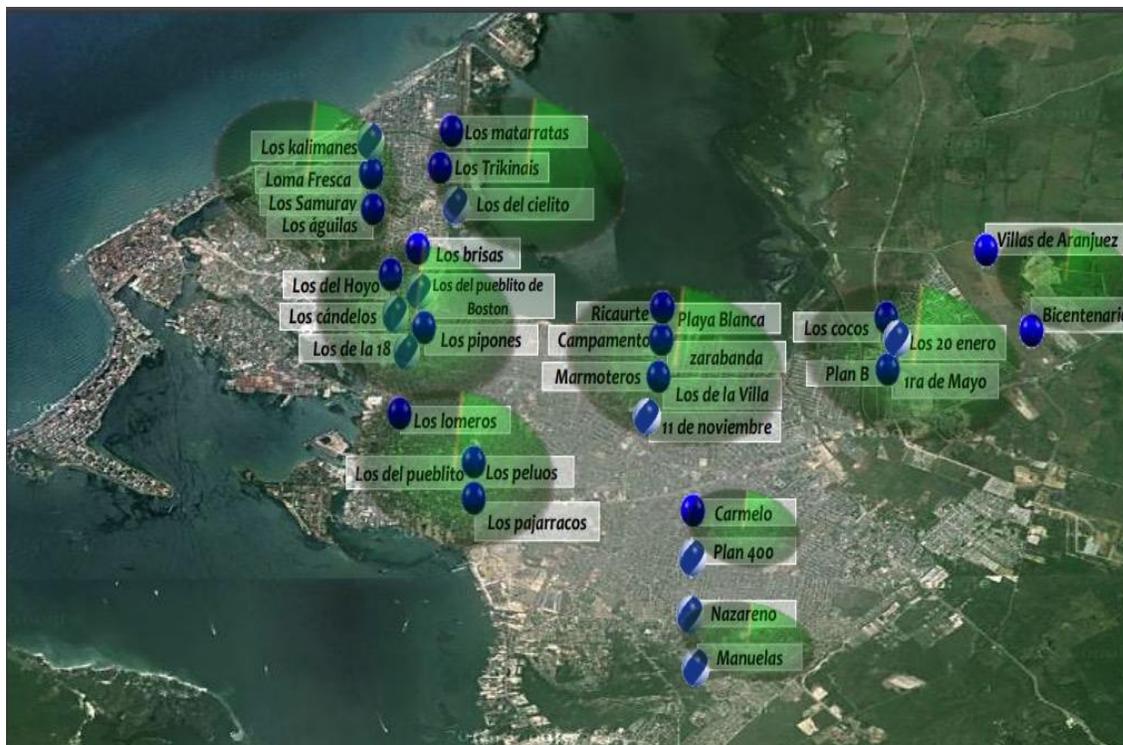


Figura 3. Pandillas activas en Cartagena a julio de 2017.

Fuente: Policía Metropolitana de Cartagena.

Al mismo tiempo, es necesario aclarar que en referencia específica al barrio Pablo VI Segundo, la Policía sólo identifica a la vieja pandilla Los Samuray (ver figura 1). Es posible que la presencia simultánea de dos generaciones distintas de jóvenes en conflicto, agrupados bajo diferentes denominaciones, haya causado confusión para la Policía, o, en definitiva, Los Tóquenlo no estén referenciados según los parámetros utilizados por esta institución para definirlos.

4.5. Panorama Socioeconómico de los Tres Barrios: La Paz, Palestina y Pablo VI I-II

La Paz, Palestina y Pablo VI (I y II) comparten características socioeconómicas en común. Los tres son barrios de estrato 1, con una población cercana a los 9.700 habitantes, en los que se presentan bajos índices de escolaridad, altos niveles de deserción de las instituciones

educativas, altas tasas de desempleo y de informalidad o “rebusque”, hogares compuestos por un gran número de hijos y poco acceso a los servicios de salud (la mayoría hacen parte del régimen subsidiado), la cultura, la recreación y el deporte.

Tabla 6

Distribución por barrios y edades quinquenales de 15 a 29 años (2017)

Barrio	Personas	Hogares	Viviendas	Mujeres cabeza de hogar	Grupos quinquenales - 19			Grupos quinquenales 20 - 24			Grupos quinquenales 25 - 29			ACTIVIDAD ECONÓMICA MUJERES					ACTIVIDAD ECONÓMICA HOMBRES				
					H	M	Total	H	M	Total	H	M	Total	SA	TRA	BT	EST	OH	SA	TRA	BT	EST	OH
La Paz	2.518	557	536	331	146	128	274	121	119	240	117	114	231	338	216	15	355	347	393	437	31	373	6
Pablo VI - I	1.594	341	315	215	62	70	132	79	76	155	72	82	154	239	155	8	208	232	224	285	24	202	4
Pablo VI - II	2.928	618	527	350	156	154	310	146	130	276	118	122	240	478	241	21	398	362	411	506	51	441	5
Palestina	2.644	595	576	359	142	159	301	127	132	259	110	128	238	367	212	31	402	372	359	457	58	374	5
TOTAL	9.684	2.111	1954	1.255	506	511	1.017	473	457	930	417	446	863	1.442	824	75	1.363	1.313	1.387	1.685	164	1.390	20

Barrio	Personas	Hogares	Viviendas	Mujeres cabeza de hogar	Grupos quinquenales 15-19			Grupos quinquenales 20-24			Grupos quinquenales 25-29			ESCOLARIDAD MUJERES					ESCOLARIDAD HOMBRES					NÚMERO DE HIJOS POR HOGAR							
					H	M	Total	H	M	Total	H	M	Total	N	P	S	U	P	N	P	S	U	P	1	2	3	4	5	Más		
La Paz	2.518	557	536	331	146	128	274	121	119	240	117	114	231	313	417	529	19	7	0	364	390	476	10	3	0	111	292	324	184	115	130
Pablo VI - I	1.594	341	315	215	62	70	132	79	76	155	72	82	154	195	233	400	13	7	0	197	191	343	9	6	0	87	166	192	92	40	61
Pablo VI - II	2.928	618	527	350	156	154	310	146	130	276	118	122	240	399	440	638	18	12	0	407	411	579	13	10	1	113	268	306	260	105	242
Palestina	2.644	595	576	359	142	159	301	127	132	259	110	128	238	361	437	568	10	12	0	352	398	487	15	4	0	128	290	354	208	130	106
TOTAL	9.684	2.111	1.954	1.255	506	511	1.017	473	457	930	417	446	863	1.368	1.527	2.125	60	28	0	1.320	1.390	1.885	47	23	1	439	1.016	1.176	744	390	539

La mayoría de la población de estos barrios es joven, tal como lo muestra en su base de datos el SISBEN. El barrio con mayor porcentaje de población joven es Pablo VI Segundo (SISBEN, 2017), seguido en su orden, por Palestina, La Paz y Pablo VI Primero. Esto, en comparación con los índices de escolaridad y desempleo, muestra un panorama desalentador, ya

que la mayoría de estos jóvenes termina engrosando los índices de “NINI”, esto es, de población que ni estudia ni trabaja.

Tabla 7

Actividad económica de mujeres y hombres de los barrios La Paz,

Palestina, Pablo VI-I y Pablo VI Segundo (2017)

Actividad	Mujeres	%	Hombres	%
SA	1.442	61.6	1.387	42.86
BTR	75	3.2	164	5.07
TRA	824	35.2	1.685	52.07
Total	2.341	100	3.236	100

Fuente: Informe Estadístico SISBEN (2017)

Actividad económica: SA= Sin Actividad, TRA= Trabajando,

BTR= Buscando Trabajo.

La tabla 7 muestra cómo entre la población de estos barrios de estrato 1, más del 60% de las mujeres, y el 47.03% de los hombres, no desarrollan ninguna actividad económica. Esta situación evidencia la baja capacidad que hay en estas comunidades para insertarse en el mercado laboral y participar en las distintas actividades económicas de Cartagena: comercio, restaurantes y hoteles, transporte y almacenamiento de bienes, construcción, intermediación financiera, inmobiliarias y de alquiler, suministro de luz, agua y servicios públicos domiciliarios, etc. Esta dificultad se debe, entre otras causas, a la poca formación para el trabajo y a las dificultades que el propio contexto genera al momento de acceder a educación pertinente y de calidad.

Tabla 8

*Escolaridad de mujeres y hombres jóvenes de los barrios**La Paz, Palestina, Pablo VI-I y Pablo VI Segundo (2017)*

Escolaridad	Mujeres	%	Hombres	%
N	1.268	25.31	1.320	28.29
P	1.527	30.5	1.390	29.8
S	2.125	42.43	1.885	40.4
T.t.	60	1.20	47	1.0
U	28	0.56	23	0.49
P	0	0	1	0.02
Total	5.008	100	4.666	100

Fuente: Informe Estadístico SISBEN (2017)

Escolaridad: N=Ninguno, P=primaria, S= Secundaria,

Tt= Técnica o tecnológica, U= Universidad, P= Postgrado.

El nivel de escolaridad de hombres y mujeres, como se mencionó, es una de las posibles explicaciones de la escasa inclusión social y económica de estos jóvenes, que contrasta con el auge económico de Cartagena en cuanto al turismo y el sector de la construcción. La Tabla 8 muestra cómo del 42,43% de las mujeres que lograron terminar sus estudios secundarios, únicamente el 1,76% logró ingresar a la universidad; y del 40,4% de hombres que culminaron sus estudios de bachillerato, solamente un 1,51% accedieron efectivamente a estudios universitarios. Esto termina por recrudecer las aspiraciones laborales de los jóvenes de estos cuatro barrios, quienes, ante la escasa formación académica, tienen que acceder al mundo del trabajo informal o, en el peor de los casos, a las actividades delictivas para ganarse la vida.

Finalmente, veamos a continuación un aspecto demográfico fundamental que afecta la calidad de vida de esta población: el número de hijos por hogar (ver tabla 9).

Tabla 9

Número de hijos por hogar de los barrios La Paz, Palestina, Pablo VI-I y Pablo VI Segundo (2017)

Hijos	Número de hijos por hogar	%
1	439	10.20
2	1.016	23.60
3	1.176	27.32
4	774	17.30
5	390	9.06
5	539	12.52
Total	4.304	100

Fuente: Informe Estadístico SISBEN (2017)

La tabla 9 muestra cómo el 50.92% de los hogares tienen entre 2 y 3 hijos, y casi 39% de dichos hogares pobres tiene entre 4 y más de 5 hijos. Así mismo, se destaca el hecho de que solamente 10.20% de ellos tienen únicamente un solo hijo. En resumidas cuentas, podemos observar la estrecha relación existente entre las condiciones de pobreza, la falta de oportunidades laborales y la poca cultura de planificación familiar.

Capítulo 5. Descripción Histórica del Conflicto

En la localidad 1: Histórica y del Caribe Norte, zona noroccidental de Cartagena de Indias, se encuentran ubicados los barrios Palestina, La Paz y Pablo VI (I y II) (ver figura 4). Los tres barrios vecinos tienen como común denominador la presencia y habita de pandillas en su territorio: Los Matarratas de Palestina, Los Menores de la Paz y Los Tóquenlo de Pablo VI (I y II) (ver figura 5).



Figura 4. Panorámica parcial de los barrios de Cartagena

Fuente: Alcaldía Mayor de Cartagena de Indias, Secretaría de Planeación Distrital, Sistemas de Información Geográfica (2013).

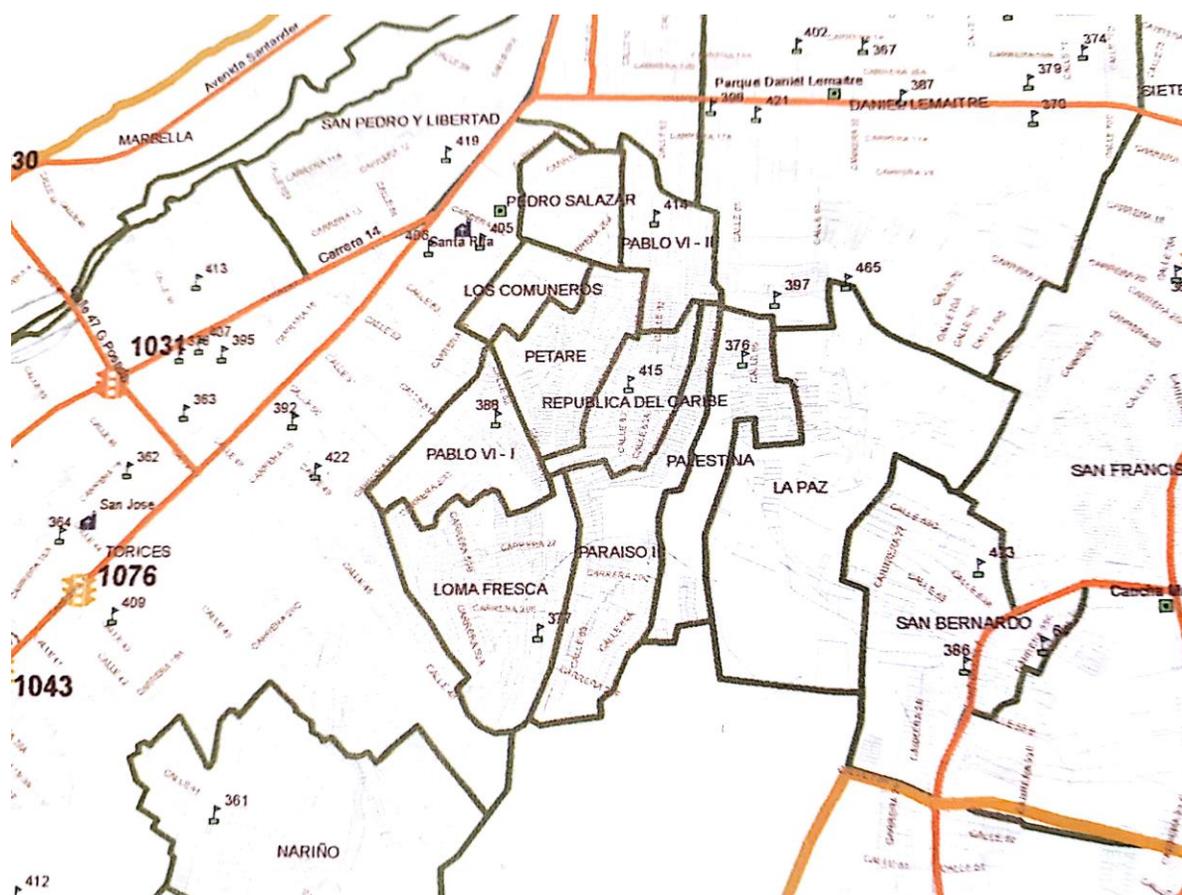


Figura 5. Barrios vecinos: La Paz, Palestina y Pablo VI Segundo

Fuente: Alcaldía Mayor de Cartagena de Indias, Secretaría de Planeación Distrital, Sistemas de Información Geográfica (2013).

Estas pandillas en los últimos años han estado involucrándose en frecuentes enfrentamientos violentos, debido a su cercanía geográfica, generando una espiral de inseguridad y violencia, que expone a las sombras de la muerte y a la sed de venganza, tanto a jóvenes en conflicto y a sus familiares como a los habitantes de los barrios implicados.

En consecuencia, para contextualizar cronológicamente la problemática, en las siguientes líneas describiremos de manera sucinta los orígenes de cada pandilla y señalaremos las

dinámicas del conflicto entre ellas, teniendo presente los motivos que los llevaron a enfrentarse y las alianzas que entretejen con otras pandillas para atacar o defenderse de agresiones.

5.1. Tras las Huellas de Los Matarratas de Palestina

Los orígenes de la reconocida pandilla Los Matarratas se remontan a los primeros años de la actual centuria. La pandilla estuvo integrada en su génesis por algunos miembros de la familia Marrugo –quienes años atrás habían llegado a Palestina procedentes del barrio Canapote–, y por otro grupo de jóvenes residentes del sector y de zonas aledañas. Así mismo, a los jóvenes miembros de la familia Marrugo que hacían parte de Los Matarratas se les denominó Los Marrugitos; de ahí que, en muchas ocasiones, fueran identificados por los habitantes de la comunidad como una pandilla familiar distinta a Los Matarratas.

Estos jóvenes autoconsiderados como familia se reunían en la parte alta del barrio Palestina a conversar, “mirar lejos y pasar el rato”. Sin embargo, este escenario adornado por una vista privilegiada sobre el mar Caribe se convirtió en escenario idóneo para que los jóvenes en conflicto idearan sus primeros actos delincuenciales, que ellos mismo justifican por las necesidades económicas, la falta de oportunidades laborales y de acceso a la educación, entre otros factores. Así lo narra Pablo, miembro de Los Matarratas:

Nos poníamos a conversar ahí todos los pelaos, y como algunos no teníamos trabajo ni na’ de eso, entonces, usted sabe que cuando no hay trabajo la mente está es en las cosas que pasan en el sector, en el barrio donde uno vive, la sociedad (...) se hablaban cosas de que vamos a hacer o nos les metemos o vamos por tal persona y le quitamos (Comunicación personal).

Paralelos a los actos delincuenciales, empezaban los conflictos y alianzas con otras pandillas vecinas. Los Matarratas, aliados estratégicos de Las Águilas, pronto estuvieron enfrentados a Los Poquíticos del sector del Sinaí, a Los Samuray de Pablo VI Segundo y a los Kalimanes de Loma Fresca. Por estas razones, la comunidad de Palestina, afectada por la creciente actividad violenta y delincencial de Los Matarratas, comenzó a cuestionar sus actos y a tomar distancia con respecto a ellos.

Por otra parte, el origen del nombre “Matarratas” no está del todo claro. Pablo, como viejo integrante y líder de la pandilla, afirma que la designación se debió a las condiciones higiénicas en que jugaban un grupo de niños pequeños en la parte alta del barrio:

En el sector donde uno vive andaban unos niños más pequeños todos sucios, que es en el barrio de arriba, y como paraban así todo sucio, le inventaron Los Matarratas, ahí... fueron creciendo y fue adonde fue ingresando el grupo conocido como lo estamos llamando ahora (Comunicación personal).

Una versión del profesor German Ruiz* señala que en la parte alta del barrio Palestina había un basurero donde los niños jugaban, sacaban cosas para jugar y mataban a las ratas que ahí habitaban. De ese grupo de niños surgieron los primeros en jóvenes conflicto que, para recordar acciones pasadas, adoptaron como nombre Los Matarratas. Otra versión similar en referencia al acto de matar ratas, la proporciona Davinson**, quien asevera que el nombre es el resultado de las diversiones nocturnas que tenía un grupo de jóvenes del sector, armados de hondas para matar a las ratas que hallasen en su camino.

De lo anterior podemos inferir que, si bien no hay versiones homogéneas respecto a tiempo, actores y lugares para explicar la denominación “Matarratas”, el nombre está relacionado

* Aporte del profesor German Ruiz en la entrevista individual realizada a Pablo.

** Entrevista individual con Davinson (Orígenes de las pandillas), exlíder de la pandilla Los Poquíticos, quien durante algún tiempo anduvo con Los Matarratas.

con el acto de matar ratas que tuvieron los integrantes de esa pandilla en algún momento de sus vidas.

5.2. Tras las Huellas de Los Tóquenlo de Pablo VI Segundo

Los predecesores que originaron la joven pandilla Los Tóquenlo constituyen un mosaico tanto de antiguos integrantes de la pandilla Los Samuray, como de algunos jóvenes del sector que, en su momento, fueron espectadores de las riñas entre pandillas presentadas en su comunidad. De igual forma, a estos miembros se unieron jóvenes de la calle contigua Primero de Mayo (Pablo VI Segundo), quienes vivieron los flagelos del conflicto, debido a los impactos ocasionados por los enfrentamientos que involucraron a integrantes de su comunidad, en contra de la pandilla Las Águilas y en contra de jóvenes procedentes de la calle vecina, denominada La Alberquita*.

Estos jóvenes, al considerarse víctimas del conflicto, manifestaron que no les quedo más camino que involucrarse a las pandillas, tal como lo señalan algunos miembros de Los Tóquenlos:

Las peleas, una vez comenzaron, o sea uno no peleábamos, o sea no teníamos problemas con nadie, pero siempre que se metían al barrio querían montárnosla a uno, partir las cosas [respuestas en coro], partir las ventanas, se metían por las calles (Grupo focal Pablo VI Segundo).

Dicho en otros términos, algunos jóvenes justificaron su vinculación a Los Tóquenlos, por estar cansados de las agresiones físicas de pandillas como Las Águilas y Los Matarratas, y también como acto de defensa y solidaridad en favor de sus vecinos y amigos agredidos.

*Entrevista individual con Davinson (Orígenes de las pandillas), exlíder de la pandilla Los Poquíticos.

5.3. Tras las Huellas de Los Menores de La Paz

La pandilla juvenil denominada Los Menores es heredera del conflicto generado desde hace aproximadamente 16 años, por parte de la pandilla Los Inquietos de La Paz. Estos jóvenes tuvieron enfrentamientos frecuentes con los New Balance y Los Pensionados, ambas pandillas ubicadas en el barrio La María, colindante con La Paz.

Ahora bien, en la actualidad Los Menores, aparte de asumir el legado violento de Los Inquietos, también son una combinación de las experiencias de jóvenes provenientes de barrios cercanos, como Santa María y 20 de Julio, y de antiguos jóvenes en conflicto de Los Poquiticos, procedentes del barrio San Francisco, Sector Sinaí (ver Anexo 2: Cartografía del conflicto, figura 13).

Por otro lado, el nombre con el que se identifica la pandilla Los Menores se debe a que escasamente sus integrantes superan los 18 años edad. La denominación lleva consigo expresiones de orgullo en cada integrante del grupo, porque pese a su corta edad, asumen los riesgos en cada enfrentamiento violento con determinación y valentía.

5.4. Entre Riñas y Alianzas

Desde hace algunos años, las pandillas de los barrios vecinos Palestina, Pablo VI Segundo y La Paz se encuentran envueltas en complejas disputas, que dejan, entre otras consecuencias, muertes y heridos en cada pandilla, privación de la libertad, deserciones escolares, y zozobra continua entre las comunidades que padecen el flagelo.

Las causas que generaron los enfrentamientos violentos entre las tres pandillas tienen origen y naturaleza distintos. Los Matarratas de Palestina sostienen peleas en dos flancos: por un lado, con Los Tóquenlos de Pablo VI Segundo; y, por otro lado, con Los Menores de La Paz. Al

mismo tiempo, estas dos últimas pandillas mantienen una alianza en contra de su enemigo común: Los Matarratas.

5.4.1. Orígenes del conflicto entre Palestina y Pablo VI Segundo. Para empezar, los motivos que originaron las riñas de pandillas entre Palestina y Pablo VI Segundo se hallan, según Pablo, en un quinceañero celebrado el 15 de enero de 2008 en el barrio Palestina. Narra el joven en conflicto que en la celebración amenizada por la música de un *Pick up*, la situación se tornó compleja cuando una persona del barrio Pablo VI Segundo, recién salida de la cárcel, agarró a un pariente suyo para quitarle un cuchillo. En medio de la riña, se desataron una serie de actos delincuenciales, tales como: atracos a personas en el quinceañero, robos y destrucciones de viviendas en Palestina y Pablo VI Segundo, el homicidio de un joven de Palestina, y una secuela de actos violentos que aún perdura.

A todo esto, una versión complementaria la proporciona Emerson, un antiguo miembro de Los Samuray, quien considera que el excesivo grado de alicoramiento en el quinceañero de los jóvenes de Palestina, exacerbó los ánimos motivados por un pisotón que le dio un joven de Pablo VI Segundo a un visitante allegado de Los Matarratas. La anterior situación echó al traste los diálogos de paz que se venían dando entre estos grupos. Emerson lo relata de la siguiente manera:

Pues como estaban alcoholizados empezaron a mirar para acá y empezaban a estrilar contra uno y ajá uno estaba confiado en que ya habíamos arreglado. Entonces uno llegó donde estaban ellos y fuimos a decirle: “ajá, qué pasó, si ustedes ya arreglaron con uno, entonces aquí ya no debe de haber nada. Entonces ellos no se acordaban porque estaban pasados de

alcohol y apenas vimos que ellos sacaron cuchillos uno se fue para arriba (Comunicación personal).

Ariel Valdez, líder cultural del barrio Pablo VI Segundo, también observa en el quinceañero un punto de quiebre entre los jóvenes de las dos comunidades, y afirma que, hasta antes de dicha fiesta los jóvenes de ambos barrios bailaban en las celebraciones e integraciones, indistintamente del lugar donde se realizaba el festín. Inclusive, Ana, miembro de Los Matarratas, comenta que antes del quinceañero los jóvenes de Palestina y Pablo VI Segundo tenían muy buenas relaciones y andaban juntos: “Se criaron juntos” (Grupo Focal Palestina).

Estas integraciones sólo fueron posibles gracias a los pactos de paz que, antes del quinceañero, sostuvieron las pandillas de ambos territorios. Después del quinceañero, la violencia entre Palestina y Pablo VI Segundo aún no ha cesado: los muertos y atracos de lado y lado aumentaron con el paso de los años, y crearon una espiral de odio y venganza que atrapó a las nuevas generaciones.

5.4.2. Orígenes del conflicto entre Palestina y La Paz. Pese a las relaciones beligerantes sostenidas en años anteriores por Los Inquietos del barrio La Paz contra pandillas cercanas del barrio La María, este grupo mantuvo, en términos generales, relaciones pacíficas con la vecina pandilla de Los Matarratas*. La cercanía geográfica de los barrios separados por una calle, creó espacios de integración y convivencia tranquila entre los actores vinculados a la problemática. Con el paso de los años, el número de integrantes de Los Inquietos decreció debido, fundamentalmente, a nuevos proyectos de vida, condenas carcelarias y muertes.

En los últimos dos años (2017-2018), con la llegada a La Paz de jóvenes procedentes de los barrios Santa María, San Francisco, y del sector 20 de Julio, el panorama cambió

*Entrevista individual con Davinson (Orígenes de las pandillas).

radicalmente. Estos venían de un pasado conflictivo con Los Matarratas, y al instalarse en el barrio La Paz, se integraron con jóvenes nativos herederos del conflicto. Esta nueva integración, como mencionamos anteriormente, originó la formación de una nueva pandilla en La Paz, denominada Los Menores; pero con el agravante de haber creado simultáneamente un enemigo muy cercano: Los Matarratas, que observaba con preocupación cómo antiguas enemistades empezaban a residir en territorio limítrofe.

En consecuencia, una vez configurada la nueva pandilla de La Paz, la vinculación al territorio se convirtió en factor determinante para iniciar hostilidades; así lo describen varios integrantes de Los Menores, que atribuyen su vinculación al conflicto, a que se cansaron de ser amenazados y agredidos por Los Matarratas, por el simple hecho de vivir en La Paz (Entrevista Grupo Focal Los Menores).

5.4.3. El enemigo de mi enemigo es mi amigo. Para comprender las alianzas que se construyen en medio del conflicto entre pandillas, nos permitimos citar un relato clave de Davinson sobre el origen de los enfrentamientos entre Poquiticos y Matarratas. En este se reflejan las dinámicas y complejidad de las redes que tejen los jóvenes en conflicto en función de sus intereses:

Jorge Benítez un día hizo una cuestión allá arriba [en Sinaí], como una especie de fiesta bingo, algo así, para recoger unos fondos, y nosotros fuimos los que organizamos el evento y todo. Todo iba marchando bien. Cuando ya queda el evento, se termina y un muchacho intentó quitarle la cámara a Jorge Benítez, y los recursos que llevaba en la mochila... Alguien que fue al bingo intento quitarle los recursos. Entonces nosotros lo identificamos que él quería robar, ya, porque bueno, ya había malicia. Entonces yo dije: “Jorge, vamos, nosotros te acompañamos hasta donde tengas que coger el taxi”. ‘No, muchachos, tranquilos, que yo voy solo’ y tal, porque él creía que nosotros le íbamos a robar.

Entonces, cuando él ya se monta en el taxi, que se va, viene el muchacho y nos dice a nosotros: ‘Compa, por lo que ustedes acaban de hacer se ganaron un problema conmigo’ y tal. ‘Y con el boro mío’. ¿Y tú quién eres? Trae al que tú quieras. Al día siguiente, hay un muchacho cepillándose, uno de los compañeros se estaba cepillando en la puerta de la casa. Cuando él se está cepillando, él hace así [hace un gesto] y ve al pelao que le está apuntando con una changona, ya, el mismo que le iba a robar a Jorge Benítez en la noche... Le está apuntando a él para dispararle. Cuando él le va disparar, que el pelao ve y se agacha, y suena el changonazo: ¡Pum!, la detonación. Cuando se escucha la detonación, todo el mundo sale. “¿Qué pasó?” Eso fue tempranito. Cuando el que disparó llevaba un solo cartucho y salió corriendo. Cuando salió corriendo el otro grupo lo estaba esperando abajo. Pero el que lo iba corretiendo no esperó que él llegara hasta el punto. Porque cuando ya está llegando, él le tira una piedra y le da en la cabeza. Cuando él le da en la cabeza, el pelao cae privado, ya, cuando el pelao cae privado, él coge la changona y se la trae corriendo. Cuando trae corriendo viene el boro. Ahí fue donde empezamos con Los Matarratas (Entrevista individual a Davinson).

A partir de esta serie de acontecimientos, Los Poquiticos recibieron el apoyo de Pablo VI Segundo, e hicieron alarde del proverbio árabe: “El enemigo de mi enemigo es mi amigo”. En otros términos, la alianza Poquiticos-Pablo VI Segundo, se tejió porque empezaron a tener como enemigo común a Los Matarratas.

Al mismo tiempo, estas uniones endosaron enemigos temporales para las dos pandillas: Cuando Pablo VI se entera que nosotros tenemos conflicto con Los Matarratas, empezaron a andar con nosotros, y empezaron también a tener problemas con La María, San Francisco, o sea, todos los enemigos de nosotros eran sus enemigos del momento, y los enemigos de ellos, eran sus enemigos*.

Es decir, el costo de las alianzas es la suma de los enemigos comunes de las pandillas que se unieron.

*Entrevista individual con Davinson (Orígenes de las pandillas).

Ahora bien, las alianzas adhieren ventajas y desventajas territoriales para las pandillas en cuestión, ya que las libertades y restricciones para desplazarse por los barrios aledaños son inherentes a las coaliciones y rivalidades heredadas. De ahí que las alianzas con mayor número de pandillas tienen más espacio para desplazamientos territoriales.

En cuanto a la duración de las alianzas, en muchos casos son temporales y heterogéneas: el aliado de hoy puede ser el enemigo de mañana; de hecho, los vínculos de intereses determinan el tiempo y los aliados. Estos vínculos están determinados por el enemigo en común y por los beneficios que dichas asociaciones pueden generar, como el control de un territorio y libertad de maniobra para realizar actos delincuenciales. Por otra parte, existe una expresión en el sociolecto de los jóvenes en conflicto: “romper la cabuya”. Esta locución alude a las estrategias utilizadas por algunos “boros” para divulgar una cizaña que permita crear un mal ambiente y romper las alianzas establecidas entre las pandillas.

No obstante, en la actualidad dos agrupaciones como Los Tóquenlos y Los Menores parecen estar inmunes a ese tipo estrategias. Una vez empezadas las grescas entre Los Menores y Los Matarratas, Los Tóquenlos aunaron fuerzas con los primeros para combatir a su enemigo común; para ellos aplica el mencionado proverbio árabe. Sin embargo, la unión de las dos pandillas va más allá del vínculo de intereses, debido a la cercanía geográfica y similitud de edades, que han facilitado espacios de socialización de sus integrantes en diferentes ámbitos de la vida cotidiana: bailes, celebraciones festivas, actividades deportivas y recreativas, entre otros.

Por último, mención aparte merecen las dos pandillas de mayor tradición en Cartagena: Los Kalimanes y Las Águilas. Estas pandillas sostienen una rivalidad histórica en sectores de las faldas de La Popa, que trasciende e influye en las alianzas de muchas pandillas del sector. Las Águilas son aliados habituales de Los Matarratas; por consiguiente, son enemigos de Los

Tóquenlo y Los Menores. Por su parte, Los Kalimanes en su momento tuvieron alianzas frecuentes con Los Samuray, y en la actualidad mantienen coaliciones con Los Tóquenlos y Los Menores para enfrentar a Los Matarratas.

En el afán de sumar aliados a su causa, tanto Kalimanes como Águilas actúan como “hermanos mayores” para respaldar las agresiones coyunturales de sus socios en disputa. No obstante, este tipo de pandillas jerarquizadas, cuando actúan de forma individual, hacen primar sus motivaciones por encima de cualquier interés asociativo.

Capítulo 6. La Otra Mirada

El presente capítulo pretende analizar la forma como la prensa de Cartagena articula su discurso en torno a los temas de pandillas o violencia juvenil en el último tiempo. Así, crea el estigma social que ve al joven en conflicto como un monstruo (Zúñiga, 2008), que genera repulsión, miedo y odio. El estudio hace alusión exclusiva a las noticias redactadas en el periódico local *El Universal*, por ser el de mayor tradición y circulación en la ciudad; y, por consiguiente, influenciador en la formación de opiniones para las personas de diferentes estratos y edades.

Ahora bien, el papel de la prensa debe incorporar variables de análisis, más allá de simplificadas consideraciones que dan por sentado su impacto directo en las actitudes de las personas; sobre todo, si tenemos en cuenta que la ciudadanía comprende y juzga la realidad a partir de las experiencias cotidianas individuales y colectivas. Las interacciones con vecinos, amigos, compañeros de estudio y de trabajo, etc., permiten construcciones específicas de conocimiento de acuerdo con variables como género, edad o condiciones socio-económicas, entre otros factores (Cerbino, 2005, p. 12).

El punto clave del análisis radica en que la información generada por los medios y su contenido simbólico dinamiza las mediaciones sociales a partir de las vivencias cotidianas, al punto de convertirse en patrimonio común y generar temores mediáticos. Esto se debe a la forma como describen los acontecimientos violentos referentes a las pandillas (Silverstone, 1999, p. 21).

6.1. La Información del Miedo

Las publicaciones sobre pandillas del periódico local *El universal* incorporan un lenguaje para propagar el miedo en la población. El contenido mediático de la información procura prender las alarmas en la ciudadanía mediante palabras incendiarias, como “miedo, “terror”, “sangre” y “tragedia”. El sensacionalismo nubla la rigurosidad informativa, en favor del espectáculo simplista y fatalista de los sucesos noticiosos, y olvida que la misión de la prensa, como bien lo manifiesta Cerbino (2006), es la de “proporcionar a la opinión pública claves de lectura analíticas que puedan significar el desarrollo de herramientas críticas por parte de las audiencias” (p. 29-30). Por el contrario, la prensa local, con sus frecuentes juicios de valor, estigmatiza a los integrantes de las pandillas, al crear estereotipos de comportamientos que fomentan el maniqueísmo entre lo que es bueno y lo supuestamente malo.

“Pánico, sangre y muerte” (Redacción Sucesos, 2017) fueron las tres palabras utilizadas por la redacción de Sucesos, para dar apertura al registro noticioso sobre la muerte que dejó una riña de pandillas en el municipio de Arjona, ocurrida el 31 de octubre del citado año. A renglón seguido, la noticia prosigue:

Eso fue lo que dejó una violenta riña de pandillas, que ocurrió ayer en la tarde en el municipio de Arjona. La víctima mortal del hecho fue Richard Franzual Julio, un joven al que llamaban el “Perilla”. Este pereció en una clínica de Cartagena tras recibir un certero balazo. (...) la reyerta empezó con piedras y luego utilizaron machetes y otras armas blancas. Sin embargo, en medio del hecho, sería alias el “gatico”, quien sacó un revolver calibre 32 y habría disparado. El proyectil que salió del arma impactó en el abdomen a ‘el Perilla’ quien tenía 22 años. (...) Una versión deja ver que ‘el Perilla’ sí participa en la

riña, mientras que otros aseveran que estaba viendo cuando fue impactado en el abdomen por el proyectil (Redacción Sucesos, 2017, octubre 31).

El sensacionalismo de la anterior información se ve reflejado en los juicios de valor, cuando se afirma que “pánico, sangre y muerte”, fue lo que dejó el resultado de la riña. Si bien es cierto que los acontecimientos descritos no pueden obviar el fallecimiento de una persona, es cuestionable la forma como se presenta la noticia. El sustantivo *pánico* implica amenazas y peligros individuales o colectivos, producto de temores o miedos muy intensos, que inducen a huir de situaciones amenazantes. La información recogida y el desarrollo de la noticia no tienen los suficientes elementos de juicio para afirmar que hubo pánico en el municipio de Arjona, debido a que no se registran comportamientos intempestivos de los testigos del acto violento.

La situación descrita anteriormente es reiterativa por parte del periódico *El Universal*, tal como muestra la manera otra noticia (Redacción Sucesos, 2017, agosto 15) en la que se registra la muerte de un joven por problemas de pandillas. Esta vez inicia con las palabras “cruel y despiadado”. Igualmente, en información presentada tres días antes de la anterior (Redacción Sucesos, 2017, agosto 12), la redacción comenzó con “Las balas causaron terror”, para hacer referencia a la muerte de dos jóvenes, uno de ellos involucrado en temas de pandilla. Por último, pocos días antes, se presentó otra noticia de pandillas con las siguientes palabras iniciales: “Rostros de sangre, intolerancia y dolor marcaron las calles de El Pozón y Olaya Herrera” (Redacción Sucesos, 2017, agosto 9).

En un solo mes los términos tendenciosos fueron la constante. De esta forma, los medios de comunicación contribuyen a fraguar las emociones ciudadanas, atrapados en la lógica que miden los índices de audiencia o de venta. La mirada simplificadora y trivial de las realidades magnifica los hechos criminales. Según Imbert (1995), se tiende a “instaurar un discurso

subjetivo, moralizado, más o menos dramatizado: un discurso de la violencia en el que se manifiesta una violencia de la representación en la representación misma de la violencia” (p. 54).

En síntesis, es necesario replantear la mirada de la prensa, que amplifica la imagen violenta del joven a través de una crónica diaria, de una mirada simplista y pornográfica que contribuye a estigmatizar y etiquetar a los jóvenes en conflicto como delincuentes y criminales, a los cuales debe caerles todo el peso de la ley y el orden para remediar los problemas de inseguridad. La responsabilidad social de los medios debe recaer, como piensa Cerbino (2005), sobre las agendas temáticas que involucran el cubrimiento periodístico de la violencia, analizando los discursos y lenguajes que lo sustentan y examinando permanentemente los criterios noticiosos en relación con los hechos delictivos.

6.2. Las Voces Institucionales a través de la Prensa

Muchas noticias presentadas por la prensa, alusivas a los temas de pandillas, no son más que voces institucionales, vinculadas a entidades estatales y a la Policía. Los medios de comunicación, en los temas de debate como seguridad y políticas públicas, en algunos casos, privilegian a un actor determinado, politizando la información en favor de intereses corporativos. Héctor Silva Ávalos, jefe de la Prensa Gráfica en El Salvador, expresa los distanciamientos que se deben tener con el lenguaje estatal, no porque “sea malo de entrada, sino porque es el lenguaje de un actor protagonista. El lenguaje de sujeto, sospechoso, presunto es un lenguaje de institución que tiene fines represivos. Hay que huir de la unilateralidad de la versión que escuchamos” (Marroquín, s.f.).

Verbigracia, el 7 de julio de 2017, *El Universal* tituló: “130 jóvenes que integraban las pandillas ahora serán microempresarios” (Martelo, 2017). Con la presencia del alcalde de turno:

Manuel Vicente Duque, y del secretario del Interior: Fernando Niño Mendoza, se entregaron a los jóvenes vinculados a pandillas, elementos de peluquería, máquinas para estampar, asaderos, bloqueras y carros para preparar comidas rápidas. Lo anterior hizo parte del programa “Primero los jóvenes”, de la Secretaría del Interior del Distrito de Cartagena, que pretendió cambiar las armas, las riñas y el delito, por el emprendimiento. Con optimismo y sin ningún análisis crítico, *El Universal* afirmaba: “130 de ellos ahora serán microempresarios y tendrán su propio negocio” (Martelo, 2017). Los jóvenes beneficiados provenían de distintos barrios de Cartagena, entre los que se mencionaron: Pablo Sexto Segundo, Palestina, Las Lomas, 9 de abril, Las brisas, Boston, La Esperanza, Las Delicias, La Boquilla, Chiquinquirá, La Candelaria y el Pozón (ver figura 6).



Figura 6. El alcalde y el secretario del interior junto a los jóvenes beneficiados.

Fuente: Julio Castaño, *El Universal*.

De la anterior noticia, llama la atención la ligera afirmación de *El Universal*, que da por sentado el éxito de las políticas gubernamentales con la entrega de las herramientas de trabajo. No obstante, según la versión de jóvenes en conflicto del barrio La Paz, Los Matarratas vendieron las herramientas de trabajo entregadas por la Alcaldía de Cartagena, para la compra de armas de fuego. Así lo manifiesta Yerry, de Los Menores:

El día que yo vine aquí, como a los dos días que llegué había bajado el Pinky y que habían dado un poco de cementos la Alcaldía, de block... Yo no sé y todo eso lo vendieron y compraron como revólver, porque poco de balas pasaron cerquita y ¡Pa! ¡Pa! Y uno empezó a correr e hicieron varios tiros de cerquita” (Grupo Focal Los Menores de La Paz).

En este orden de ideas, las políticas gubernamentales nacen muertas en la medida en que no logran articularse con el complejo entramado socio-económico y simbólico de los jóvenes en conflicto y, según sus actores, acentúan los problemas de violencia.

El periodismo debería asumir los problemas de violencia como procesos (Sierra, 2005), en vez de pensar en términos de noticias o acontecimientos. Dicho enfoque, permitiría la sistematización y seguimiento de la información, en sintonía con las dinámicas y realidades sociales que involucran los temas de pandillas.

Capítulo 7. Parados en el Pedazo: Pandillas Juveniles en la Cartagena de Indias Contemporánea: Una Mirada desde los Imaginarios Sociales

En el capítulo 4, describimos el contexto social y económico de los barrios Palestina, La Paz y Pablo VI Segundo, con el objetivo de mostrar cómo los jóvenes de estas comunidades viven en medio de condiciones de escasez, precariedad y falta de oportunidades, presos de la marginalización social y el desamparo estatal. A su vez, en el capítulo 5, reseñamos los orígenes del conflicto entre las tres pandillas estudiadas, enmarcando las raíces de los enfrentamientos y alianzas dentro de condiciones estructurales que propiciaron el surgimiento de estos grupos. Sin embargo, pese a la relación entre la violencia juvenil y el contexto de fragilidad social y económica de estas comunidades, en el capítulo 6 mostramos que la prensa local viene construyendo de manera sistemática una mirada estigmatizadora en torno a los jóvenes en conflicto. Esta mirada exógena ha desfigurado la imagen de los jóvenes que hacen parte del conflicto, deshumanizándolos y mostrándolos como monstruos, responsables de la inseguridad y la violencia. Esta imagen del mundo juvenil, configurada a través de un discurso del miedo, en el que el joven en conflicto deja de ser visto como ser humano y como ciudadano, convirtiéndose en la imagen del terror, contrasta con la imagen que se puede construir y refigurar del joven a través de los imaginarios sociales que le dan sentido a su vida y que interpretamos a la luz de sus relatos.

En este sentido, el presente capítulo es una alternativa interpretativa que, mediante el uso de los imaginarios sociales, busca poner las voces de los jóvenes en conflicto en el centro del análisis, convirtiéndolos en artífices de su propia historia.

El capítulo se divide en siete secciones, cada una dedicada a una categoría de análisis que ilustra los imaginarios sociales que configuran el ser joven en conflicto en los tres barrios en los

que se encuadró la investigación. Se parte de una caracterización de las tres pandillas, usando como marco interpretativo las nociones de *tiempo paralelo* y *condiciones sociológicas* (Perea, 2007). El objetivo es mostrar las semejanzas y diferencias entre las tres, dentro de un marco lógico de referencia (7.1). El cometido de la segunda sección es analizar la mirada que construyen los jóvenes en conflicto en torno a las dinámicas del conflicto, la comunidad, las instituciones públicas y la violencia (7.2). A su vez, el objetivo de la tercera sección es enfatizar en la violencia como elemento configurador de la identidad del joven en conflicto (7.3). En la cuarta sección se pretende conectar la identidad que construye el joven en conflicto a partir de la violencia, con la necesidad de hallar un colectivo que les dé sentido a sus acciones; entonces, el “boro” es la comunidad donde se ancla el ser violento (7.4). Consecuentemente, en la quinta sección se muestra el territorio como construcción física y simbólica que le da sentido a la pandilla, al perpetuar la violencia en un marco de conflictividad (7.5). Finalmente, las dos últimas secciones (7.6 y 7.7) reafirman la idea según la cual la violencia está ligada a determinadas condiciones estructurales, tales como la pobreza, la deserción escolar, el desempleo, la falta de aprovechamiento del tiempo libre, la exclusión cultural, etc.

7.1. Caracterización de las Tres Pandillas

Para la caracterización y categorización de las pandillas, y su conexión con la vida en el barrio, utilizamos como base el informe de Perea (2007) presentado a la Organización de los Estados Americanos (OEA), en el cual el investigador presenta rasgos característicos para identificar a las pandillas en Colombia y, además, para distinguir unas pandillas de otras. En este análisis Perea esboza la idea del “tiempo paralelo”, a partir de la cual rastreamos los tres rasgos que explican la conformación de una pandilla: (1) la ruptura con lo instituido, (2) protección y

transgresión, y (3) miedo y respeto. Asimismo, el informe de Perea (2007) permite orientar la caracterización de nuestras pandillas desde un enfoque sociológico, en virtud de que el investigador distingue cuatro condiciones sociales específicas para abordar a las pandillas juveniles: (4) territorialidad, (5) edad y sexo, (6) lo popular y (7) lo urbano.

Esta caracterización se ocupa, en un primer momento, de los rasgos exclusivos de cada grupo. Y, en segunda instancia, de hacer una radiografía de los elementos comunes a los tres grupos.

Igualmente, el propósito de esta caracterización es mostrar que, si bien otros grupos juveniles se adhieren a algunos de estos rasgos y comparten iguales condiciones sociológicas, son las pandillas las únicas que convierten la ruptura con lo instituido en su *locus* fundante, y la violencia y la generación del miedo en sus hitos. En palabras de Perea (2007):

sus miembros [los jóvenes en conflicto] habitan un afuera, es lo que los constituye: desprecian las rutinas institucionales para entregarse a la vida del grupo y quiebran toda normativa, las prácticas conflictivas hacen trizas cualquier principio de justicia y el más elemental sentido de la productividad [...] Multitud de agrupaciones de jóvenes poseen uno y otro aspecto del espectro de condiciones que le imprimen a la pandilla su fisonomía particular; no obstante, no más que la pandilla pasa por la ruptura extrema que convierte las prácticas conflictivas en modos propios de armar la vida colectiva (p. 7).

7.1.1. Los Menores de La Paz. Los Menores son una pandilla nueva, en comparación a los otros grupos que concurren en la zona desde hace mucho tiempo. Algunas pandillas, como Las Águilas, Los Kalimanes y Los Samuray tienen hasta tres generaciones de existencia. Los Menores son una pandilla juvenil cuyo rango etario se sitúa entre los 14 y los 18 años. Al

entrevistar a Yerry, se puso en evidencia el hecho de que esta agrupación juvenil está conformada en su mayoría por menores de edad. Este muchacho cuenta que el nombre de Los Menores está relacionado con la edad de sus integrantes, todos realmente jóvenes.

Este grupo está conformado por alrededor de 30 miembros, en su totalidad de sexo masculino*. Las actividades que realizan en su cotidianidad van desde armar improvisadas canchas de fútbol en las calles, hechas a base de piedras que sirven de porterías, hasta encontrarse en las esquinas para “hacer parche” y hablar de cualquier cosa; por ejemplo, de sus hazañas en las peleas. Si bien durante las reuniones en las esquinas los temas más recurrentes son la violencia y el crimen, estos jóvenes no entraron a la pandilla motivados primariamente por la comisión de actos delictivos.

En efecto, para la mayoría de los miembros del grupo, esta pandilla se conformó como un mecanismo de protección frente a la violencia. Las trasgresiones constantes, tanto en la escuela como en las calles, condicionó a estos jóvenes a buscar agruparse para proteger sus vidas. Varios de ellos mencionaron haber desertado del colegio, porque estaba en riesgo su vida, pues al interior de la institución existían grupos que controlaban el plantel a través del miedo. Además, señalaron que la institución como tal no hizo nada para resolver este problema. También expresaron haber experimentado una fuerte persecución en sus barrios, por cuenta de las fronteras imaginarias que otros grupos detentan. Por tanto, paradójicamente, el miedo fue la principal causa de la configuración de esta pandilla.

Estos jóvenes, marginados de la escuela y presas del miedo por la violencia, se agrupan no solamente para “matar” el tiempo que les sobra desde que no van al colegio; también, encuentran en la pandilla la protección frente al mundo de la conflictividad que se les vino

*En las otras pandillas el sexo femenino hace parte del grupo, pero como una especie de anexo. En estas pandillas, las mujeres ocupan un rol diferenciado: son vistas como compañeras sentimentales o como objetos sexuales, por un lado; o, por otro lado, son partícipes de las dinámicas colectivas, pero en menor medida o relevancia.

encima. Según Guzmán y Candia (2016), “en muchas ocasiones, las pandillas juegan el doble papel de ser atemorizantes hacia afuera y protectoras hacia adentro” (p. 61). Estos jóvenes encuentran en Los Menores la protección frente a la violencia del *Gran Otro*^{*}. De este modo, construyen una línea paralela que recarga de significados propios los espacios de resistencia; espacios de fugas y capturas del poder (Nieto, 2008), que configuran a la pandilla como una escuela del miedo que, a partir de ahí, convertirá la violencia en su escenario de sentido.

Por otra parte, observamos en las dinámicas de los grupos focales una forma de organización semi-estructurada en la que se pudo vislumbrar, de cierta manera, una jerarquía en cuanto al poder y la toma de decisiones. A ciertos jóvenes se les brinda un fuerte reconocimiento, tanto dentro como fuera de la pandilla, por sus hazañas y capacidades para la pelea, no obstante, para ellos la idea de que exista un liderazgo les resulta incomoda.

Yerry, Yeison y Yoel^{**}, tres de los jóvenes que se asoman como líderes (pese a mostrarse reticentes frente a la idea de que exista un liderazgo), con 16, 17 y 18 años, respectivamente; son los de mayor edad dentro de Los Menores y se muestran como claros estandartes del grupo. Pudimos observar que son temperamentalmente fuertes y “sin miedo”. Sus actitudes, que rehúyen a las inseguridades propias de su edad, los visualizan como propietarios de saberes prácticos^{***}, que escapan al conocimiento de otros jóvenes. Estas razones los convierten en figuras emblemáticas que los otros “pelaítos”^{****} tienden a seguir. Ellos, en sí mismos, son los

*Expresión perteneciente a Lacan, con la que Castoriadis (2004, p. 209) alude a las sociedades heterónomas, las cuales, según el autor griego, desconocen la creación histórico-social de las instituciones y buscan legitimar lo social a partir de entes extrasociales (Dios, los ancestros, etc.). Y que, además, es utilizada por Cerbino (2004, p. 39) para referirse a la sociedad como eje de la estigmatización y el prejuicio social. En este caso, el Otro es la escuela que los ha marginado; por tanto, los ha excluido de los escenarios de participación y constitución de los individuos, lo que les ha hecho más difícil su acceso al mundo del trabajo.

** Nombres ficticios.

*** Por ejemplo, el uso de las armas y su estrategia de combate.

**** Palabra usada reiteradamente por German, uno de Los Matarratas, durante una entrevista, para referirse despectivamente a Los Menores.

símbolos de la seguridad y la fraternidad; los puertos que invitan a muchos de los jóvenes de La Paz a desembarcar en Los Menores.

No obstante lo anterior, en los integrantes de este grupo aún se evidencia un fuerte deseo y esperanzas de alcanzar sus proyectos de vida. Sus expectativas están en constante tensión con la realización de las mismas. Para estos jóvenes la posibilidad de la frustración genera un flujo constante de violencia, constituido por actos de rebeldía frente a la demanda de visibilización. Sin embargo, como una de sus características más interesantes, podemos resaltar la capacidad que muestran los miembros de Los Menores para concebirse por fuera de la pandilla, siempre y cuando, como ellos mismos mencionan, las acciones institucionales les permitan recobrar la confianza perdida: “A mí me gustaría que me vieran como un niño decente, educado, que siempre esté pendiente de sus estudios, que no esté en ninguna clase de problemas (Grupo Focal Los Menores de La Paz). “A mí me gustaría que me vieran como un joven de bien, como un pelao que no sea de problemas, tirando bastante pinta y la vaina” (Grupo Focal Los Menores de La Paz).

Esta característica quizá esté relacionada con su corta edad, lo que supone una oportunidad de cambio más probable. La frustración que acompaña a miembros de otras pandillas juveniles –la cual se mide en línea recta con el tiempo, y en contraste con sus expectativas– todavía no ha llegado a niveles de fracaso y desesperación extremos. Por eso, pese a que estos jóvenes muestran ser muy violentos, el uso de la violencia en este punto de sus vidas está más conectado con la necesidad visceral de vivir, en el sentido más básico de estar vivo. Buscan llevar su vida al límite: ponerse en riesgo de muerte, para tener control de sus vidas. Su vida es un constante flujo de “adrenalina”. Los Menores de La Paz, más que estar motivados por el rencor y el resentimiento que pueden provocar la suma de odios y resentimientos, encuentran

la motivación de sus actos en la construcción de significados consentidos por ellos: “Jóvenes en riesgo somos... En riesgo de muerte [Risas]” (Grupo Focal Los Menores de La Paz).

La muerte siempre está presente como posibilidad, aunque en este juego macabro se estén jugando la vida. La idea de ser jóvenes en riesgo les causa gracia, porque, aunque morir les dé miedo, para ellos, su vida está llena de esperanza y optimismo. Por lo tanto, el momento en el que se encuentra su vida es una etapa pasajera*: “Yo quiero ser mecánico o policía”. “Sí, esa, esa es la que yo también quiero ser, mecánico de moto”. “Me gustaría que me vieran llegando en un carro con que cule’ e lea... Estudiando y siendo un profesional y ser ingeniero, así como yo quiero” (Grupo Focal Los Menores de La Paz).

Este es un rasgo distintivo de Los Menores, pues como se verá a continuación, en otros grupos la frustración y el desencanto son elementos sustantivos en sus relatos de vida; además, son marcas utilizadas como referentes para justificar el uso de la violencia.

7.1.2. Los Matarrata de Palestina. Este grupo cuenta con dos generaciones: la primera está entre los 18 y 28 años de edad, mientras que los más pequeños tienen entre 12 y 17 años. Según cuentan los mismos miembros, la pandilla está conformada por alrededor de 30 o 40 jóvenes del barrio, que fluctúan su participación en la violencia en la medida en que los escenarios de conflictividad se presentan. El número de participantes en Las “batallas”, llevadas a cabo con piedras, cuchillos y armas de fuego, puede variar entre 5 y 40, según la intensidad y las cualidades del enfrentamiento:

*Uno de los momentos más emotivos, en el marco del primer intento de acercar a los líderes a un posible acuerdo de paz, y que contrasta con las expectativas de los actores más jóvenes del conflicto, se dio cuando Pablo, uno de los de mayor trayectoria en el conflicto, al mirar precisamente a Yoel, uno de los jóvenes de La Paz, expresó lo siguiente: “Si yo pudiera devolver el tiempo... No haría nada de lo que he hecho, pero no puedo”. Esto provocó las lágrimas de todos los “vieja guardia”.

“Salimos los que estamos por aquí y hay cinco... cinco los que estamos aquí ya” (Grupo focal Palestina).

“(...) es que es que acá uno pelee o no pelee, lo atacan, tienes que peliar, te voy a hablar es claro, ya” (Grupo focal Palestina).

“(...) no pueden coger para allá abajo [Pablo VI]... [Porque terminan peleando cuando se arma la gran pelea]... Na más na más con el hecho de ser de acá” (Grupo focal Palestina).

Lo anterior, en términos de convicciones y comportamientos, hace que Los Matarratas sea una pandilla con características heterogéneas. Por un lado, los integrantes más grandes han vivido el conflicto desde sus inicios y se encuentran atrapados en dinámicas de odio, resentimiento y muerte; por el otro, los más jóvenes se muestran como los herederos de la circunstancia, y aunque muchas veces no comprenden a cabalidad las raíces del conflicto, sus vidas se hallan enmarcadas por esta violencia. Dadas las anteriores circunstancias, los mayores transitan entre la criminalidad y los deseos de organizar su vida, y las prácticas amateurs de la criminalidad son las razones que exponen como justificación de su ingreso. Pablo lo cuenta de la siguiente manera:

(...) de pronto cuando era más niño, por las necesidades que yo sólo contaba con mi mamá, entonces cuando uno... Quería yo ver plata desde muy pequeño, entonces todas las cosas le van cambiando, y si uno no tiene apoyo con quien... contarle, con quien expresarlo, quien lo ayude a tener sus cosas o... quien lo ayude a comer diario, tiene uno que buscar para solucionar, y entonces ahí es donde se le meten malos hábitos a uno. Entonces, de ahí es de donde ha venido toda esa problemática (Grupo focal Palestina).

Muchas veces, estos mismos deseos, al verse frustrados por la exclusión laboral, como mínimo, profundizan el problema y generan constantes caídas y recaídas en el conflicto. En este

sentido, a diferencia de Los Menores, Los Matarratas son jóvenes que se conocen desde muy pequeños, que encuentran en la pandilla un grupo organizado para delinquir y que, además, los protege de la censura social y de la ley; ya que, a su vez, la pandilla genera el respeto de una comunidad que está presa del miedo; y de igual forma, complicidad en el grupo frente a la persecución de la justicia: “No me alcanza el sueldo pa sobrevivir con mi familia... Lo que hago es, si no me alcanza el sueldo, tú sabes, meter la mano por ahí, pa’ completar lo que hace falta en la casa” (Entrevista individual con Pablo).

Todo esto pasa mientras que los miembros más jóvenes, en medio del conflicto, reproducen las dinámicas de la violencia. Así, heredan enemigos contruidos a “pulso” por los mayores, lo que acentúa cada vez más los odios. Este factor está mucho más presente en esta pandilla, debido a que dentro de ella hay fuertes lazos familiares. Por ende, las muertes y los agravios no solamente se heredan como problemas del grupo; también, como asuntos netamente familiares. Los muertos no son sólo amigos o vecinos: dentro de los caídos se encuentran hermanos y primos, lo que arraiga un odio más profundo y dificulta las posibilidades de transformar positivamente las circunstancias:

Cuando veo a las personas que lo hicieron [a las personas que él cree que mataron a su hermano], que lo compartieron, me lleno de ira, me dan muchas cosas, ¿sí me entienden?... Se ponen a gritarlo desde lejos, nunca los he visto cerca, no le sé decir que podría pasar al verlo yo cerca, ¿sí me entiendes?... Me empiezan a gritar “saca a tu hermano de donde está”... Me retan, me dicen “saca a tu hermano”... Y yo no, bien, normal; pero cuando lo pienso me da ira, me da muchas cosas... Cuando ya los veo, la mente ya la tengo en otra, sí, más relajao. De pronto sí lo pienso y se me vienen algunas cosas malas a la mente, pero trato de controlarlas, porque... De hacer daño, de también hacerle lo mismo pa’ que

sientan como si... Pa' que se sienta cómo le duele a su mamá cuando le matan un ser humano o a la familia de uno, ¿sí me entiende? El dolor que se siente. Si ellos sintieran el dolor que está sintiendo mi mamá en cada minuto y en cada segundo que lo piensan ellos, no lo hubieran hecho; pero como ellos no saben ese dolor, ellos no piensan eso. Como yo sí la veo, lo pienso, y eso a mí me duele” (Entrevista individual con Pablo).

En cuanto a la participación del sexo femenino, en el caso de Los Matarratas pasa algo *sui generis*: en esta pandilla, las mujeres tienen una fuerte presencia en la vida y las acciones del grupo. En muchos casos, ellas pelean codo a codo con los hombres de la pandilla; en otras circunstancias, guardan las armas y proveen a los hombres de piedras o municiones; en otras situaciones, cargan a los heridos y los llevan a los centros asistenciales. En suma, las mujeres de Los Matarratas están en el conflicto, lo viven con la misma intensidad y devoción que los hombres, y hacen parte de la vida del colectivo, que ve en ellas a miembros importantes de la pandilla. Es tan trascendental el rol de la mujer en esta pandilla, que ellos mismos manifiestan que los grupos rivales las ven como botín de guerra o como centro de sus ataques:

(...) La gente de aquí no puede coger pa allá. Ni las mujeres ni yo puedo coger para allá... yo no puedo coger pa' Pablo Sexto (Ana, en el grupo focal Los Matarratas de Palestina).

(...) Uno, al contrario, uno a las mujeres de ellos las enamora. Ellos no, ellos las de uno las cascan y las atracan, si ves (Grupo focal Los Matarratas de Palestina).

Este papel activo de la mujer en las actividades y los conflictos de Los Matarratas se debe, tal vez, a las relaciones filiales que se dan entre ellos. Así, estas mujeres pelean en respuesta a los embates de las pandillas rivales para, fundamentalmente, proteger a sus primos y hermanos, a su familia:

Traían [a su hermano] correteándolo y él se me cae. Cuando él se me cae, yo agarro peñón también y les comencé a tirar. Ellos me decían: “Ahora que te pillemos, te cascamos”. Yo dije: “Bueno, me irán a matar, porque delante de mí no acepto que nadie le pegue a mi hermano”. Mi hermano se paró y empezamos entre los dos a pelear. Después vino una prima mía que cada rato está trabando, que esa sí es loca; a esa sí la tiraban más a darse todavía después (Ana, de Los Matarratas, entrevista en profundidad).

7.1.3. Los Tóquenlo: El relevo generacional de Los Samuray. En este tridente conflictivo entre pandillas se encuentran Los Samuray, una de las más antiguas de la ciudad, que cuenta con varias generaciones, y de la que se pueden rastrear sus orígenes en la década de los 80 del siglo pasado. Los Samuray, al igual que Los Matarratas, están en medio del tránsito generacional. Los mayores, entre los 25 y 29 años, han estado en conflicto con diferentes pandillas del sector desde que eran niños. Al igual que los miembros de mayor edad de Los Matarratas, Los Samuray se sienten frustrados, porque no pueden conseguir un trabajo digno; o porque, sí lo consiguen, no pueden mantenerlo, debido a que las mismas dinámicas del conflicto condicionan su vida y sus expectativas. Para Emerson, de Los Samuray, el trabajo y tener la oportunidad de realizar actividades de esparcimiento serían la clave para, en primera instancia, mitigar la violencia y, al final, encontrar mecanismos de intervención profundos y permanentes:

(...) algo que los mantenga ahí ocupados... Mientras uno está ocupado, uno nunca va a acordarse de eso, no va a tener tiempo de llegar al punto de eso... O sea, como decir trabajar en una panadería, un trabajito así... Por lo menos yo cuando me pongo a fabricar mi llavero, yo ni me acuerdo de las cosas, duro semanas sin salir, días, y estoy ahí haciendo mi trabajito (Entrevista en profundidad con Emerson, joven de Pablo VI Segundo).

De igual forma, sumado a la frustración que genera la incapacidad de materializar sus proyectos de vida, en Los Samuray se encuentran el odio y el resentimiento como piedras en el camino. En la información que se recabó en los grupos focales realizados con los jóvenes de Pablo VI Segundo, autoproclamados Los Tóquenlo, llama la atención que muchos de ellos muestran serias dificultades para enfocarse en soluciones. En sus relatos señalan el interés de cambiar, porque ven las dificultades que el conflicto les ha creado a los mayores, y señalan el trabajo y ocupar el tiempo en otras actividades como estrategias que podrían dar resultados; pero, al mismo tiempo, muestran mucha desconfianza y reticencia. Estos jóvenes son herederos de un enemigo construido durante muchos años, y lo han interiorizado tan profundamente que, al parecer, se convirtió en el principal referente de sus vidas. Los miembros de esta pandilla, pese a ser muy jóvenes, les cuesta reconocer otra forma de vida que no sea la caracterizada por la violencia. Por tanto, les parece difícil observar otro horizonte que no termine en la eliminación del enemigo o en su propia muerte:

A veces uno se pone a pensar... Uno a veces dice: erda, es que, si nos alejamos de eso, ellos vienen y se aprovechan que uno... Y quieren coger a uno, cuando uno está relajado los problemas más lo buscan a uno, cuando uno está relajao te pillan por allí, te parten (Grupo focal con Los Tóquenlo de Pablo VI Segundo).

Los Tóquenlo es una pandilla relativamente nueva y poco estudiada, tanto así que no aparece en el radar de ninguna de las instituciones que se encargan del tema de pandillas en Cartagena. Este grupo juvenil, al parecer, se ha confundido con Los Samuray. Sin embargo, esta investigación permitió concluir que Los Tóquenlo, si bien están estrechamente relacionados con Los Samuray, son una pandilla independiente, con características propias. Es un grupo

conformado por jóvenes entre 16 y 23 años, aunque no se excluye que haya miembros más jóvenes, de 12, 13 y 14 años.

7.1.4. Lo que los separa los une. La historia de estos jóvenes y su tránsito hacia la conflictividad se mueve por ríos con cauce similar. La mayoría son desertores de la escuela y mantienen un complejo y fuerte vínculo con la familia, de la cual muchos de ellos aún dependen económicamente. Sin embargo, la escuela, la familia y las otras instancias institucionales, otrora socializadoras, actualmente no cohesionan a estos jóvenes, por lo cual la ruptura institucional genera una línea paralela en busca de reconstituir los lazos que en estas instituciones (las pandillas) no se soportan sobre el respeto y la confianza.

La compleja relación entre los lazos familiares y la pandilla como condición, que establece una ruptura con la impronta juvenil, permite ver una relación sostenida entre la necesidad del joven de estar en el territorio, de pertenecer a una comunidad –aunque esta lo juzgue–; y el recelo que muchos de ellos sienten frente a la familia, de la que demandan más comprensión y cuidado. No obstante, para estos jóvenes la pandilla no reemplaza a la familia, y esta última, pese a las fisuras emocionales que ocasionó en la constitución de la identidad del joven, continúa representando una vía de escape al conflicto: “Si yo me estoy enamorándome y buscándome una mujercita, no voy a durar empila, porque ya no voy a estar pendiente a estar peliando ni na’. Voy a estar pendiente a mis hijos y a mi mujer” (Grupo focal Los Tóquenlo de Pablo VI Segundo).

Asimismo, la identidad del joven en conflicto

se construye en la misma medida en que van apareciendo las fronteras barriales imaginarias, a partir de lo cual se puede entender por qué, aunque estén en constante lucha con

sus familias, no abandonan sus casas. En otras palabras, aun cuando existe una relación de conformidad con respecto a la dependencia económica, los valores de fraternidad que debería entrañar la familia se encuentran disueltos; y, a causa de esto, los jóvenes viran hacia la pandilla, la cual perciben, no como un *Otro* atemorizante, sino como un *Propio* acogedor.

Estos jóvenes encuentran en la pandilla la seguridad que la familia no propicia, la cual se convierte, frente al abandono institucional que perciben, en el espacio de protección y pertenencia. Es el caso de Yeison, de Los Menores de La Paz, quien mostró profundos sentimientos de dolor y resentimiento cuando relataba la vez que su papá lo marcó a golpes:

(...) yo cuando andaba peleando con esos pelaos, una vez le pusieron unas quejas a mi papá. Él vino y me agredió, me golpeó con un palo de escobas. Yo tenía como 11 ó 10 años, yo salí hasta en el periódico cuando eso, porque tenía un poco de marcas en la espalda. Yo le puse una demanda y fue que me mudé para acá por el sector de La Paz (Grupo focal Los Menores de La Paz).

En este caso, la pandilla ve en la fraternidad del grupo un lugar donde habitar después de la ruptura con las instituciones. Por eso, sus prácticas cotidianas van desde estar en la esquina “parchando”, hasta jugar fútbol en la calle o ir a hacer mandados al mercado, a fin de permanecer juntos y pasar tiempo con sus “vales”. Este es un factor fundamental para sus vidas; es lo que, en últimas, les da sentido. Las tres pandillas analizadas, a la luz de lo anterior, se vislumbran como grupos muy unidos, que logran dicha unidad efectivamente, practicando la violencia en grupo. Son muy organizados, dedicados y capaces de realizar eficazmente tareas construidas grupalmente. Las peleas con piedras, por ejemplo, les sirven como escenario para demostrarle al grupo de lo que son capaces; los límites imaginados y reales que son capaces de cruzar, con tal de seguir juntos.

La “calidez” del grupo es montada sobre el fuego de la violencia, y sostenida sobre las practicas conflictivas. Estos jóvenes, muchos de ellos empujados por el miedo, convierten la dialéctica respeto-miedo en una relación de dependencia. Debido a las circunstancias violentas del escenario en el que constituyen sus vidas y sobre el cual tejen sus relaciones con otros individuos, muchos de ellos se ven ante una decisión de vida fundamental: pelear o no pelear. Así lo muestra Yerry a continuación:

(...) me querían coger de soda y ya eso no es así, ya... Me va a tocar pelear pa' que ahora sí la vaina sea a lo serio, porque me quieren coger de soda ya... Y ya desde ahí comencé a pelear con ellos (Entrevista en profundidad con Yerry, de Los Menores de La Paz).

Esto nos llevó a observar una disposición generalizada a demostrar-se sin miedo; a retar al miedo, para conseguir el respeto a toda costa. Si bien el porcentaje de jóvenes miembros de pandillas, en relación con el número de jóvenes que habitan las comunidades, es significativamente bajo, la decisión de pelear, utilizando la violencia como mecanismo cohesionador y dador de sentido, se convierte en una pieza clave para entender las subjetividades y los comportamientos grupales de los jóvenes miembros de pandillas.

Su actitud de reto ante las disposiciones heterónomas, que los lleva a desencajar en el modelo de “joven de bien”, más que un síntoma del problema, es evidencia de la fuerza subyacente a la personalidad de estos jóvenes. Hemos concluido que ellos/as, en contra de la corriente institucional, se alejan de las dinámicas presentes en la sociedad, no se dejan, no quieren.

Estas diferencias son fundamentales para observar un esquema juvenil alternativo, que no encaja en el modelo tradicional de “joven de bien”, pero que nos permite ver en la transgresión, en el uso de la violencia como elemento auto-determinante, una instancia que está definida por

condiciones sociales específicas; las cuales, a su vez, diferencian a las pandillas de otros grupos juveniles. En ellos se encuentra de manera intrínseca una energía destructiva que se ha vuelto su razón de ser.

El conflicto se ha convertido con el tiempo en la herramienta que usan para construir sus identidades. Así, paradójicamente, lo que los separa los une: el territorio, que lo defienden a capa y espada; la edad, que en un alto porcentaje se concentra en un rango etario que va de los 14 a los 28 años; el género, que además, muestra las pandillas como un fenómeno social conformado mayoritariamente por el sexo masculino; lo popular, que con relación a la clase social, evidencia que estos jóvenes comparten la pobreza, la exclusión y la marginalidad como características condicionantes.

Por último, y siguiendo a Perea (2007), las tres pandillas estudiadas se caracterizan por ser grupos de muchachos marginados y excluidos que habitan barrios pobres y populares de Cartagena de Indias; y que, de una u otra manera, viven bajo la circunstancia de un tiempo paralelo que los condicionó a utilizar la violencia como mecanismo fundante de su identidad.

7.2. La Mirada de los Jóvenes inmersos en el conflicto de Pandillas

La mirada que se ha dado a la conflictividad de los jóvenes en conflicto de los barrios La Paz, Palestina y Pablo VI Segundo se ha venido fundamentando en una serie de estigmas creados desde diferentes fuentes: los medios de comunicación y las instituciones políticas –representantes de la autoridad– han mostrado al joven en conflicto como un monstruo (Zúñiga, 2008), al configurarlo como algo que afea la estética de la ciudad turística y afecta la seguridad de la ciudadanía. En el trasfondo, el dilema de las instituciones sociales se encuentra arraigado

en lo que representan los jóvenes como anomalías, ya que estos muestran las inconsistencias y fallas de un sistema incapaz de responder a las necesidades del mundo juvenil.

Por lo anterior, la mirada desde la cual este trabajo aborda al joven en conflicto está fuertemente ligada a una perspectiva estructural que asocia la violencia juvenil a determinadas condiciones problemáticas complejas; las cuales, a nuestro parecer, han generado una guerra intestina sin cuartel, y mecanismos de inferiorización, exclusión o marginación económica, social y simbólica. No es cierto ni válido pensar que estos jóvenes actúan así “porque sí”, “porque ellos son así”. A través de sus relatos, ellos/as lograron expresar sus percepciones, sentidos y valoraciones en torno a sí mismos y la manera como observan a la comunidad, las instituciones sociales y la violencia asociada con la conflictividad entre grupos de pandillas rivales o enemigas.

Con respecto a los imaginarios sociales de estos jóvenes frente a la configuración de las comunidades y las instituciones sociales y la relación que éstas tienen a su vez con la construcción de la identidad individual y grupal de la pandilla, es válido traer a consideración el enfoque de Cerbino (2004) en torno a la mirada:

(...) la mirada es un acto que no es solo consecuencia de una incompreensión, sino que se reproduce por la imposibilidad de construir una mediación simbólica: la posibilidad de apalabrar esa mirada, de encasillarla, o asignarle un sentido favorable o conveniente. Eso se da además en la medida en que cada mirada fenoménica (en la calle, entre jóvenes y entre los miembros de las pandillas) hace “recordar” o establece una conexión imaginaria compleja con esa otra Mirada que la sociedad dirige constantemente hacia ciertos sujetos y entre ellos a los juveniles: la mirada del gran otro, que juzga, desaprueba, estigmatiza y hace sentir inferior. Una mirada que parece plantarse como sancionadora de posiciones

sociales, frente a los cuales, a veces, no se puede responder o se responde transgresiva o violentamente (p. 38).

En otras palabras, es necesario comprender el sentido de la mirada de la comunidad y de las instituciones sociales asociado a la violencia de los jóvenes en conflicto, en el marco de una dinámica social de conflicto. En sus relatos, los jóvenes constantemente hacen alusión a una mirada anormal de la comunidad, frente a la cual se sienten incómodos: “Quisiera que me miraran normal, así como los miran a ustedes” (Grupo focal Los Menores de La Paz).

Es la sospecha de que en la mirada hay algo más que la literalidad del acto de ver, y que cree que más allá del simple encuentro de la ocasión, se encuentra representada la lucha de los imaginarios juveniles instituyentes y creadores; frente al imaginario social instituido, aceptado y establecido como modelo a seguir. Por un lado, se puede vislumbrar la mirada de un mundo juvenil que se asoma repleto de simbología; y, por otro lado, se observa la mirada establecida e instituida de la sociedad. Esta última se sostiene en el discurso dominante que asocia la violencia juvenil exclusivamente con los jóvenes pobres.

Si bien uno de los elementos destacables de la dinámica violenta de los jóvenes estudiados es la pobreza, la mirada que se propone en este estudio va más allá de una relación unidireccional y cuasi-ecuacional entre violencia y pobreza. En estos jóvenes hay algo más que el resultado de la escasez. En ellos la violencia, teniendo en cuenta perspectivas como las de Balandier (1997), es parte fundante de su existencia y permea el sentido de toda su existencia colectiva; es el producto de las fuerzas que los motivan y la herramienta a través de la cual ordenan y desordenan sus vidas.

La relación conflictiva entre los jóvenes y la sociedad (comunidad e instituciones sociales y políticas), que se vive en la mirada acuciosa, estigmatizadora y excluyente, es generadora de

violencia por las actitudes que excita en estos jóvenes con el propósito de reacomodar u organizar, pues lo que produce es cooptación. Ni la comunidad ni las instituciones están generando relaciones efectivas entre los individuos que las componen, tal como Mead (1973) entiende la interacción entre comunidad, instituciones e individuos:

Hay lo que he denominado "actitudes sociales generalizadas", que hacen posible la persona organizada. En la comunidad existen ciertas formas de actuar en situaciones esencialmente idénticas, y tales formas de actuar, por parte de cualquiera, son aquellas que excitamos en otros cuando tomamos ciertas medidas [...] Cuando provocamos esa reacción en otros, podemos adoptar la actitud del otro y luego adaptar nuestra conducta a ella. Existen, pues, series de tales reacciones comunes en la comunidad en que vivimos, y esas reacciones son lo que denominamos "instituciones" (p. 278).

Los miembros de las pandillas han creado su propia comunidad para habitar y dar sentido, por lo cual las relaciones con las instituciones sociales se encuentran mediadas por un cumulo de experiencias anfibológicas. La ruptura producida por la ausencia de espacios de comprensión y sentidos compartidos termina generando conflictos sociales, porque entre los jóvenes en conflicto y la comunidad no existen "coincidencias". Los unos no saben qué esperar de los otros; por eso, las instituciones pierden el sentido de su existencia: "(...) la institución representa una reacción común por parte de todos los miembros de una comunidad hacia una situación especial. Esa reacción común, naturalmente, varía según el carácter del individuo" (Mead, 1973, p. 278).

7.2.1. La mirada a la génesis y la dinámica del conflicto. Los jóvenes en conflicto de las comunidades estudiadas relatan el surgimiento de sus acciones violentas con un hecho

fundante de la conflictividad, como un hecho significativo registrado en su memoria colectiva.

Un joven en conflicto lo relata así:

Los pelaos de Pablo Sexto se metieron y nos robaron. Nos robaron todo el quinceañero. Nos metimos a Pablo Sexto y fue que se formó el conflicto, partieron casas y techos. Ellos volvieron a Palestina a hacer lo mismo, y fue cuando se encontraron a un muchachito que mataron. Eso fue al...mes más o menos. Sí, eso fue rápido, la primera pelea...muerto del lao de uno, de Palestina. Ese lo mató un muchacho que está preso, llamado el Penca. De ahí, todo se formó, que ahí habían antimotines, habían policías, habían de cuanta ley por ahí. No había nadie que aguantara, porque eso se opuso, como la comunidad donde uno vive, como la comunidad acá, porque fue un menor que mataron (Entrevista individual con Pablo, de Los Matarratas).

Esta mirada se configura como un antecedente histórico de los conflictos entre los estos jóvenes, y traza una ruta violenta sobre la cual los dirimirán. Un camino empedrado de odios y deseos de venganza sin fin, una cadena de sentimientos de autodestrucción, donde cada vida perdida se salda con otra.

Es una mirada que hace parte de las construcciones imaginarias compartidas por los jóvenes en conflicto, y donde, como lo explica Baeza (2004):

se reconocen estas figuras construidas de la realidad como parte de la experiencia social, la cual se comparte gracias a la comunicación, o si se quiere, gracias a la circulación siempre presente de buena parte de la experiencia llevada a cabo en común (p. 4).

Este primer momento para algunos de los jóvenes en conflicto se constituye en el mito fundante de la violencia entre ellos, pese a que con anterioridad a este ya habían ocurrido

algunos hechos de violencia. Esto denota la urgente necesidad de cargar con sentido el acto violento, ya que de una u otra manera les da significado a sus vidas.

El lenguaje historizante, a través del cual estos jóvenes construyen su realidad, está mediado por las circunstancias sociales y la apropiación que como individuos realizan miembros de la comunidad; pero, también, está relacionado con la construcción autónoma que los jóvenes en conflicto hacen de su historia. Esta historia es tan importante que permea las dinámicas de sociabilidad, y se convierte en un hecho que remarca la pertenencia a la comunidad. La vida en el barrio está ligada a las historias de las pandillas; es una pertenencia cargada culturalmente (Galtung, 1998). Así, la identidad se construye en la misma medida en que los sujetos en conflicto y la comunidad median la vida cotidiana a través del acto de hablar y contar su historia.

Hoy en día, este proceso de circulación de la experiencia social entre los jóvenes en conflicto se reproduce gracias a la disponibilidad de redes sociales y teléfonos móviles que les facilitan la propagación de informaciones e imágenes, prácticamente en tiempo real; divulgación que trae consigo el predominio de unos imaginarios. Según Cegarra (2012), en medio de la construcción de la identidad, tanto individual como colectiva, se da “una hegemonía de unos imaginarios sobre otros, producto de la legitimación que éstos adquirieron en el marco de su propia difusión, circulación y aceptación social” (p. 11). Por ello, dada la prevalencia del imaginario social de la conflictividad entre los jóvenes en conflicto (construido, además, a través de su propia difusión), se puede inferir que el relato marca un imaginario social dominante; y, en consecuencia, clave al momento de pensar en una propuesta de políticas públicas sobre pandillas en Cartagena.

7.2.2. La mirada de la comunidad. En términos generales, los jóvenes en conflicto tienen una percepción negativa de la mirada de la comunidad. Así se manifiesta en varios de sus relatos:

“La mamá de uno no nos ve mal, porque somos sus hijos, pero las demás personas nos ven a uno como unos bandidos, como unos rateros, como lo peor del barrio” (Grupo focal Los Menores de La Paz). “La comunidad, en vez de ayudarnos, lo que hacen es discriminarnos a uno, nos señalan. Uno siente el desprecio, el rencor” (Grupo focal Los Tóquenlo de Pablo VI Segundo). “Cuando uno a veces estamos peleando, a veces estamos corriendo por las calles, prefieren cerrarnos las puertas para que no podamos entrar, para que nos cojan” (Grupo focal Los Tóquenlo de Pablo VI Segundo).

Esta mirada de miedo, de inseguridad, es una reacción lógica de la comunidad. Es miedo real a la violencia que generan los jóvenes que hacen parte de las pandillas. Los vidrios rotos de las casas y el toque de queda habitual, generados por los enfrentamientos, dan cuenta de un escenario en el que las comunidades vienen a ser el tercero en conflicto. La violencia que ejerce la comunidad sobre la pandilla no es directa. Es la violencia que ejerce la mirada que juzga y desaprueba, y que representa la acción transgresora del Otro que generaliza el comportamiento juvenil (Galtung, 1998).

La mirada de la comunidad, entendida desde la visión de los jóvenes y cómo ellos la interiorizan, se convierte, así, en un elemento articulador: ser joven es ser violento. Las comunidades ponen sus ojos sobre estos jóvenes, que, invisibilizados en otros escenarios sociales, se sienten estigmatizados y convertidos, a su vez, en el estereotipo del estigma. Los “buenos muchachos” representan, de esta manera, el ideal de lo que deben ser los verdaderos jóvenes. Estar en la esquina, no estudiar, tirar piedra, vestirse de determinada manera, hacerse

determinado corte de pelo, hablar de cierta forma, son los elementos que constituyen la figura del miedo. Así, todos los jóvenes que se aproximen a esta imagen van a ser vistos por la comunidad, sean o no sean, como la representación de la violencia y la encarnación del terror.

Dadas las anteriores circunstancias, para efectos de interpretar la relación de la comunidad con los jóvenes en conflicto, asumimos el punto de vista de Mead (1973), según el cual: “la comunidad o grupo social organizado que proporcionan al individuo su unidad de persona pueden ser llamados ‘el otro generalizado’. La actitud del otro generalizado es la actitud de toda la comunidad” (pp. 170-171). Esto es, la actitud de la comunidad o “el otro generalizado” en el proceso de formación progresiva del individuo como persona y ser social, influye ineludiblemente en la imagen negativa que los jóvenes tienden a construir de sí mismos. Sin embargo, esta perspectiva no supone una construcción pasiva del ser joven o del ser en conflicto y violento, a la luz de la mirada y estigmatización de la comunidad, que como ya mencionamos, se ampara en relaciones factuales con el miedo. La resistencia de los jóvenes se expresa claramente en la construcción de nuevos imaginarios sociales, de nuevas formas de estar, ser y sentir-se en sociedad.

Finalmente, siguiendo a Baczko (referenciado por Cegarra), se colige que la mirada de la sociedad, que sanciona la acción de los jóvenes en conflicto, proviene de los valores y normas que ella produce y, por consiguiente, de los sistemas de representación que los fijan y los traducen:

(...) con los imaginarios la colectividad define su identidad construyendo su propio sistema de referencias. Así el imaginario regula la acción social. Designar esa “identidad colectiva” implica consiguientemente “marcar su territorio, y las fronteras de éste, definir sus relaciones con los otros, formar imágenes de amigos y enemigos, de rivales y aliados;

del mismo modo, significa conservar y modelar los recuerdos pasados (Cegarra, 2012, p. 8).

Desde esta atalaya, tenemos una vista panorámica del conflicto de los jóvenes en conflicto con sus comunidades: sus imaginarios de comunidad y de identidad colectiva no son los mismos que los de sus barrios y vecinos; aún más, están en conflicto, ya que por dentro han reconfigurado el territorio, creando fronteras imaginadas. Esta conflictividad entre los jóvenes pertenecientes a las pandillas y la comunidad es otro eslabón que se suma a la cadena de resistencia al diálogo o encuentro para hablar de paz, y que nubla sus mentes de cara a una salida pacífica.

7.2.3. La mirada a las instituciones públicas. Las instituciones referenciadas por los jóvenes en conflicto de Cartagena fueron la Alcaldía Distrital, la Policía Metropolitana, la Secretaría del Interior y Convivencia Ciudadana, y la Asociación para la Reeducción de los Menores Infractores de la Ley Penal del Departamento de Bolívar (ASOMENORES). En términos generales, la mirada de los jóvenes en conflicto frente a las anteriores instituciones es de desconfianza e incertidumbre, por lo cual desestiman su eficacia como actores legítimos en la transformación de los escenarios de violencia.

Así, la actitud, el pensamiento y las acciones de algunos representantes de estas instituciones estarían en contravía del significado de institución que, en palabras de Castoriadis, significa “normas, valores, lenguaje, herramientas, procedimientos y métodos de hacer frente a las cosas y de hacer cosas y, desde luego, al individuo mismo” (Erreguerena, 2002, p. 67). En consecuencia, estarían contribuyendo indirectamente con la formación de grupos de jóvenes en conflicto.

Tal como lo muestran las miradas de los jóvenes en conflicto, el aumento de su conflictividad está asociado a imaginarios sociales de múltiples violencias; pero también, estimamos, es producto de la captura de políticas públicas por parte de la corrupción estratégica. Según Villamil (2017), “la corrupción estratégica se presenta cuando un potencial gobernante compromete una futura administración a cambio de la financiación de su campaña y luego cuando está administrando, entrega las políticas públicas prioritarias a ese actor estratégico que lo financió”.

En particular, este fenómeno afecta la implementación de políticas públicas y la disponibilidad de recursos y proyectos para los grupos de jóvenes en conflicto de Cartagena, tal como aparece relatado en varias de las entrevistas realizadas. Así, la mirada de Pablo frente a la acción de los agentes de Policía que, según él, les venden armas de fuego a los jóvenes en conflicto, evidencia la marcada susceptibilidad frente a esta institución:

La misma policía llega y entonces va a buscar uno del barrio y se lo pone a trabajar y le entrega el arma, y si me la quita a mí, se la entrega a otro del barrio. Se lo quita, pa' no meterlo preso se queda con él, y después se lo vende a otro, que de pronto esté trabajando con él, en cosas así (Entrevista individual con Pablo, de Los Matarratas).

Esta supuesta fuente de aprovisionamiento de armas a jóvenes en conflicto a través de agentes de Policía, estaría deslegitimando su acción institucional como fuerza pública, al contribuir con el escalamiento de acciones delictivas y de violencia. Sin embargo, las posibles relaciones entre la Policía y estos jóvenes son aún más preocupantes por las reacciones en cadena que traerían consigo, si las analizamos a través de la mirada de Mead (1973):

Las instituciones, los modales o las palabras presentan, en cierto sentido, las costumbres vitales de la comunidad en cuanto tal; y cuando un individuo actúa hacia otros, digamos, en

términos económicos, está provocando, no simplemente una sola reacción, sino todo un grupo de reacciones relacionadas (p. 281).

Se da, entonces, además, la instrumentalización de las instituciones públicas, las cuales los jóvenes verán como fuentes de financiación del conflicto, para comprar armas y municiones y, en el peor de los casos, para profesionalizar el crimen.

En esta misma línea, con respecto a la Secretaría del Interior, un joven en conflicto la mira como proveedora de recursos utilizados para comprar armas:

Los recursos los cogen para comprar armas, como unos que los cogen para comprar mercancía. Como hay unos que compran revolver, así como les digo. Las ayudas sirven para continuar desde la delincuencia o que otro se meta en eso. Todos compraron, todos tienen más que, mejor dicho. Tienen más de 4, no le digo 4 que tienen, son 24 tiros que no es así de fácil, eso está pesado, esta pesado, ahorita fueron los de la Secretaría [del Interior] para que cogiera periódico, eso está pesado, ha visto bastante tiroteado y todo (Entrevista individual con Pablo, de Los Matarratas).

La significancia de esta mirada radica en que las armas, revólveres y municiones supuestamente comprados con los recursos de la Secretaría del Interior, estarían siendo utilizados contra pandillas rivales, lo que aumentaría la frecuencia de los ataques y, por consiguiente, las víctimas.

Así mismo, Yerry mira a la Alcaldía Distrital como proveedora de recursos, los cuales serían vendidos para financiar, igualmente, la compra de armas de fuego:

(...) habían dado un poco de cementos, la Alcaldía, yo no sé, y todo eso lo vendieron por revolver, por un poco de balas. Hace 12 días hicieron eso, y según iban a montar una ferretería y allí le llevarían las cosas, eso salió creo que fue de Manolo. Tal vez la

comunidad de ellos no había tomado la iniciativa de llegar y presentar el grupo, pero como los de Palentina y los de Pablo Sexto ya identificaron como sacarle los recursos al distrito, a través de esta problemática lo están haciendo y están utilizando eso para venderlos y comprar armas (Entrevista individual con Yerry, de Los Menores).

Desde la mirada de este joven de Los Menores, los jóvenes en conflicto de Palestina y Pablo Sexto Segundo aprendieron a obtener recursos de algunos proyectos, para luego venderlos y seguir alimentando la violencia. Esta circunstancia podría estar cambiando el relativo equilibrio de poder territorial y de fuerza entre las pandillas, acelerando su conflictividad y aumentando las acciones violentas; y posiblemente, sería el motivo del sentimiento de temor tácito, ya que estarían viendo cómo algunos reemplazan sus armas artesanales (changones) por armas más modernas.

Pero aquí hay algo más. En este imaginario se encuentran elementos claves de la construcción yoica del sujeto, tal como lo explica Cerbino (2004):

(...) el imaginario es un conjunto complejo de procesos de identificación y proyección con “los otros”, que va conformando y construyendo la estructura del yo (yoica) del sujeto, su posición frente al otro, sus sentimientos de satisfacción y frustración, su acomodamiento en las relaciones sociales, el reconocimiento, la visibilidad y afirmación de la dimensión de la persona (p. 33).

En términos concretos, es bueno recordar que la construcción de la estructura del yo de Yerry, por ejemplo, sólo se puede comprender asociada a determinadas condiciones problemáticas complejas de odio y violencia, así como de mecanismos de inferiorización, de exclusión o marginación, que en últimas conspiran contra las posibilidades de diálogo y paz.

Por último, un joven en conflicto mira a ASOMENORES como una institución cuyos programas de desintoxicación y reclusión de jóvenes adictos, según él, son ineficaces:

Hay pelaos que están internados y cuando salen, salen es más ansiosos todavía. Entonces, qué vale estar internado uno por dos meses, para cuando ya llevan en un mes estoy en lo mismo. Te internan para desintoxicarte, pero cuando sales, encuentras lo mismo y quizás más ansiosos, porque tiene ratos que no la consume. Y ahora vuelve y consume (Entrevista individual con Pablo, de Los Matarratas).

Esto explicaría el consumo de nuevas sustancias y el aumento de la conflictividad de “los pelaítos” en sus propias comunidades. Para comprender la complejidad de estos fenómenos, nada mejor que la mirada del Centro Nacional de Memoria Histórica (Bello, 2013, p. 52), cuando afirma que no hay que subestimar el cambio cultural que ha dejado el narcotráfico en Colombia.

7.2.4. ¿Qué me miras?!: Cuando la mirada se vuelve violencia.

“(…) lo he sentido, porque antes la sociedad me mira de otra forma, la sociedad viene siendo la comunidad que estamos claro, me mira de otra forma, yo sentía que no me hablaban, yo sentía era el desprecio, ¿si me entiendes?”.

Pablo, de Los Matarratas

Las prácticas violentas de los jóvenes en conflicto están adscritas en relación con el otro, y de qué manera la sociedad en general y la comunidad específicamente los ven. Esta mirada del Gran otro se encuentra en conflicto con la forma como ellos quieren ser vistos. Invisibilizados socialmente, excluidos de la oferta económica y cultural; estigmatizados por la escuela, los

medios de comunicación, la comunidad; con vínculos rotos con la familia, estos jóvenes prefieren ser vistos como personas fuertes; luchan con la sociedad y la comunidad, que los ve como seres débiles, en riesgo y, en últimas, terminan desdibujados como sujetos histórico-sociales. Ante las anteriores circunstancias, el joven se expresa en una lucha que va más allá de la violencia directa (Galtung, 1998). El joven en conflicto mantiene una lucha constante en contra de la mirada del Gran otro.

Una mirada en el barrio, cruzando la esquina, que se cruza hilarantemente o de manera agresiva a la mirada del otro, puede generar todo un haz de significaciones cargadas de sentidos diversos, en contraste con la identificación que tengan los sujetos que se cruzan. Así, las miradas de dos jóvenes miembros de un mismo bando producen alegría, seguridad y estabilidad emocional, camaradería. Mientras que la mirada de enemigos proclamados o potenciales enemigos –el otro extraño– golpean y agitan la vida del joven, al convertir el gesto de mirar en una circunstancia de reconocimiento.

Otra vez, la pandilla encuentra su sentido de la vida en convertirse en hombres de respeto que no se les puede “coger de soda”; o, en otras palabras, sujetos que no se pueden tomar a la ligera. Ellos quieren que los miren como individuos a los que hay que tratar con cuidado. Todo el significado cargado de emociones que trae la idea de que alguien más –desde afuera– puede controlar y delimitar su vida, hasta administrar la fatalidad de la misma, se enfoca en la mirada que condiciona y reprime.

Por lo anterior, cualquiera no puede ser parte de la pandilla. Todos tienen que demostrar su capacidad de “frentear el corte”, su habilidad para ganar el respeto y proteger a los suyos. Así, la violencia se convierte en una herramienta de empoderamiento, ya que por medio de ella sienten que puede construir una imagen de sí mismos en la que deciden sobre la vida y la muerte.

Es por esto que la violencia es utilizada como un mecanismo de significación social (Cerbino, 2004). Frente a la ruptura con la familia, la escuela y el mundo del trabajo, y la inferiorización subsecuente a esto, se apela al uso de la violencia para construir la identidad a través de la superioridad que genera el ser violento. Se crea un tiempo paralelo, que fluye en la violencia, y en el que se enfrenta la exclusión reemplazando lo que no se tiene: lo que no se encuentra en el hogar se permuta en el “boro”, con el grupo.

Dentro de la pandilla se puede construir una posición reconocida en el espacio social, sustrayéndose a la mirada que los percibe como desviados, como “ovejas negras”*. El joven busca refugio en una comunidad que lo cargue de sentido. Igualmente, lo que no se consigue en la escuela, lo encuentran en la calle, que se convierte en la escuela del miedo y del temor (Perea, 2007b). Y, por último, la legalidad que no se halla en el trabajo como fuente de satisfacción de sus necesidades, queda reemplazada por la ilegalidad del actuar delincuencia.

Para los jóvenes, la mirada resulta ser más de lo que ellos creen o de lo que pueden entender; de ahí su carácter catalizador. Al no saber qué significados –compartidos– contiene una mirada, corresponde entonces llenarla de significancia; con lo cual, la mayoría de las veces, se puede incurrir en irrespeto. Para Cerbino (2004), “la mirada desborda nuestra normal capacidad por tener un carácter significativo difícilmente circunscribirle con claridad y no asociable a un significado determinado” (p. 38).

La mirada engloba el sentido pragmático de los imaginarios sociales, al ser productora de desorientación en el acto de interacción, al no ser comprensible lo que se quiere comunicar o compartir. Por eso, la mirada puede ser comprendida como la dramatización muda del acto de

*La expresión “oveja negra” alude al modelo desviado de reconocimiento y aceptación social. Estas son expresiones que ha utilizado Zúñiga (2014) para explicar los mecanismos de exclusión y condicionamiento social de las instituciones sociales y el Estado, para controlar, cooptar o eliminar a los jóvenes violentos que, a todas estas, muestran la deformación de la sociedad.

comunicarse. En la mirada, el sentido se encuentra suspendido, lo que dificulta para los individuos la comprensión general de lo que se quiere transmitir, y hace más propicio el escenario para el actuar violento, ya que abre paso a la interpretación variada de los sujetos que se cruzan.

Para Goffman (1959), “si la actividad del individuo ha de llegar a ser significativa para otros, debe movilizarla de manera que exprese durante la interacción lo que él desea transmitir” (p. 42.). Por lo cual la mirada genera una situación tan incómoda para ellos, ya que no puede interpretar al otro que, para ellos, se muestra altanero ante el silencio de la mirada. Por eso, para calmar la insoportable ausencia de sentido instantáneo, entonces recurren al acto violento.

Como expresa Cerbino (2004), en la violencia juvenil se puede ver dos fuentes: por un lado, la incompreensión al momento de interpretar la práctica social del otro –de traducir la interacción social–; y, por otro lado, la ausencia de herramientas simbólicas, que son las que generan una forma de mediación más amena, más soportable. Según el enfoque del autor en mención, el problema viene de la imposibilidad de apalabrar la mirada.

Por otro lado, esta mirada también genera molestia, porque representa la visión inquisidora, cuestionadora y denigrante del Gran Otro. Es la mirada del *status quo*, que se pone enfrente de los actores juveniles y recalca ciertos atributos como inapropiados para medir la acción de los jóvenes, y señala acciones de los jóvenes que desencajan del discurso dominante: “Nos miran como unas personas raras... Como bandidos... Nos ven, así como “este me quiere atracar”... Ay, como los vigilantes ahora que veníamos entrando, nos hicieron el propio “stop”: quédense ahí, relájense, ¿para dónde van?” (Relato de jóvenes en conflicto en grupo focal con Los Menores, realizado en la Universidad de Cartagena)

Esta percepción de la mirada como elemento transgresor del yo y generadora de violencia, que se cruza con la construcción de la identidad a partir de cómo los ven los demás, tiene un enfoque mucho más complejo. No es sólo la mirada; también está el malestar que genera el que no mira. Con respecto a esta última mirada, la forma de ser, pensar y actuar de estos jóvenes expresa el malestar del mundo juvenil, que reacciona de manera violenta a la invisibilización de los ojos de la sociedad que no los ve, porque no desea hacerlo (Galtung, 1998).

7.3. La Violencia como Forma de Vivir

7.3.1. Dialéctica amigo-enemigo. Empecemos con la pregunta que formula Castoriadis (2004) en torno a las raíces del odio y del racismo: “¿Precisa la sociedad establecer a otro para establecerse a sí misma (si es preciso, inventarlo)?” (p. 213). Como respuesta, el autor sugiere que las sociedades están obligadas de todas maneras a instaurar al otro (así no lo precisen, parece decir), ya que esta es la única manera de autoafirmarse. En resumidas cuentas, para este pensador las sociedades se auto-instituyen y en la medida en que se desarrollan se cuestionan a sí mismas. Por esta razón, dado que internamente las sociedades tienen un profuso sentimiento de autoconservación, la cuestión de la validez o legitimidad de sus instituciones se originará desde afuera –a partir de otra sociedad que se le enfrente– o desde adentro –cuando los individuos de esa sociedad cuestionan el todo social y sus instituciones–.

Para Castoriadis (2004), entonces, lo que determina la configuración de las sociedades y, por consiguiente, las características de los individuos que las conforman, es “esta manera particular de constituirse poniendo al otro en el sinsentido o excluyéndole y esta incapacidad de

excluir al otro sin desvalorizarlo y finalmente odiarlo” (p. 213). Así, finalmente se comprende que el sujeto social intenta crear un mundo de sentido, siempre con el objetivo de llenar el vacío o el abismo; aunque, en muchos casos, como señala el propio Castoriadis, esto derive en el ascenso de la insignificancia. Esto no sugiere, de ninguna manera, una valoración de la realidad social a la manera estructuralista; por el contrario, se da la revalorización del sujeto como actor activo en la construcción de sentido (Castoriadis, 2004).

Por lo tanto, en cuanto a la constitución de la pandilla, esta tiene una connotación notable en la consecución del sentido individual del joven. Frente al vaciamiento de sentido y la caída en la insignificancia producida por la crisis de referentes simbólicos sociales tales como la familia, la comunidad, el mundo del trabajo y el mercado (Valencia, 2009), la pandilla representa para los individuos juveniles, por un lado, la apostasía del estereotipado referente antropológico con el que la concibe el mundo adulto, para el cual los jóvenes son concebidos como “el futuro de la sociedad”; y, por el otro, la pandilla permite la adopción de un modelo de ser joven desde la violencia, a causa de la depredación de los referentes de sentido. En relación con lo anterior, dice Cerbino (2014):

(...) la pandilla es como un juego social, como dice Bourdieu (...) Es un juego de identidad
 (...) La búsqueda de no ser indiferente, sino precisamente de marcar una diferencia (...)
 Significa estar dentro (...) Pone apuestas simbólicas e imaginarias (...) La pandilla
 significa sentirse dentro de lo distinto (p. 54).

El joven en conflicto, en paralelo con la construcción de su propia identidad, se ve condicionado a crear al otro, al enemigo con el cual se va a comparar*. En la acción de las

*Castoriadis señala que el debate de si las sociedades instituidas pueden ser comparables o no es muy complejo, porque demarca qué es válido y aceptable y qué no. Por ende, en el tema de las pandillas, el análisis se concentra en interpretar las formas y los medios como los jóvenes producen su mundo de sentido, y nunca si este sentido es

culturas juveniles se presenta un contraste entre la búsqueda de sentido generada por las interacciones sociales* y la ausencia de escenarios de protagonismo. Es así como la ausencia de políticas juveniles institucionales para la generación de espacios y tiempos de construcción identitaria acordes con las necesidades juveniles, produce un vaciamiento en cuanto a los sentidos que construye el joven de sí mismo (Cerbino, 2004, p. 68). Lo anterior lleva al joven a generar sus propios espacios y tiempos, pero no al margen de la sociedad, sino en paralelo con esta. El facilismo marcado en las acciones de los jóvenes adscritos a pandillas, la viveza como *principium* de su accionar, encuentran sus raíces en la corrupción como modelo del comportamiento social y político de las sociedades en las que vive (Cerbino, 2004, p. 53).

Así, por ejemplo, la envidia como mecanismo de proyección simbólica del odio hacia el otro, es la prueba del reconocimiento propio a través del deseo incontrolable de arrebatarse al “enemigo”, lo que Cerbino (2004) llama, sus “signos prueba”**. Tal como lo muestra Emerson –uno de los animadores más antiguos del conflicto–, para estos jóvenes el prestigio y el respeto influyen en el sentimiento de envidia y produce violencia:

Todo el conflicto violento empezó, pues yo tenía una amistad con ellos, pero ellos no han sido cotizados, o sea, los de acá arriba [Los Matarrata] siempre le tenían rabia a los de abajo [Pablo VI Segundo] (...) Entonces ellos como los sábados y domingos uno se vestía y ellos no, pues ellos andaban normal, eso los llenaba a ellos de odio y comenzaban a tirarnos frases y cosas así y, ajá, ahí empezó todo. Hasta un día que fui arriba y me bajaron

válido o cuestionable. Aquí lo que se quiere es comprender los sentidos que subyacen en la construcción de los significados socialmente compartidos por los jóvenes en conflicto, no señalar sus prácticas sociales y culturales.

*Muchas de estas interacciones están vinculadas u opuestas a las imágenes que otros hacen de ellos; los estereotipos como el de “vago”, “dañados”, “sin oficio”, etc., representan esquemas que generan una mirada obtusa en torno a la realidad juvenil.

**Los “signos prueba” en Cerbino (2004) se refieren a los elementos que le permiten al joven en conflicto mostrarse y que, al mismo tiempo, pueden interpretarse como el motor de la búsqueda por el respeto; y, por ende, como generadores de conflictividad.

a piedra y ahí fue donde empezó la problemática con ellos (Entrevista con Emerson, de Pablo VI Segundo).

La violencia les sirve a estos jóvenes como escenario de encuentro con el otro, que reafirma su existencia, sintiendo la constante necesidad de crear y recrear al enemigo sin el cual no puede ser quien ha llegado a ser. La vida de estos jóvenes converge en torno a la dialéctica amigo-enemigo, cargando de significados propios el territorio y deviniendo el joven en un guerrero que se ve a sí mismo como protector de su “pedazo”. Pero, además, el joven se asegurará de proteger los márgenes de sentido que le dan significado tanto a sus prácticas culturales, como a sus experiencias espaciales: “Uno somos los que cuidamos todo ese pedazo por ahí... porque ellos les vienen a partir las casas y uno busca que no lo hagan” (Grupo focal Pablo VI Segundo).

El joven en conflicto le da sentido a su vida creando fronteras imaginarias e inventado un enemigo que quiere transgredirlas. En esta búsqueda de sentido, él estrecha su relación con objetos que le permiten defender su territorio y su propia vida, al convertir cuchillos, armas hechizas artesanalmente, etc., en prótesis, extensiones de su cuerpo.

En estas dinámicas de reconocimiento que el joven en conflicto utiliza como visibilización, la violencia se convierte, a su vez, en agente promotor. De esta forma se logra comprender por qué algunos jóvenes que no tienen razones inmediatas para sentir resentimiento hacia otro en particular, terminan transgrediéndolo, reclamando la imagen que se vio desdibujada por la acción del *otro generalizado*, con el que lo asocian. En ese preciso momento, la imagen que el joven cautelosamente ha venido creando de sí mismo, soportada sobre la valentía de sus acciones en las peleas, la fuerza de su nombre o apodo, todo lo que evidencia su cuerpo y se ha convertido en su ser, ha sido trastocado por alguien que lo borró, que le quitó peso y lo sumió en

la insignificancia. Esto explicaría el relato de Yeison, un joven que cuenta cómo, antes de participar activamente en la conflictividad, fue agredido sin razón aparente:

Que yo estaba en una fiesta y el pelao dijo: “no, que el que sea de La Paz, pelee o no pelee, lo casco”. Como yo era de La Paz me tiró la puñalada y me la pegó, yo estoy pegado en una pared, y que cuando el parte la botella me manda la primera pa’la cara, yo le meto el brazo y me pega la de aquí [señala]. Después, me tira la otra; también le meto el brazo y me hizo un visaje aquí... Después me tira la otra, después ya me dio distancia de separarme de la pared, me tiro un poco y yo se las sacaba y partí una botella y cuando le partí la botella que me le voy, a él se le daña el pico de botella, cuando yo me le voy me sale uno con un 38 del baile y me tocó correr para abajo (Entrevista individual con Yeison, de Los Menores).

De igual forma, en medio de la construcción del otro como enemigo, las razones se muestran superficiales, denotando la levedad y lo circunstancial del conflicto en sí mismo. Así, un joven en conflicto dentro de un grupo focal intentaba explicar cuáles eran las condiciones que debía cumplir un individuo de la comunidad para convertirse en un enemigo, en una “culebra”:

Van creciendo, es como ahora: tú los ves aquí ya, un pelaito [...] Y ya, ellos crecen y ya, ellos dicen: “Son de allá, son familia”, y le dan, porque son de allá [...] Y ya, “algún día”, dicen, ya; y le dan porque na’ más por quererle dar le dan, porque son de allá, pa’ que se metan a pelear (Grupo focal).

En el ascenso de la insignificancia, las prácticas culturales de estos jóvenes se muestran desde la construcción imaginaria del enemigo otro, que lo configura desde la conflictividad y la demarcación –igualmente imaginaria– de fronteras invisibles que se convierten en territorios de sentido. La frontera que divide el amigo del enemigo, que es construida imaginariamente, es una

línea tenue que representa la depredación misma de los ideales de identificación y la decadencia de los sujetos antropológicos que construyen socialmente la sociedad y sus instituciones.

7.3.2. Violencia juvenil. El joven que hace parte de una pandilla surge como actor violento en una sociedad disfuncional, marcado por la fractura entre las instituciones sociales y políticas y los individuos, y condicionado por un Estado fallido que lo lleva a instaurar paralelismos como estrategia de resistencia. El joven en conflicto es un subproducto de los anhelos rotos por la marginación social y la exclusión tanto económica como cultural, por parte de quienes detentan los valores e imaginarios hegemónicos. En medio de este panorama se encuentra al sujeto juvenil con un fuerte deseo de construir su identidad. Sin embargo, las instituciones sociales, el Estado y el Mercado, encargados de proporcionar los esquemas identificatorios, le brindan modelos de representación identitarias alejados de las posibilidades de estos jóvenes, ya sea porque no compaginan con sus verdaderos deseos y anhelos, o porque no cuentan con los recursos económicos y culturales para acceder a los modelos estéticos y éticos contruidos por el mercado para los jóvenes de las sociedades contemporáneas de consumo.

Estos imaginarios en conflicto, en la lucha por el poder, o en la búsqueda de respeto, en el lenguaje de Bourgois (2010)*, conllevan a una constante pugna: los marginados, poco a poco, y muchas veces de manera violenta, negocian o sustraen los significados que la sociedad en general les niega. En el sentido estricto de la lucha por el poder con las instituciones (el Estado, la Policía, etc.), el joven en conflicto busca capturar su identidad por fuera de la ley y el orden social.

*En su libro *En busca de respeto*, Bourgois realiza un estudio etnográfico en el que interviene en el mundo de la vida de los vendedores de drogas del sector popular de Harlem, en New York, confrontando las acciones de los narcotraficantes con ciertas condiciones sociales que las producen: “Los personajes de este libro no son ‘otros exóticos’ habitantes de un mundo irracional aparte, sino productos ‘hechos en los Estados Unidos’” (p. 323).

Los jóvenes en conflicto, desde esta óptica, producen sus propios imaginarios sociales*, en contraposición a una sociedad que los busca configurar de manera exógena, sin tenerlos en cuenta. Así, basándonos en la hipótesis de que sus vidas y la manera como “arman” su mundo responden a condiciones sociológicas y al sustrato simbólico imperante en los jóvenes, sostenemos que este reino de lo simbólico es el que lleva a los jóvenes en conflicto a construir un mundo al margen; lleno de líneas divisorias imaginarias y de tiempos paralelos que hacen soportable la vida cotidiana, repleta de aburrimiento, desorden, carencia de oportunidades, miedo y vacío.

Por otro lado, sostenemos que la violencia que le sirve de sistema identificador al joven no es netamente un producto suyo, y en muchos casos no es un rasgo que los distinga del mundo adulto, marcado en parecidas proporciones por la violencia, la criminalidad y la muerte (Perea, 2005).

Es claro que la violencia juvenil no subyace al joven como si de esencias primigenias se tratará, sino que, paradójicamente, es promovida de manera exógena, y se constituye a partir de los estigmas sociales y la mirada del Gran Otro, por un lado; y la necesidad de buscar respeto entre sus pares, por otro lado.

En cuanto a la interpretación que se hace de la violencia juvenil, es necesario cambiar la configuración que se tiene de esta, asumiendo que no hay ecuaciones ni posturas lineales a partir de las cuales se pueda entender el fenómeno. Según Cerbino (2004) no hay una relación directa entre ser jóvenes y las probabilidades de ser delincuente, y mucho menos en relación con la

*En la práctica, pensamos que comprender los sentidos y significaciones que marcan las vidas de estos jóvenes es necesario si se quiere intervenir transformando positivamente las dinámicas del conflicto violento de las pandillas. Para esto es necesario comprender el fenómeno como un problema colectivo. En contraste, si se atiende el problema de la violencia de pandillas como un tema individual, entonces se pasará a resolverlo (si acaso esto es posible) individualmente, mediante la penalización, la sanación o el embellecimiento, procesos en los que a los jóvenes se le convierte en “los que no caben”.

pobreza o las circunstancias familiares. Este fenómeno complejo –entendido en el sentido de Edgar Morin como algo que se teje junto– no puede comprenderse desde una sola perspectiva (Cerbino, 2004. p. 14). A causa de esto, y a partir del estudio que hace de jóvenes pertenecientes a pandillas en Ecuador, Cerbino (2005) utiliza el concepto de *desviación* de Goffman*, para entender la violencia juvenil de las pandillas como un fenómeno que puede presentarse ante la estigmatización reiterada y el prejuicio. Finalmente, el ser joven se entiende como un actor social desviado y, a medida que va configurando su identidad, tenderá a recibir el reconocimiento de los otros como tal; en otras palabras, interiorizará la mirada del otro como un patrón de conformación del Yo.

Esta circunstancia se puede observar en el relato de iniciación de Yerry. En su narración, este joven menciona que al principio él se mantenía alejado de las peleas y la violencia, pero debido a varios ataques, se vio obligado a reaccionar y buscar apoyo de otros que lo introdujeron en un mundo de marginalización:

(...) o sea, yo no empecé a pelear, sino que... Lo que pasa es que yo vivía en El Campestre, y cuando me mudé al barrio La Paz ya los de Palestina contra los de La Paz tenían su roce... Ellos no me decían nada, sino que me miraban raro y la vaina, después fue pasando el tiempo y me cogieron... El Leider, de Palestina, y que: “No, que tú eres de la Paz”, que no sé qué. Sacó una navaja... Cuando sacó la navaja, yo nada más corrí, y me pegó la puñalada aquí... [Señala] Yo le dije: “Pri, todo bien, ya”... Ya después, al tiempo, me cogió otro de Palestina: “No, que tú también eres de La Paz”, me pegó otra por aquí.

Después, el Borracho: “No, que tú eres de La Paz”... Entonces me querían coger de soda y

*En Goffman (1991), la *desviación* se refiere al *alejamiento* del individuo o del grupo respecto del *modelo*, entendido este último como “un orden social donde la actividad distinta de diferentes actores se integra en un todo coherente, permitiendo el desarrollo, consciente o inconsciente, de ciertos fines o funciones globales” (Goffman, 1991, p. 92). En resumen, en su teoría de la desviación se entiende que quien transgrede constantemente el orden establecido y las normas sobre las cuales se esgrime la sociedad, se ha “desviado”.

ya eso no es así, ya... Me va a tocar pelear pa'que ahora sí la vaina sea a lo serio, porque me quieren coger de soda, ya... Y ya desde ahí comencé a pelear con ellos (Entrevista individual con Yerry, de Los Menores).

Lo anterior engendra un problema que está entrelazado con sus propias causas, ya que el joven en conflicto que se inicia en la violencia como respuesta ante unas lógicas de violencia generalizada en su contexto, termina por instrumentalizar la violencia misma con el objetivo de encontrar respuesta a sus insatisfacciones y sueños rotos.

El joven se encuentra con la violencia como signo distintivo de las pandillas y, a su vez, como mecanismo dador de prestigio. Por ejemplo, el uso de sobrenombres y las mitologías en torno a ellos (historias alrededor de estos seudónimos), constituyen el desencadenante de una búsqueda vertiginosa y desesperada por cargar su vida de respeto y poder. Señala Cerbino (2004), en relación con lo imaginario de estas conflictividades, que “lo que se quiere es poder afirmarse a los ojos del otro, como alguien que es digno de él o, incluso, superior a él” (p. 35).

Asimismo, la violencia puede ser utilizada por el joven como el lugar en el que desata su energía, en el que puede desfogar sus frustraciones; de los pocos momentos en los que su vida tiene sentido. Para Perea (2005), la violencia, por ende, es la respuesta de los jóvenes a un mundo que fue configurado sin tenerlos en cuenta y que, por consiguiente, no se sienten preparados para habitarlo. Por ello, ante la desesperación, construyen sus propios medios, haciendo del territorio y del grupo los mecanismos que les dan acceso al respeto. Conseguir el territorio, apoderarse de este con la pandilla que parcela, son las llaves para conseguir el respeto.

Luego entonces, llegado a este punto, el joven tiene una motivación para ser violento y reconocerse como tal. Proteger el territorio de la afrenta del enemigo-construido*, para que no

*La relación amigo-enemigo, que se abarca en el anterior numeral, da cuenta de las relaciones imaginarias simbólicas que anteceden la construcción de la identidad, y que muestran como el individuo se va a edificar

afecte el prestigio que ha obtenido la pandilla en la comunidad, con el paso del tiempo se convierte en la licencia para generar el terror y el miedo. Por lo tanto, la violencia es instrumentalizada con el objetivo de ser visto, aceptado –aunque odiado o temido– por los otros; en definitiva, recargan el valor de arriesgar la propia vida con el propósito de seguir vivo*. Como sostiene Perea (2005):

Nadie mata con entera gratuidad. Hasta el joven sicario de los años 80 cumple su mortífera tarea justificada en el bienestar que recibirá su madre con la paga de su “oficio”. El morirá, nada importa; ella le recordará, razón suficiente para mitigar el sinsentido y la muerte. Lo mismo, los pandillos atizan su crueldad abrevando de la imagen dibujada por la búsqueda de <respeto>. Fue enunciado, <se matan por tenerlo> (p. 130).

Esta marca de violencia en los jóvenes se puede ilustrar en la explicación que da Pablo a las motivaciones de los enfrentamientos: “(...) peleaban por lo que de pronto si tú tenías una ropita más bacana que los otros de allá, se enamoraban; o si tú le enamorabas las muchachas de allá, ellos se ofendían y venían en contra de uno” (Entrevista individual con Pablo, de Los Matarratas).

Como se puede observar, los jóvenes, en general, tienen ansias de forjar su identidad; sobre todo en la adolescencia, etapa en la que tienen un fuerte sentimiento de proximidad con el futuro y sus proyectos de vida. Muy a su pesar, la sociedad, la comunidad, la familia y el mercado no les ofrecen arquetipos positivos de diagramación de la identidad. Por esta razón, terminan replicando las dinámicas de violencia que observan del camino del hogar a los

mediante circunstancias “insignificantes”. No hay razones *pesadas* para enemistarse, o por lo menos no significativas, sin embargo, construir un enemigo, al cual transgredir, es clave si se quiere ser visible.

*Estar vivo para estos jóvenes tiene un sentido más vital, más antropológico, que el de tener signos vitales, y significa ser alguien con historia, un referente.

contextos sociales, y subsanando la incapacidad de acceder al “cuerpo perfecto”^{*} (Zúñiga, 2008) que vende el mercado; gestionan sus propios valores estéticos, a veces desde el robo, el microtráfico y, en general, desde cualquier forma de criminalidad amateur.

Con todo, los jóvenes en conflicto de nuestra investigación viven un complejo desencantamiento o vaciamiento de los procesos culturales. Estos no se identifican ni se reconocen por su ropa, o por sus accesorios; tampoco son los tatuajes o la manera de llevar el cabello los rasgos que los determinan. Estas características, que no son marcas específicas ni símbolos de reconocimiento grupal entre ellos, son rasgos compartidos de manera indistinta por otros jóvenes de la comunidad y otras agrupaciones juveniles en la ciudad.

De ahí que a nuestras pandillas los nombres *código* o apodos, la pertenencia al barrio, como figuras moldeadoras de un ser dispuesto a luchar por el respeto, sean los elementos que los identifican.

De igual modo, entre ellos mismos se da el reconocimiento, porque se han visto en las peleas; esto es, porque reconocen los rostros en medio de la violencia; o porque la pertenencia a un territorio los ubica en un espacio de pertenencia y, en muchos casos, ese espacio los mantiene cohesionados como grupo^{**}. Es tan complejo el escenario de indistinción, que ni siquiera rastreando el lenguaje se encuentra la clave. Hay jóvenes que no hacen parte de pandillas y ni siquiera son violentos, pero hablan como “pandilleros”.

En consecuencia, creemos que la clave en la caracterización de estos jóvenes está en la acción violenta. Al fin y al cabo, la violencia con la que se encararan los conflictos determina la identificación y pertenencia de estos jóvenes; es lo que les da sentido a sus vidas.

^{*}Zúñiga (2008) utiliza la expresión *cuerpo perfecto* para referirse a los esquemas de identificación estéticos exigidos por el mercado.

^{**}Al mismo tiempo, otros rasgos distintivos, aunque imperceptibles a la mirada lejana, son las heridas en el cuerpo, las cuales son las evidencias orgánicas de la tragedia y la violencia.

La sociedad y el entorno social les ofrecen modelos basados en el uso de la violencia como reafirmación de su identidad. Por lo menos en los últimos treinta años, la violencia política, el narcotráfico, la violencia paramilitar y los medios de comunicación han cooptado las posibilidades de formación de paradigmas de comportamientos positivos, generando en el joven una construcción identitaria que tiene como enclave el ser violento.

Por sí solos, estos elementos no son suficientes para explicar el fenómeno de las pandillas juveniles. Sumado a la oferta de referentes violentos en las sociedades contemporáneas, los jóvenes, cual río impetuoso y lleno de vitalidad, se encuentran comprimidos por las violentas orillas de la pobreza, las políticas públicas de intervención fallidas y los estigmas provenientes de distintos sectores de la sociedad.

En varias de las entrevistas realizadas, los jóvenes muestran una fascinación inusitada por la violencia, a la que vuelven un mecanismo para “desfogar” energía, para soltar “adrenalina”*. Por otra parte, en relación con dicha fascinación, se advierte que el acto violento al que apelan está conectado con la exclusión de escenarios culturales y deportivos. El uso del tiempo libre, aspecto necesario en la construcción yoica en contacto con el otro, se pierde en actividades violentas para “matar el rato”: “Yo siento que estoy pasando bastante peñón y yo siento como una alegría, pero ya después cuando tú ves que te van a agarrar, tú sientes un miedo, tú sientes varias cosas peleando” (Entrevista individual con Yeison, de Los Menores)

Los jóvenes en sus historias de guerra muestran una relación ambivalente con la violencia. En el instante de la pelea se siente muy bien, disfrutan cómo los ven sus compañeros, quieren sobresalir para que después, cuando estén rememorando, sean recordados como guerreros valientes. Pero, por otra parte, después de que pasa todo, cuando baja la “adrenalina”, se encuentran aterrorizados. Werthan, referenciado por Roux (1994), hace la siguiente denuncia:

* *Desfogar* y *adrenalina* son palabras concebidas aquí como energía represada, que se expulsa con la violencia.

Los jóvenes quieren ser reconocidos como individuos y la sociedad los anonimiza y registra como peligrosos; buscan diversión y les ofrecen espectáculos televisados de violencia y armas, primero de juguete y después letal; reclaman un ambiente sano y se les concede uno de privaciones y de exclusión (Roux, 1994, p. 8).

La violencia juvenil es producida por relaciones fallidas de identificación o por envidia*. En cualquiera de los casos, la conducta violenta está asociada con la manera como se enfrenta el Yo individual a los otros yoes y, al mismo tiempo, como se reconocen entre sí los individuos de un grupo. Esto nos lleva a sostener que, principalmente, la violencia juvenil, y con mayor énfasis la conflictividad entre las pandillas deriva de la forma como se tejen las relaciones humanas y las interacciones sociales que generan la identidad juvenil. La manera como se miran los jóvenes los unos a los otros y cómo quieren ser reconocidos es el centro de la problemática. Lo que persiguen los jóvenes en la lucha por ser reconocidos es la consecución del respeto, lo cual remarca la importancia de pensar la conflictividad en el tema de pandillas desde un enfoque juvenil y cultural. Entender los mundos juveniles como escenarios simbólicos donde el joven en conflicto construye significados desde un imaginario social compartido por los miembros del grupo. Así, desde el enfoque de la conflictividad, se comprende la violencia juvenil como el lugar de encuentro de significaciones sociales a reventar. Un volcán de significaciones variopintas que, al no ser reconocidas por el Gran Otro, termina vertiendo su magma** en forma de una enorme erupción de lava violenta.

*Cerbino (2004) lo menciona en estos términos: “(...) así, la conflictividad puede ser pensada en términos de competencia, que es jugada en función de poseer los signos identificatorios, visibles y reconocibles para tener un lugar y una posición, para poder jugar un papel en cualquiera de los ámbitos sociales y relacionales con los otros” (p. 35).

**En clave de Castoriadis (2007) significa el flujo incesante de significaciones, que se encuentra entre la imaginación individual y el imaginario social instituyente.

Lo anterior se puede observar en las agresiones, aparentemente sin razón, donde tanto la amenaza como la agresión podrían entenderse como signos de la búsqueda del reconocimiento. El joven, que se presenta como el “guapo”, quiere hacerse visible y que lo acepten, dentro y fuera de las dinámicas del grupo, como alguien a quien se debe respetar. Tal como lo presenta la narración de un joven en conflicto entrevistado, que pese a no haber razones aparentes para que lo agredieran, en el fondo la acción de su agresor no fue gratuita y se ubica, como señalamos anteriormente, dentro de una lógica tendiente a la búsqueda de respeto:

(..) yo estaba en una fiesta y yo no sé, hubo una discusión de que los pelaos de por allá abajo, un pelao ahí que me tiraron un machete, “que el primero que sea de la Paz pelee o no pelee lo casco”. Esa fue la frase que dijo el pelao, y yo dije: “como yo no peleo, de pronto no la coja conmigo”, y yo me quedé ahí en la fiesta. Y cuando veo al pelao que partió una botella y con el pico me tiro dos puñaladas. Me pegó una por aquí y otra por aquí [señala] ya. Y de ahí fue que comencé a pelear con todos ellos (Grupo focal Los Menores de La Paz).

La identidad de estos jóvenes, en medio de la pandilla, se constituye a partir de estructuras basadas en los símbolos, las acciones y el lenguaje de la masculinidad como discurso imperante (Cerbino, 2004). El joven en conflicto no quiere que lo “cojan de soda”, por lo cual debe constantemente remarcar el respeto y la hombría. Es una labor constante por salvaguarda el honor, donde las marcas de esta lucha son las acciones violentas. Mientras más violento es, más protegido está o, por lo menos, más protegida siente su identidad varonil (Cerbino, 2004, p. 43). Muchos de estos jóvenes encuentran el reconocimiento y el respeto “mostrando pinta”, “mostrando figura”. Es decir, demostrando a sus “vales” que no tienen miedo y que son capaces de defender la unidad del grupo hasta con su propia vida:

Cuando agarramos a alguien de otro grupo sentimos alegría [hay risas]... Enseguida, todo el grupo va pa' encima para darle... Nos sentimos como el más hijueputa [risas].

Cuando estábamos más pelao, así, uno no peleábamos con nadie, sino unos vivíamos allá. Ellos decían: “No, ellos son de allá de Pablo VI”, como siempre dicen ya... A veces se la quieren montársela a uno, pero llega un momento de que uno tiene que ponerle freno a todo, sí toca enfrentarse con el que venga... (Grupo focal Los Menores de La Paz).

Se trata de algo que se “tiene que construir –precisamente su hombría–, dando constante demostración de ello en sus prácticas y en su discurso casi siempre agresivos y violentos” (Cerbino, 2004, p. 44). El joven adscrito a una pandilla nutre su identidad en la medida en que se le reconoce como alguien fuerte, capaz de liderar* a sus “vales”. El ideal que marcan y representan desde la hombría está dado por la cualidad y cantidad de acciones violentas que pueden generar, y porque, al parecer, no demuestran miedo en las peleas o en los escenarios de confrontación con los enemigos. Con ellos “hay mente”: sus miradas reflejan una de las claves de representación juvenil. Ante el cruce del enemigo, de la mirada del otro, no hay resistencia. La mirada siempre está fija, sin miedo.

En conclusión, los jóvenes en conflicto encuentran en la violencia una forma de vivir, de sentir y de estar en el mundo, que se contrapone a la invisibilización social y cultural. Debido al vaciamiento de sentido, la violencia se convierte en la forma de obtener respeto y reconocimiento al interior de sus comunidades y por parte del Gran Otro. No obstante, la violencia individual, para ser reconocida como elemento de reafirmación, busca adherirse a una comunidad que la legitime; así, el joven en conflicto valida sus acciones dentro del grupo, que lo protege e identifica.

*Aunque estos jóvenes se niegan a aceptar liderazgos al interior de la pandilla, es evidente en sus relatos la coexistencia de varios líderes naturales, a los que se les reconoce, entre otras cosas, por su capacidad para ejercer la violencia.

7.4. El Boro como Comunidad de Sentido

Como “boro” señalaremos la palabra con que se autonombran las pandillas del presente estudio y como “comunidad de sentido” se hará referencia a la confianza, influencia reciproca, satisfacción de necesidades y búsqueda de identidad que entre pares construyen los integrantes del boro en el territorio.

7.4.1. El boro en contraposición a *pandilla*. El nombre para referirse a la pandilla varía en los distintos países de América Latina. Por ejemplo, en Centroamérica a las pandillas se les denomina “maras”; en México, “chavos bandas”; en Ecuador, “nación”; y en algunas partes de Colombia, “el parche” es una autodenominación que se ha vuelto constante en los grupos de jóvenes vinculados a conflicto y violencia, en ciudades como Bogotá y Neiva (Perea, 2007, p. 150). En el caso de las pandillas que estudiamos en Cartagena, los jóvenes entrevistados dejan a un lado igualmente el término “pandilla”, y prefieren utilizar el nombre de “boro”, para identificarse como grupo de amigos con intereses en común. Entre los integrantes del boro y su círculo cercano tampoco es usual utilizar la palabra “pandillero” para hacer nombramientos entre sí. Verbigracia, es aclaratoria la respuesta dada por un joven en conflicto de Palestina, a quien se le preguntó: ¿qué significa para ti el compañero de la pandilla?, y su respuesta fue: “mmm, estando en el boro somos la familia más bien”*.

Según Perea (2007), el termino *pandilla* genera un estigma que los jóvenes evitan y las víctimas señalan: “(...) de unos a otros está en juego el poder del estigma: los primeros renuentes a reconocerse en él, los segundos empeñados en emplearlo para tomar venganza y exorcizar el miedo” (p. 150).

*Entrevista en profundidad con un joven en conflicto de Palestina (entrevistado 3).

Por consiguiente, el empleo del nuevo lenguaje es un intento de subvertir por parte de la pandilla, la identidad suministrada por el Estado que encasilla y persigue. Ante la identidad legitimadora de las instituciones dominantes que ejercen control sobre los actores sociales subalternos, se opone un lenguaje juvenil de fuertes significados; una especie de “trinchera de supervivencia” contraria al orden institucional constituido, denominada, en términos de Castells (1999), “identidad de resistencia” (p. 28).

En cuanto al uso del nombre “boro”, la referencia no siempre es homogénea. Los jóvenes en conflicto pueden utilizarlo para señalar a una pandilla completa o para distinguir a varios grupos que integran una misma pandilla. Por ejemplo, Yoel, un joven en conflicto de La Paz, describe la riña que tuvieron dos boros de Los Menores con Los Matarratas de Palestina:

(...) en Palestina, veníamos de Pablo Sexto y venía un boro adelante y otro atrás, y el otro boro que venía atrás cuando venía él cruzando, se le pegaron los de Palestina, como que el primer boro que venía adelante había sonsacado a alguno y se le pegaron (Entrevista individual con Yoel, de Los Menores).

Por otra parte, en una intervención de un joven en conflicto de Pablo VI Segundo, la palabra *boro* es empleada para distinguir a una sola pandilla de nombre “Alberquitas”: “Yo estudiaba en María Vélez y los pelaítos esos y los de la alberquita, allí hay un boro que se llama y que Alberquitas, cada vez que yo pasaba por ahí me la tenían montá” (Grupo focal Los Tóquenlo, de Pablo VI Segundo).

En este orden de ideas, la claridad de los significados es de suma importancia para evitar errores de interpretación y asociación. Dos pandillas y dos boros no siempre tienen igual connotación. El boro puede hacer alusión a una pandilla, y dos boros pueden ser parte de una

misma pandilla. En el contexto en que se enmarca la palabra *boro* radica la clave para interpretar de manera adecuada el uso del término.

7.4.2. El boro como familia. Ante la pregunta: ¿qué significa para ti la pandilla?, la mayoría de los entrevistados sienten y definen a la pandilla como una familia de hermanos y amigos. En el grupo focal de Pablo VI Segundo, uno de los participantes afirmó:

(...) para mí es como si todos fueran mis hermanos, porque siempre están conmigo en las buenas y en las malas, nunca me han dejado morir, yo siempre convivo con ellos y ellos conviven de mí y ellos saben que les tengo la buena y siempre los llevo en mi corazón, saben que nunca conmigo hay mente (Grupo focal Los Tóquenlo, de Pablo VI Segundo).

Otro entrevistado en el mismo grupo focal, manifestó lo siguiente: “Como todo, son como si fueran de la familia, todos son como si fueran hermanos, como decimos: somos paisanos, hemos crecido juntos también, porque desde pequeñito nos conocemos, ya”.

Según Yerry, el boro puede ser visto como una familia de amigos incondicionales: “(...) pues bien, como amigos... Cuando estamos haciendo algo vamos el bonche y la cosa, y cuando vamos para una fiesta y así vamos todo el bonche y ellos me convidan, yo los convido y así”. Los jóvenes buscan en la pandilla la socialización entre pares que no encuentran en la familia, es decir, el boro pasa a suplir lo que la familia no ofrece. En la infancia, la familia es el primer contexto socializador, cuna del desarrollo cognitivo, emocional y social, en el que empezamos a construir las imágenes de nosotros mismos y del mundo que nos rodea (Musitu y Cava, 2001, p. 11). Pero, en la adolescencia, el grupo de amigos relega a la familia. La búsqueda de identidad la adquieren en la pandilla, al ser esta capaz de ofrecer elementos integradores para su forma de ser, y, sobre todo, para crear fuertes lazos de conciencia y de sentido de pertenencia al grupo. En

palabras de Cruz y Portillo (1998), “el proceso de integración a las pandillas va más allá de una afiliación circunstancial y pasajera. Se trata del aprehendizaje de su propio ser” (p. 73).

La desarticulación familiar no necesariamente conlleva a la vinculación a una pandilla. En la calle, la fogosidad del espíritu juvenil pone a flor de piel los sentimientos y emociones que los jóvenes reclaman en su familia. La interlocución entre los pares es horizontal en la pandilla, los jóvenes se sienten valorados y escuchados en temas que posiblemente para su familia no tienen ninguna relevancia. Estas consideraciones son sintetizadas por Cerbino (2004) con la premisa: “si la familia expulsa, la calle atrae” (p. 57). En dicha afirmación se refuerza la idea de la calle como necesidad para socializar y encontrar amistades entre pares, la búsqueda de espacios de liberación familiar y, por último, un norte que implique reconocimiento social. Al respecto, la familia de la calle, es decir, la otra familia, es una comunidad de sentido, que cohesionan la vida de sus integrantes.

Por otra parte, una cosa es considerar al boro como familia, y otra muy distinta es igualar el peso sentimental que tiene la familia consanguínea. Los jóvenes en conflicto son enfáticos en recalcar las diferencias y el sentido que tiene para cada uno de ellos. Uno de Los Matarratas explica la diferencia de la siguiente forma:

(...) pero no en el mismo sentido, acá te di a entender como como te diría yo, pa' no decirte paisano ni vales, sino familia entre uno mismo, el mismo boro; pa' no decirte paisano, ni vales, porque se oye más maluco eso, ¿sí me entiendes?; pa' no decirte eso te dije familia, porque a la hora del té, están peliando uno y salimos todos... con mi mamá ya es diferente (Entrevista en profundidad con Germán, de Los Matarratas).

La expresión “con mi mama ya es diferente” deja claro que hay dos consignas o categorías disímiles. El sentido que tiene los vínculos consanguíneos no lo puede suplir la

pandilla como comunidad de sentido, tal como lo señalan los participantes del grupo focal de Los Tóquenlo: “Uno discute con su mamá, tú sabes que siempre va a estar ahí; ninguna madre quiere el mal para su hijo”.

Estas respuestas evidencian el grado de conciencia que tienen los jóvenes en conflicto respecto al apoyo incondicional de la madre, pese a las dificultades o tropiezos que puedan tener. En los padecimientos, los jóvenes en conflicto valoran de mejor forma a la familia. La estadía por la cárcel refuerza las valoraciones del entorno familiar. Así lo relató German cuando se le preguntó por las cosas que valoraba en la cárcel: “(...) la familia, gente que pensé ver y eso, son los que más estuvieron conmigo, los amigos nunca estuvieron”.

Las heridas, las enfermedades y la privación de la libertad son circunstancias que resaltan la incondicionalidad familiar, y defraudan en algunos casos, las expectativas que los jóvenes en conflicto tienen de su boro. La cárcel y el hospital fortalecen los vínculos del joven en conflicto con su familia, otrora deteriorados por las bondades que ofrece la calle.

Por último, la violencia juvenil encuentra flujo en las dinámicas y prácticas violentas de la pandilla, en la que se encuentra justificación y permisividad al acto violento. No obstante, estos grupos son ante todo territoriales. Por consiguiente, si la pandilla carga de sentido y legitima a los individuos, el territorio condiciona al grupo, y la pandilla, entonces, surge como una asociación en defensa de ese “pedazo”.

7.5. El territorio

El territorio, asociado al concepto de espacio geográfico, lo entendemos como un producto social e histórico que refleja en su forma externa, en su estructura interna y en sus cambios, el simbolismo y sus contrastes, la materialización tecnológica y productiva, los valores

culturales e ideológicos dominantes y la impronta de las instituciones (Méndez, 1988, p. 13). En otras palabras, el territorio visibiliza las características y el desarrollo particular de una sociedad o de una comunidad en una etapa de su desarrollo histórico.

Las pandillas dinamizan y resignifican sus experiencias en el territorio. El territorio es sentido y vivido como espacio físico, pero también como construcción simbólica, inmaterial, producida en el marco de la conflictividad entre los jóvenes en conflicto y los demás miembros del barrio.

Ahora bien, en los imaginarios de los jóvenes en conflicto no tiene sentido el rechazo que sienten de algunos miembros del barrio, a sabiendas que actúan como guardianes del territorio:

(...) se siente el desprecio, y uno dice verlo ve, a uno que somos del barrio nos hacen el mismo desprecio a uno, y a los que le van hacer daño, uno somos los que cuidamos todo ese pedazo ahí... porque ellos les vienen a partir las casas y uno busca que no lo hagan (Entrevista en grupo focal Los Tóquenlo de Pablo VI Segundo).

La pandilla considera que la loable causa no es valorada por los habitantes del barrio, pese a que los actos hablan por sí solo; todo lo contrario, se consideran víctimas del desprecio del vecindario que no entiende su causa.

En el territorio la relación amigo-enemigo cobra significativa importancia, es el espacio donde la pandilla “vuelve cuerpo su poder” (Perea, 2007, p. 149). El poder se materializa en el uso de la violencia para la defensa a ultranza del territorio. Yerry lo expresa de la siguiente manera:

(...) es que, en la Paz, hay muchos que nos han cascado los de Palestina, ellos medio se asoman y uno con solo estar ahí ya se forma la pelea... Es que ya todos ellos ofendidos de todo lo que le

hemos hecho nosotros y cada vez que se asoman se forma la pelea... No nos podemos ver porque enseguida nos vamos matando (Entrevista en grupo focal Los Menores de La paz).

Por otro lado, el territorio es delimitado por fronteras identitarias, edificadas por los integrantes del barrio. En las fronteras identitarias se suscribe el sentido de pertenencia al barrio: “soy de La Paz”, “soy de Palestina”, “soy de Pablo VI”. En estas fronteras movedizas, imaginarias y simbólicas se transgrede frecuentemente la identidad del joven en conflicto, que ve reducida su movilidad a su barrio, a su calle o a su cuadra. Para ilustrar, los jóvenes de Palestina se sienten aislados por Pablo VI Segundo y La Paz; la frontera del conflicto entre Palestina y Pablo VI se trasladó de la calle de Los Cerberos hasta la esquina del colegio Rochy, lugar donde comienza la calle principal del barrio Palestina (ver Anexo 2: Cartografía del conflicto, figura 8)*. Igual dificultad siente Germán respecto a la zona de influencia de Los Menores, e indica lo siguiente: “(...) entonces, tú subes, así pa’ bajá pa Rochy, así doblas aquí mismo está La Paz. Aquí mismo, ellos ven cuando uno va bajando así, y cuando uno va bajando por aquí, ya ellos están acá esperando al que va” (ver Anexo 2: Cartografía del conflicto, figura 7).

En conclusión, se transgrede la identidad del joven a causa de las presiones enemigas sobre el barrio, y se cristaliza el poder como símbolo de dominio desplegado sobre territorio enemigo. En otras palabras, la identidad es transgredida en el mismo escenario físico y simbólico en que se forja, gracias a la violencia que muestra el poder del enemigo ostentado por el control territorial.

7.5.1. Un mosaico de emociones. El territorio es un espacio de intereses comunes, experiencias vividas, sentimientos, emociones y vínculos compartidos por la pandilla. Dolor y alegría, esencias permanentes de la vida, se alternan para tocar la puerta de la pandilla.

*Grupo focal Los Matarratas de Palestina.

La emoción con la que describen en el territorio sus hazañas –basta con salir ilesos de una riña–, queda evidenciada en el relato de Yeison: “Sálvese quien pueda... erda, si tú me das, yo te doy, eso es sálvese quien pueda, si tú me tiras yo te tiro, ya, cuál de los dos se muera más rápido” (Entrevista individual con Yeison, de Los Menores).

La euforia de los relatos contrasta con el triste recuerdo de un compañero caído:
 (...) erda, me sentía bien triste. Y porque el vale andaba conmigo y era como si fuera un hermano pa' mí, y ahí a mí no me dio ni las manos pa' cogerlo ni na'. Di la espalda, y cuando lo vi ahí tirado se me salieron las lágrimas (Grupo focal Los Tóquenlo de Pablo VI Segundo).

Las frustraciones igualmente salen a luz cuando se defiende el territorio. Así lo narra Yoel:

Yo siento rabia porque no lo puedo, o sea, yo siento rabia con él, porque yo le estoy tirando un tronco de peñón a él, pero no le doy, cada vez que yo me le voy pa' encima, él corre, y no puedo, me va ofendiendo y ofendiendo (Entrevista individual con Yoel, de Los Menores).

Por otra parte, la “adrenalina” y el miedo aparecen, cada uno cumpliendo sus funciones. La primera, como estimulante y motivador; el segundo, para recordar que la muerte está latente. Los siguientes relatos del grupo focal con Los Matarratas, alusivos a la adrenalina, son ilustradores:

Si usted se metió [en la pelea] ey, en serio, sientes la adrenalina, marica, te quieres meter...

La adrenalina es uno ver la pelea y está viendo acá que los del barrio que le están dando hay que meterse a defender... La emoción, porque es ver los amigos peleando... Al ver los

vales de uno y uno al ver que están peleando uno se mete también a pelear (Grupo focal Los Matarratas).

El miedo a la muerte comienza a manifestarse, pero los problemas son más grandes que los miedos. Por lo tanto, hay que seguir en la pelea sin importar las consecuencias, tal como manifiesta el grupo focal Los Menores:

(...) o sea, a uno le da miedo, porque sabe que no se quiere morir, pero ya uno sabe que está metido en ese problema... O sea, uno en el momento no le importa, va a matar a uno, ya después uno dice: “erda, ¿cómo pase yo el peñón ese? ¿Cómo me pegaron el tiro ese?” Tú quedas pensando, y ya tú a la próxima pelea ya no haces lo mismo, o se te olvida y otra vez... Sientes miedo, sientes temor... A veces, te hacen un tiro y tú dices: yerda, me mataron... Y le doy y yo me desahogo.

En el territorio, las emociones se conjugan con mayor intensidad y la muerte es compañera inseparable de estos jóvenes. La mayoría de las muertes ocasionadas por riñas entre las tres pandillas se producen dentro de los perímetros de sus barrios. Es así como, en el territorio, se configura una paradoja: la vida hay que defenderla a muerte. Ante la pregunta: ¿que se defiende en el barrio?, la respuesta fue contundente: “La vida, la vida y el territorio, las casas de uno” (Entrevista grupo focal Los Matarratas). Es una cuestión de honor, respeto y supervivencia.

7.5.2. Lo que condena, protege. La identidad adscrita al territorio condena a muchos jóvenes de Palestina, La Paz y Pablo VI Segundo a pertenecer a una pandilla. En primer lugar, son condenados porque, a su criterio, no tuvieron opciones para evadir el torbellino de la violencia. Emerson manifiesta:

No me querían ver, porque enseguida me querían hacer daño, y yo en seguida dije: “No, ya esto no es juego con estos manes, esto es en serio”, pues porque a ellos [Las Águilas] todos los que veían lo mataban en seguida; entonces, de ahí seguí y seguí (Comunicación personal con Emerson, exintegrante de Los Samuray).

En segundo lugar, son condenados porque, además, la pertenencia al barrio los obligaba a pelear, al punto de abandonar sus estudios. Yoel cuenta:

Yo estudiaba en Santa María y ellos pasaban allá [los de San Francisco], y como sabían que yo era de La Paz, a cada ratico me pasaban jodiendo y tirando finanzas. Un día yo fui aburrido y pelié con ellos, y ya después a cada ratico pasaba peleando con ellos, hasta que me hicieron salir del colegio (Entrevista individual con Yoel, de Los Menores).

En tercer lugar, son condenados porque las restricciones no sólo transgreden su identidad; también las expectativas laborales quedan truncadas por la dificultad para salir de su propio territorio. Tal como enuncia German: “(...) me daba miedo que me cazaran a la hora que yo bajara a trabajar... Si me cazan, es peor”. Como consecuencia, el temor se tradujo en abandono del empleo y en el retorno a las peleas de un joven en conflicto que algunos meses atrás había estado en la cárcel.

Como se puede ver en sus relatos, si en algo convergen los integrantes de Los Matarratas, Los Menores y Los Tóquenlo, es en soñar con un trabajo estable, educación y bienestar para su familia. No obstante, mientras los proyectos de vida no se materializan, el territorio que condena protege al joven en conflicto.

Esta aparente paradoja podemos explicarla por los fuertes vínculos afectivos que se tejen en torno al territorio. En él los jóvenes en conflicto se sienten seguros; sin embargo, tienen claro el peligro que asecha en las fronteras. En cuanto a lo anterior, Yerry expresa: “(...) en la Paz sí

me puedo mover tranquilo, porque ya estoy ahí en el barrio... Cuando yo sé que voy a cruzar la frontera... Tengo que entender que, si cruzo por ahí, voy a tener problemas, voy a pelear”.

El joven en conflicto se vuelve cauteloso cuando pasa la frontera; en sus límites y sus alrededores se siente vulnerable. Por consiguiente, casi siempre está a la expectativa y armado. Fuera de los linderos, la mirada adquiere forma, se vuelve inquisidora, como dice Yeison: “Uno cruza por otro barrio y lo quedan mirando feo”. En palabras de Davinson: “cuando salíamos a barrios aledaños, sí recibíamos esa serie de miradas... Sentíamos miradas de amenazas”.

Fuera del abrigo del barrio, los jóvenes en conflicto se exponen a los avatares de la ciudad, a la venganza enemiga, a la mirada amenazante, a la mirada que juzga; inclusive, con “mala fortuna”, al arresto de la Policía. Dentro del barrio, la protección es simbólica, se sienten seguros, mas no confiados. El territorio protege y permite espacios de ocio; no obstante, las alarmas de los sentidos siempre permanecen encendidas.

7.6. El Ocio: La “Mamadera de Gallo”*

Por *ocio* concebimos las actividades que una persona realiza a placer en su tiempo libre. Los integrantes de Los Matarratas, Los Menores y Los Tóquenlos disponen de mucho tiempo libre, ya que la gran mayoría ni trabaja ni estudia.

La actividad que los jóvenes en conflicto realizan a placer, casi que, de forma permanente, es la “mamadera de gallo”. La justificación radica en que no tienen escenarios deportivos y culturales para realizar otras actividades. En consecuencia, lo común es la “mamadera de gallo” en las casas, en la esquina, en la calle. Esto tiene como agravante el consumo indiscriminado de drogas que alteran sus estados emocionales y el juicio.

*La frase es utilizada con frecuencia en la Región Caribe Colombiana para hacer referencia a las charlas, a las burlas y a los momentos jocosos que se dan entre un grupo de personas.

El uso de estos espacios, entonces, tiene una doble repercusión: por una parte, se convierten en escenarios idóneos de socialización para que los jóvenes se relajen, se diviertan y compartan experiencias vividas: “Uno se distrae a echar cuento... Nos ponemos hablar hasta de las mismas peleas” (Grupo focal Los Menores); “uno pasa es en la esquina y en la casa de alguno jodiendo [mamando gallo] en la terraza, hablando y, o sea, como no tiene nada que hacer...” (Entrevista en profundidad con Alan, de Los Matarratas).

Por otra parte, son escenarios para planificar actividades delictivas. Así lo manifiesta Davinson: “Yo me quiero quedar aquí con ustedes y tal, para mamar gallo un rato, vamos a programarnos, vamos a peleá, que esto, que lo otro” (Entrevista individual con Davinson, exlíder de Los Poquiticos).

En esos espacios se goza, se disfruta, pero no se baja la guardia. El enemigo siempre asecha. Yerry lo enuncia de esta forma: “Yo salgo y cojo pa’ ahí pa’ la esquina y están todos ahí en la esquina. Empezamos hablar y, cuando vemos, se asoman los de Palestina y se forman las peleas” (Entrevista individual con Yerry, de Los Menores).

En definitiva, los jóvenes en conflicto reclaman escenarios deportivos y de recreación. Los Matarratas explican: “No hay cancha, la falta de parque... No hay donde uno recrearse para no pararle bolas a esos manes ni na” (Grupo focal Los Matarratas de Palestina). Ellos ven en esas actividades lúdicas una válvula de escape para evadir el conflicto.

7.7. Ante la Pobreza, el Desempleo y la Falta de Educación, los Jóvenes Reclaman Oportunidades

De la información proporcionada por los jóvenes en conflicto sobre su problemática socioeconómica y el conflicto en el que se encuentran inmersos, se puede deducir que dicho

fenómeno está vinculado con la negación de oportunidades básicas por parte de la sociedad y el Estado; de lo cual se puede derivar su accionar violento y delictivo (Galtung, 1998). El análisis de sus declaraciones nos permitió identificar tres tipos de oportunidades solicitadas por los grupos de jóvenes en conflicto entrevistados: de generación de ingresos, de educación y de recreación.

En la entrevista al grupo focal de Palestina, los jóvenes describen la forma violenta como fueron obligados a desertar o abandonar sus estudios, debido a las amenazas y la persecución de la cual fueron objeto por parte de grupos rivales o enemigos. A pesar de ello, algunos lograron persistir en su formación técnica para el ejercicio laboral. No obstante, estos esfuerzos no dieron los frutos esperados, porque muchos se vieron obligados a abandonar sus sueños por falta de recursos económicos o por la inseguridad en términos de movilidad en el territorio: “Yo tenía quince años, estudiaba en el Liceo de Bolívar... Estaba haciendo octavo grado... Me hacían la cacería en el colegio y tuve que retirarme y comenzar a pelear” (Grupo focal de Palestina).

Como consecuencia, estos jóvenes sostienen que la carencia de oportunidades en el ingreso, el estudio y la recreación son razones que los han llevado a pelear y delinquir para subsistir, sin necesidad de incursionar en las bandas criminales que tienen asiento en los barrios populares de Cartagena. Así lo mencionan en el citado grupo focal:

La falta de empleo, los que tienen hijos y por necesidad a veces cometen lo que cometen es por eso: la falta de estudio, la falta de oportunidades, de ingreso. Como no se presentan esas oportunidades, se ponen a pelear. También la falta de distracción, no hay donde distraerse: no hay cancha, la falta de parques, no hay donde uno recrearse pa' no pararles bolas a esos manes. Acá no hay banda, no hay na' de eso; puro tira piedra y consumidor de droga, ni fleteo ni sicario, porque sí. ¿Usted cree que si ellos estuvieran en una banda

estuvieran peleando, estuvieran de ratero ganando su plata? Mi situación aquí donde estoy no he comido desde anoche, no he almorzado... no tengo na' en la casa. ¿Qué me toca hacer? Si me toca salir a quitar un teléfono, lo quito y lo vendo pa' comé. ¿Tú crees que si a mí me dicen: "Vamos a hacer un quieto", y yo limpia, ¿no voy a ir? Yo voy. Hay gente con hambre, ¿Qué, no va a ir? (Grupo focal de Palestina).

En la entrevista en profundidad realizada a miembros de Los Matarratas, estos jóvenes enfatizaron que las oportunidades que necesitan son de carácter ocupacional; de una actividad y contrato laboral que les genere y garantice ingresos honestos y recursos de subsistencia que les permitan ocupar su mente en su casa, su trabajo, su familia y los alejen de las calles, las riñas y el robo:

Los jóvenes pelean porque no tienen un trabajo, no tiene uno en qué desarrollar la mente. Entonces, como les decía, trabajando, desarrollando la mente que ellos que queden pa' su casa, de su casa pa' su trabajo, y ya dejen las peleas, y punto. Un diálogo de paz, porque como se pasan todo el día en las esquinas, no tienen pa' comer, no tienen pa' darle a una mujer, y se les mete en la mente: "vamos a robar, vamos a pelear"; porque, en cambio, cuando hay trabajo, ellos piensan es en su trabajo y en su familia, en su trabajo y en su familia. No piensan ya ni peleas, ni que vamos a robar ni que vamos pa' un baile, sino en su trabajo y su familia, porque saben que, si van pa' un baile, saben que tienen que respetar las normas de su trabajo (Entrevista en profundidad con Ana, de Los Matarratas).

Por su parte, en el grupo focal de Los Menores se realizó la siguiente pregunta: ¿Por qué te retiras del colegio? Sus percepciones frente a esta interrogante reflejan el mismo fenómeno de persecución y asedio en la escuela, además del resentimiento de jóvenes que perciben una escuela ausente y que no asume el encargo social de afrontar su compromiso misional de formar

individuos de paz y bien; sino que, por el contrario, los abandona a su suerte. Un compendio de sus miradas y sentimientos se muestra a continuación:

Yo tenía miedo de que me podían coger en el colegio tres boros; entonces ellos se comenzaron a unir con unos pelaos... del Siete de Agosto, y había unos del Santa María. Yo más bien no podía salir del barrio, y yo para donde iba tenía que ir rodeado con algo. Allá es como decir: “Sálvese quien pueda”, porque si tú le dices al profesor, al coordinador, lo primero que te va a decir es: “Si tú eres peleonero, aquí tienes tus papeles y vete de una vez”... “(...) No buscan para ayudarte ni para meterte en psicólogos; “(...) yo terminaba este año, pero a mi mamá se le acabó el trabajo, no había con qué pagar y ya, me tocó salirme del colegio. Yo quiero ser mecánico o policía”; “hay que buscar una escuela donde no esté ningún pelao de esos” (Grupo focal Los Menores).

Para finalizar, en el grupo focal de Los Tóquenlo, se les preguntó: Si de ustedes dependiera plantear una serie de políticas para que el conflicto cese, ¿qué propondrían? A lo que todos respondieron: “Trabajar y estudiar”. Estos jóvenes asocian el estudio como un conocimiento vinculado con la actividad laboral, que les permitirá conocer más sobre ciertos oficios y, en consecuencia, incrementar sus ingresos. Lo expresan de la siguiente manera:

Yo soy bachiller. Estudié en la Institución José De la Vega. Yo estaba terminando un curso de, de estuco y pintura, pero no lo terminé. A mí siempre me ha gustado pintar casas...en el Centro me han salido contratos, pero siempre de ayudante...también de albañilería. O sea, yo quiero es aprender más”. “Estudie hasta quinto en el Colegio Amor a Colombia. A mí me gustaría soldadura. Me he ido con un señor y el señor me ha explicado cómo es. Yo también sé soldar. Soldo bicicletas que se parten también. Las

rejas las pinto y todo. Yo me rebusco con lo que sea, pintando algo así” (Grupo focal de Los Tóquenlo).

7.8. A Manera de Conclusión

En las secciones anteriores se dio cuenta de los elementos integradores y cohesionadores de las dinámicas juveniles, así como de los sueños, anhelos y deseos que sostienen las prácticas de los jóvenes en conflicto. Estos, en medio de las alianzas y rupturas, tejen estrategias de cohesión social, dominio y supervivencia, como respuestas a la crisis de los referentes identificatorios del pasado: la familia, la escuela, etc.

Los imaginarios sociales que construyen los jóvenes pandilleros, en síntesis, son matrices de sentido que configuran su identidad, sirviéndose de estos mecanismos como medios para construir una realidad compartida con la pandilla. La violencia, el territorio, la cohesión con el grupo (el boro), la busca de reconocimiento frente a la comunidad, sus sueños, anhelos y fantasías son, paradójicamente, los patrones comunes transversales a las tres pandillas. Así, lo que los separa los termina uniendo de manera histórica y dinámica.

Para llegar a estos imaginarios sociales se definieron categorías, a manera de ejes cohesionadores, caracterizadas porque sus significados son construidos socialmente. La violencia como forma de vivir y obtener respeto, la pandilla como comunidad de sentido y la defensa del territorio se configuran como categorías a través de las cuales el joven en conflicto construye su identidad. Estos imaginarios sociales, que rastreamos a través de dichas categorías, son el resultado de una interpretación hermenéutica del discurso, las prácticas y las acciones de los jóvenes en conflicto.

En conclusión, los imaginarios sociales de estos jóvenes, en tanto matrices de sentido, se caracterizan por tener un carácter histórico-social y estar en medio de una relación dinámica y cambiante entre la “realidad” y lo imaginado, entre lo que es y lo que ellos quieren que sea, buscando siempre que lo subjetivo trascienda a lo social y que su universo sea reconocido por lo colectivo. En este sentido, el río impetuoso y violento es el resultado de las luchas por el reconocimiento y la búsqueda de respeto con el que los jóvenes de estas comunidades resisten y hacen frente a las orillas que los comprimen.

El objetivo es hacer un llamado de atención a las orillas que comprimen al río, que también están cargadas de violencia y que condicionan la violencia del mismo. Es urgente que, desde el Estado, y a partir de una mirada crítica al conflicto entre pandillas, se aúne en la construcción de políticas públicas desde un enfoque alternativo para mitigar la violencia, a partir del cual se tenga en cuenta las voces de los actores del conflicto y se focalice la conflictividad juvenil como una oportunidad de transformar positivamente los contextos de violencia urbana en Cartagena.

Capítulo 8. Conclusiones-Recomendaciones para una Política Pública que Mitigue la Violencia Juvenil en Cartagena

“Si no transformamos los entornos sociales cotidianos en los cuales los jóvenes se desenvuelven, cualquier política de juventud, sobre todo aquellas relacionadas con la violencia, no tendrá resultados efectivos. Es decir que es imprescindible superar, además de la pobreza, la marginalidad y la exclusión imaginaria y simbólica”.

Mauro Cerbino (2006, p. 96)

La mirada del poder efectivo, en términos generales, ve a las pandillas como una crisálida del crimen organizado, que es necesario extirpar de manera urgente y radical con “mano dura” antes de que metamorfosee. Así, el Gobierno nacional persiste en la idea de que mediante leyes cada vez más centralizadas y severas se puede combatir y liquidar la delincuencia juvenil, utilizando políticas de prevención, represión y rehabilitación. Este tipo de políticas no tienen en cuenta el hecho de que la violencia no solo es el resultado de decisiones individuales, sino que, además, esta circunscrita a condiciones sociales.

En medio del escenario de la violencia juvenil, el Estado, la sociedad y el mercado se han encargado de encubrir las relaciones entre la violencia y la pobreza. Estas miradas tienden a ver a las pandillas como un producto gratuito de algunos jóvenes “desadaptados”. En medio de estas dinámicas, el Estado y las instituciones que lo representan han demostrado un marcado desinterés por poner en práctica herramientas para la transformación positiva de los conflictos, privilegiando un modelo de construcción exógena del individuo juvenil. Se busca producir un

modelo de sujeto juvenil que genere terror y que la comunidad lo relacione con la inseguridad misma, con el propósito de justificar este tipo de intervenciones.

En palabras de Zúñiga:

se necesitaba una explicación del delito que desresponsabilizara a las estructuras sociales y criminalizara todas las intenciones de “desorden”. Estas políticas punitivas y coercitivas, además de hacer invisible la responsabilidad del Estado, convierten al joven, ser histórico, vivo y humano, en representante de un modelo de monstruo ahistórico. Esta modelación del individuo juvenil es posible a partir de ideas esencializadas de la juventud, en las que el sujeto señorial posee el rango de la adultez, y respecto de ese rango, las personas jóvenes son intervenidas o cooptadas (2008, p. 24).

Por su cuenta, Eduard Vinyamata cree que estas acciones buscan, además, defender un estado de cosas inmutables en el que se desconoce el aporte de la diferencia como generadora de cambio social:

el uso sistemático de medidas estrictamente represoras para combatir el delito y la criminalidad, así como el menosprecio por otras metodologías de resolución de los conflictos violentos podrían estar en relación con el mantenimiento de un determinado statu quo en las sociedades contemporáneas que se resisten a los cambios (2006, p. 97).

Al adjudicar responsabilidad al Estado en el surgimiento de la violencia juvenil, producto de condiciones estructurales de exclusión, pobreza e insatisfacción, Vinyamata (2006) sostiene que el fenómeno de las pandillas responde a la ineficiencia de los poderes efectivos al momento de asegurar y garantizar los derechos fundamentales en la vida de estos jóvenes.

En consecuencia, consideramos que la respuesta al fenómeno de la violencia juvenil y las pandillas debe enfocarse en fortalecer el trabajo de las instituciones, a través de la gestión de

políticas públicas y de gobierno que aseguren y garanticen los medios para satisfacer las promesas fallidas del Estado y que, a su vez, generen espacios de encuentro y construcción de significados colectivos. En este sentido, creemos que una intervención que coadyuve a la transformación positiva de este tipo de conflictos converge con el cumplimiento de las promesas del Estado y el empoderamiento de los jóvenes para ejercer liderazgo en sus comunidades.

Sin embargo, es necesario señalar que las condiciones problemáticas y de conflictividad entre los jóvenes de pandillas enemigas, que alimentan sus imaginarios de odio y venganza, bloquean los procesos que conllevan a la construcción de escenarios de paz. Así se manifiesta en sus miradas ante posibles diálogos:

“Todo Palestina estábamos dispuestos a... hacer la paz con los de Pablo Sexto. Ahora es más difícil, porque ahora hay más muertos, ahora hay más familias ofendidas, entonces. Cuando era uno, era uno, era más fácil. Ahora hay más muertos, entonces, hay más familias que están ofendidas, más hermanos, más primos, que dicen no” (Entrevista en profundidad con German); “(...) para serles real, yo veo que, así como están las cosas, no. Porque ya en La Paz hay muchos heridos, no soy solamente yo, hay muchos y ya ellos tienen en su mente que ya tienen que coger a uno y cascarlo o matarlo, no sé. Yo sí creo que hay una solución, pero no sé, no se cuál pueda ser la solución” (Entrevista en profundidad con Yerry); “(...) es difícil y también porque ellos nos han matado hasta más de ocho, gente allá arriba, un poco de vaina, han torturado hasta a las mujeres, a las leas, a las señoras por allá siempre que las pillan, no y que tú eres de Pablo VI y las cascan y la atracan” (Grupo focal Los Tóquenlo de Pablo VI Segundo).

Todo este cumulo de manifestaciones de resistencia al acercamiento dialógico no solamente traducen la violencia física y simbólica de estos jóvenes en conflicto; también la

necesidad y esperanza de construir una mirada humanista y un proceso pedagógico que los rescate como jóvenes, ciudadanos y seres humanos en conflicto, capaces de tejer relaciones que incluyan a sus enemigos para elevarse por encima de la violencia, tal como lo piensa Lederach (2009).

Para Paulo Freire (1973):

(...) el diálogo, como fenómeno humano, se nos revela la palabra; la cual se puede decir que es el diálogo mismo. Es el encuentro amoroso de los seres humanos, que, mediatizados por el mundo, lo pronuncian, esto es lo transforman y transformándolo, lo humanizan, para la humanización de todos (p. 46; citado en Peña, 2013).

Pensamiento que conjuga con lo que señala Cerbino (2004), quien propone refundar al *otro*, “(...) percibiéndolo como adversario y no como enemigo, dado que es un miembro funcional de una “competencia” que motiva y sostiene la conflictividad, que permite la expresión de la pluralidad de posiciones y el libre juego entre los actores sociales” (p. 85). Desde esta perspectiva humanista se avizoran las ideas para reflexionar y construir una nueva política pública de paz para los jóvenes de Cartagena.

Por estas razones, el estudio asumió a los jóvenes en conflicto de Cartagena como una construcción histórico-social, como seres humanos con los mismos derechos constitucionales, al igual que los demás habitantes de la ciudad; como sujetos en constante creación y significación. Para ello, es necesario escuchar sus voces y conocer sus formas de pensar e imaginarios sociales, a través de estrategias comunicacionales, a efectos de proponer políticas públicas desde una concepción biopolítica, donde los jóvenes, como seres humanos en construcción “no se hacen en el silencio, sino en la palabra, en el trabajo, en la acción, en la reflexión” (Freire, citado en Peña, 2013).

En concreto, se trata de visionar una política de paz para jóvenes de Cartagena que, actualmente, dirimen sus conflictos cotidianos mediante acciones violentas. La propuesta es borrar las idealizaciones desde las que se pretende juzgar las acciones y las prácticas juveniles; y, en ese proceso, humanizar e historizar al joven. Una alternativa a la violencia de las pandillas sería reconocer el potencial humano de sus miembros; empezando por reconocerlos como personas vivas, con biografía, con derechos y, sobre todo, como seres humanos. Por esta razón, el objetivo de los proyectos de intervención social que se enfoquen en el mundo juvenil debe crear instituciones incluyentes, que permitan la libre expresión y la potencialización de la individualidad.

A partir de lo anterior, creemos que este estudio contribuye desde lo teórico a la toma de decisiones por parte del poder efectivo, ya que permite vislumbrar al joven inmerso en el conflicto de pandillas en medio de un marco de condiciones estructurales. Los jóvenes no son violentos porque sí; este imaginario parte de una noción equivocada de lo que es ser un joven en conflicto en la ciudad de Cartagena. El modelo construido de joven como un ser violento por esencia, como un monstruo que pone en riesgo el modelo de joven de bien, busca, al final, desresponsabilizar a las instituciones sociales y al Estado frente a la configuración de estas condiciones. En definitiva, la violencia juvenil se puede entender como la respuesta en resistencia a determinadas condiciones estructurales que han llevado a estos jóvenes a fluir violentamente por un cauce que los comprime y no les permite autodeterminarse.

En conclusión, al momento de proponer políticas públicas que reduzcan la conflictividad de los jóvenes en Cartagena desde la no violencia, la paz y el respeto por la dignidad humana; la escuela, la familia, las instituciones políticas, etc., deberían repensarse con el objetivo de humanizar la imagen monstruosa que durante años han construido de los jóvenes en conflicto.

Por todo lo anterior, creemos pertinentes las siguientes recomendaciones, con el objetivo de reconstruir las relaciones sociales y generar la producción de capital social en estas comunidades:

1. La gestión de las políticas públicas en torno a las juventudes debe ser una construcción democrática, que inicie con la participación de los jóvenes en cooperación con instancias del poder efectivo del Estado (los ministerios de Educación y Hacienda, las corporaciones de deporte y cultura, etc.), junto con la sociedad, la empresa privada, las iglesias y las comunidades.

2. Las políticas públicas deben ser construidas de manera incluyente; por eso, se hace necesario un escenario de discusión y concertación a partir de la instalación de mesas sectoriales de trabajo. En estas mesas de trabajo se crearían de manera democrática las bases programáticas, los principios y fundamentos de las políticas públicas para las juventudes a partir de la participación activa de los jóvenes. Es importante que en estas mesas se enfatice en la generación de programas de prevención e intervención social que enfrenten factores de riesgo propios de nuestro contexto: el consumo y tráfico de drogas, crimen amateur y oportunismo, porte y fabricación de armas, prostitución, etc.

3. Crear laboratorios juveniles que sirvan como espacios permanentes de interacción y encuentro de los jóvenes, y que dinamicen la experimentación de experiencias significativas de vida como estrategia para construir alternativas de convivencia pacífica.

4. Un enfoque de juventudes como estrategia de intervención de la conflictividad desde lo social, bio-psico-social, deportivo o cultural, debe impactar, además, a todos los miembros de la comunidad y no solamente a los jóvenes inmersos en el conflicto entre pandillas. Por ende, la comunidad en su totalidad debe ser empoderada e involucrada en las estrategias de intervención

positiva de los conflictos. Con este fin se debe crear en ella sentido de pertenencia, y reforzar los vínculos para la apropiación de los procesos de paz.

Una de las principales circunstancias que sufren los jóvenes y que señalan constantemente en sus relatos, es la indolencia de las comunidades frente a sus problemas. Por eso, para el éxito de cualquier política pública de juventudes, es importante que la comunidad pueda transformar el imaginario que ha venido creando en torno a los jóvenes, desde el cual desprovee las acciones y prácticas juveniles de cualquier valor y contenido; y, por tanto, las priva de sentido y significancia. Así, el cambio de imaginario frente al mundo juvenil debe ser holístico, sinérgico e integrador, en el sentido de abarcar tanto el espacio material, como el campo de lo espiritual y simbólico.

5. Desde este enfoque de políticas públicas, al momento de tramitar el conflicto, la construcción de la memoria histórica tendrá que pasar por un proceso de reconocimiento y auto-aceptación, con miras a empoderar a estos jóvenes para que puedan darse procesos de perdón, sanación y reconciliación.

6. El territorio debe ser abordado de dos formas: primero, intervenir en la seguridad del territorio como garantía de las libertades individuales, ya que la violencia de pandillas afecta directamente la movilidad y el disfrute de espacios públicos de encuentro y recreación. Pero, además, la transformación simbólica del conflicto debe estar acompañada por una intervención del territorio desde la creación de escenarios culturales y deportivos, como espacios de encuentro social, recreación y aprovechamiento positivo del tiempo libre.

La intervención del territorio es prenda de garantía para que tengan éxito medidas que se enfoquen en el acceso a la educación y el trabajo. En efecto, como se evidenció en la investigación, muchos de estos jóvenes, sean o no actores directos del conflicto, se encuentran

confinados en un territorio en el que peligran sus vidas cada vez que intentan cruzar las fronteras imaginadas.

7. Reconocemos que el deporte y la cultura son experiencias fundamentales a la hora de intervenir positivamente en el conflicto entre pandillas y que, por tanto, deben aparecer en toda política pública que se precie de tener un enfoque de juventudes. Sin embargo, el deporte y la cultura no deben ser utilizados como medios para la consecución de escenarios de paz por sí solos, sino como fines en sí mismos. Desde esta perspectiva, uno y otra deben ser vistos como proyectos de vida que contribuyen al desarrollo integral de los jóvenes como seres humanos, de manera física, emocional y simbólica.

Los nuevos valores aprendidos en el deporte y la cultura resignificarían la relación amigo-enemigo. Quien toca un instrumento musical, quien baila, quien canta, quien juega o combate en una disciplina deportiva, dejaría de mirar al otro como su enemigo y pasaría a confrontarlo como su adversario.

8. Ampliar la oferta de los productos culturales, simbólicos y materiales que consumen los jóvenes, para hacerle frente al consumo cultural del mercado, que les ofrece modelos estereotipados violentos o alejados de su realidad social y cultural. Debe haber un trabajo de apropiación cultural, en el que el joven se conecte con prácticas positivas, tanto en el uso del tiempo libre como en la consecución de saberes y valores prácticos a largo plazo, que lo conviertan en un actor clave de su comunidad.

Para esto, es necesaria una alteración simbólica: crear industrias culturales propias*, que les permitan gestionar sus propios productos culturales. Dentro del proceso de construcción

*Por ejemplo, el caso del estudio de música de Ariel Valdez, el cual en medio del conflicto es un oasis de significación y construcción simbólica que les sirve a los jóvenes de las comunidades para expresar sus sentimientos, emociones, deseos y frustraciones. También, el caso de Deyvis González, un líder que encontró en la

identitaria y empoderamiento, es importante que los jóvenes tengan la posibilidad de acceder a la cultura, para que esta haga las veces de herramienta de cohesión social.

En general, estos jóvenes creen que la educación y el empleo son las claves para acabar con la violencia. Como todo está en la mente, en tanto la conflictividad es producto de la construcción imaginaria de su realidad, ellos creen que, si tuvieran algo que hacer, en qué ocupar su tiempo y su pensamiento, entonces no insistirían en la problemática. Aun así, las estrategias de intervención que se han concentrado en el acceso a la educación y la inserción en la oferta laboral han fracasado, por no tener en cuenta una solución integral que intervenga material y simbólicamente en el territorio; en la que se busque empoderar a las comunidades y transformar la dinámica de identificación social de estos jóvenes, que ven en la generación del enemigo la forma de legitimar sus acciones.

Por esta razón, es importante priorizar la generación de condiciones propicias para que estos jóvenes puedan acceder, por un lado, a la educación^{*} como elemento que hace posible el ascenso social; y, por el otro, al trabajo como escenario que propicia la reducción de la brecha socioeconómica. En definitiva, la construcción de políticas públicas con enfoque de juventudes debe pensarse desde la complejidad intrínseca del mundo juvenil; esto es, las ansias de educación y los deseos de trabajar deben ser tejidos, punto por punto, junto con la seguridad del territorio, el empoderamiento de los individuos y las comunidades a través del deporte, y una gran revolución cultural de sujetos que miran al otro como un interlocutor válido.

música un medio de transformación positiva de su existencia, e influyó en la apertura de nuevos horizontes de expectativa frente a sus proyectos de vida.

^{*}En sus imaginarios, estos jóvenes creen que la educación es una escalera de ascenso; por lo tanto, no pierden la fe frente al papel que esta pueda cumplir en el mejoramiento de sus condiciones vida.

Referencias Bibliográficas

- Agudelo, P. (2011). (Des)hilvanar el sentido/los juegos de Penélope. *Uni-pluri/versidad*, Vol. 11, (Núm. 3). Recuperado de <http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/unip/article/view/11840/10752>
- Alcaldía Distrital de Barranquilla, Fundación Proceder, Universidad del Atlántico, Universidad del Norte, Policía Nacional (2012). Intervención psicosocial a jóvenes en situación de riesgo pertenecientes a pandillas en el Distrito de Barranquilla. Barranquilla, Colombia: Autores. Recuperado de <file:///C:/Users/Lu/Downloads/Caracterizacion%20Pandillas%20Distrito%20de%20Barranquilla.pdf>
- Alcaldía Mayor de Cartagena de Indias. (2010). *Políticas públicas de juventud en el Distrito Turístico y Cultural de Cartagena: Jóvenes constructores de ciudadanía*. Cartagena de Indias, Colombia: Autor.
- Alcaldía Mayor de Cartagena de Indias, Secretaría de Planeación Distrital, Sistemas de Información Geográfica. (2013). Plano red vial y movilidad del Distrito de Cartagena de Indias.
- Álvarez, W. (s.f.). Pandillas, violencia y segregación étnico/racial en las periferias de Cartagena-Colombia: Apuntes etnográficos. Documento inédito en posesión de los autores de este trabajo.
- Avalos, M. (Coord.). (2012). *Historias y relato de vida de pandilleros y expandilleros de Guatemala, El Salvador y Honduras: Inicio de diálogos desde su realidad y percepciones*. Ciudad de Guatemala, Guatemala: Instituto de Estudios Comparados en Ciencias Penales de Guatemala (ICCPG), Fundación de Estudios para la Aplicación del

- Derecho (FESPAD), Instituto para el Desarrollo Social y la Participación Ciudadana (INDESPA). Recuperado de <https://idl-bnc-idrc.dspacedirect.org/bitstream/handle/10625/50609/IDL-50609.pdf?sequence=1>
- Ávila, F. (2006). Pandillas, la guerra Oculta. *Revista Noventaynueve*, 6, 12-18.
- Baczko, B. (1999). *Los imaginarios: Memorias y esperanzas colectivas* (2 ed.). Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Baeza, M. (2000). Los caminos invisibles de la realidad social. *Ensayo de sociología profunda sobre los imaginarios sociales*. Santiago de Chile: Ril Editores.
- Baeza, M. (2004). Ocho argumentos básicos para la construcción de una teoría fenomenológica de los imaginarios sociales. Disponible en: <http://www.gceis.cl/>
- Baeza, M. (2011). Elementos básicos de una teoría fenomenológica de los imaginarios sociales. En J. R. Coca, J. A. Valero, F. Randazzo & J. L. Pintos (Coords.), *Nuevas posibilidades de los imaginarios sociales* (pp. 31-41). Santa Uxía de Riveira Coruña, España: TREMN-CEASGA. Recuperado de <http://libros.metabiblioteca.org/bitstream/001/449/1/Nuevas%20posibilidades%20de%20o%20s%20imaginarios%20sociales.pdf>
- Balandier, G. (1997). *El desorden: La teoría del caos y las ciencias sociales: Elogio de la fecundidad del movimiento*. Barcelona, España: Gedisa.
- Ballesteros, P., Contreras, C., Vargas, F., Palacios, S. y Bonilla, L. (2002). La pandilla juvenil: Breve revisión y análisis funcional de un caso. *Revista Internacional de Psicología Clínica y de la Salud*, 2(2), 335-350.
- Banco de la Republica, Cámara de Comercio de Cartagena, Observatorio del Caribe Colombiano, Universidad Jorge Tadeo Lozano – Seccional del Caribe, Universidad

- Tecnológica de Bolívar. (2010). Indicadores Sociales de Cartagena No. 12. *Cuadernos de Coyuntura Social de Cartagena*. Recuperado de http://www.banrep.gov.co/docum/Lectura_finanzas/pdf/ccsc_2008_1.pdf
- Bello, M. (Coord.). (2013). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. (Resumen del Informe General Grupo de Memoria Histórica). Bogotá D.C., Colombia: Grupo de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, Imprenta Nacional.
- Betancourt, G. (2014). Estudio situacional de adolescentes y jóvenes vinculados y en riesgo de vincularse a actividades delictivas en el Distrito de Cartagena: Plan de atención integral. Cartagena de Indias, Colombia: Alcaldía Distrital de Cartagena de Indias, Secretaría del Interior y Convivencia Ciudadana.
- Blumer, H. ([1969]1998). *Symbolic interactionism: Perspective and method*. Englewood Cliffs: Estados Unidos: Prentice-Hall.
- Bonilla, E. y Rodríguez, P. (1997). *Más allá del dilema de los métodos: La investigación en ciencias sociales* (3 ed.). Santafé de Bogotá, Colombia: Ediciones Uniandes.
- Bourdieu, P. ([1994]1997). *Razones prácticas: Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, España: Anagrama.
- Bourgois, P. (2010). *En busca de respeto: La venta de crack en Harlem*. Trad. Fernando Montero Castrillo. San Juan, Puerto Rico: Huracán.
- Briones, G. (1998). *La investigación de la comunidad* (3ed.). Santafé de Bogotá, Colombia: Convenio Andrés Bello.
- Calderón, P. (2009). Teoría de conflictos de Johan Galtung. *Revista de Paz y Conflicto*, 2, 60-81.

- Carretero, Á. (2001). *Imaginarios sociales y crítica ideológica: Una perspectiva para la comprensión de la legitimación del orden social*. (Tesis doctoral inédita). Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, España. Recuperado de <file:///C:/Users/Lu/Downloads/imaginarios-sociales-y-critica-ideologica--0.pdf>
- Cartagena Cómo Vamos. (2017a). “Pobreza”. En *Informe Calidad de Vida 2016*. Disponible en <http://www.cartagenacomovamos.org/nuevo/wp-content/uploads/2017/07/Presentaci%C3%B3n-para-WEB-ICV-2016.pdf>
- Cartagena Cómo Vamos. (2017b). “Seguridad”. En *Informe Calidad de Vida 2016*. Disponible en <http://www.cartagenacomovamos.org/nuevo/wp-content/uploads/2017/07/Presentaci%C3%B3n-para-WEB-ICV-2016.pdf>
- Castells, M. (2001). *La era de la información (Vol. 2: El poder de la identidad)*. Madrid, España: Alianza.
- Castoriadis, C. (1993). *El mundo fragmentado*. Buenos Aires, Argentina: Altamira.
- Castoriadis, C. (2004). *Sujeto y verdad en el mundo histórico social: Seminario 1986-1987: La Creación Humana I*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Castoriadis, C. (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires, Argentina: Tusquets.
- Castoriadis, C. (2009). *Los dominios del hombre: La encrucijada del laberinto*. Barcelona, España: Gedisa.
- Cegarra, J. (2012). Fundamentos teórico epistemológicos de los imaginarios sociales. *Cinta Moebio*, 43, 1-13. Recuperado de <http://www.moebio.uchile.cl/43/cegarra.html>
- Centro de Observación y Seguimiento del Delito (COSED). (2017). *Informe estadístico de homicidios Cartagena de Indias - Año 2017*. Alcaldía Mayor de Cartagena de Indias,

- Distriseguridad. Recuperado de http://www.eluniversal.com.co/sites/default/files/homic2017v.final_.pdf
- Cerbino, M. (2004). *Pandillas juveniles: Cultura y conflicto de la calle*. Quito, Ecuador: Abya-Yala.
- Cerbino, M. (Ed.). (2005). *La violencia en los medios de comunicación, generación noticiosa y percepción ciudadana*. Quito, Ecuador: FLACSO. Recuperado de <http://www.flacsoandes.edu.ec/libros/digital/46114.pdf>
- Cerbino, M. (2006). *Jóvenes en la calle: Cultura y conflicto*. Barcelona, Ecuador: Anthropos.
- Cisterna, F. (2005). Categorización y triangulación como procesos de validación del conocimiento en investigación cualitativa. *Theoria*, 14 (1), 61-71.
- CM& la noticia. (2017, diciembre 26). 'En 2017 tasa de homicidios fue la más baja en cuatro décadas': Mindefensa [Noticia en la edición del mediodía del noticiero CM&]. En *YouTube*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=suoflvvcRYs>
- Correa, A. (2017, marzo 3). Alerta por crecimiento del número de pandillas [Declaración del senador de la República Antonio Correa al Noticiero del Senado (NS Noticias)]. En *YouTube*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=2YFysF2tZOI>
- Cruz, J. y Portillo, N. (1998). *Solidaridad y violencia en las pandillas del gran Salvador: Más allá de la vida loca*. San Salvador, El Salvador: UCA.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). (2009). Proyecciones nacionales y departamentales de población 2005-2020. En *Estudios postcensales*, 7. Recuperado de https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/poblacion/proyepobla06_20/7Proyecciones_poblacion.pdf

- Erreguerena, M. (2002). Cornelius Castoriadis: Sus conceptos. *Anuario 2001*, 39-47. Recuperado de <http://studylib.es/doc/4677838/cornelius-castoriadis--sus-conceptos>
- Galtung, J. (1998). *Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución: Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*. Recuperado de https://www.researchgate.net/publication/31729596_Tras_la_violencia_3R_reconstruccion_reconciliacion_resolucion_afrontando_los_efectos_invisibles_de_la_guerra_y_la_violencia_J_Galtung_prol_de_JM_Tortosa_tr_por_Teresa_Toda
- García, R. (2015). El conflicto y la violencia desde las teorías sociales: Un telón de fondo para el caso colombiano. (Documento inédito). Bogotá, Colombia: Facultad de Finanzas, Gobierno y Relaciones Internacionales -CIPE-, Universidad Externado de Colombia.
- Goffman, E. ([1959]2001). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Goffman, E. (1991). *Los momentos y sus hombres: Textos seleccionados y presentados por Yves Winkin*. Barcelona, España: Paidós.
- Gómez, G. (1998). *Breve diccionario etimológico de la lengua española* (2 ed.). México D.F., México: Fondo de Cultura Económica, COLMEX.
- González, Á., Escobar, F. y Castellano, G. (2007). Factores de riesgo para violencia y homicidio juvenil. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, 36(1), 78-97.
- Guzmán, P. y Candia, U. (2010). *Pandillas juveniles en el municipio de San Luis Potosí*. San Luis Potosí, México: H. Ayuntamiento de San Luis Potosí, Dirección de Desarrollo Social, Dirección de Desarrollo Comunitario, Área de Atención a la Juventud. Recuperado de

- https://educiac.org.mx/pdf/Biblioteca/Juventud_e_Identidad/018PandillasJuveniles_en_SanLuisPotosi_Estudio.pdf
- Hazen, Jennifer (2010). Análisis de las pandillas desde la perspectiva de los grupos armados. *Revista Internacional de la Cruz Roja*, (878), 1-21.
- Imbert, G. (1995). La prensa frente al desorden: Representación de la violencia y violencia de la representación en los medios de comunicación. En *Visiones del mundo: La sociedad de la comunicación*. Lima, Perú: Universidad de Lima, Fondo de Desarrollo Editorial.
- Informe Estadístico SISBEN 2017. (Base de Datos Cartagena 2017). Recuperado de <https://www.datos.gov.co/dataset/INFORME-ESTADISTICO-SISBEN-2017/e79j-rxx4>
- Lederach, J. (2003). *El pequeño libro de transformación de conflictos*. Philadelphia, Estados Unidos: Good Books.
- Lederach, J. (2009). *La imaginación moral: El arte y el alma de construir la paz*. Bogotá, Colombia: Norma.
- Liebel, M. (2004). Pandillas juveniles en Centroamérica o la difícil búsqueda de justicia en una sociedad violenta. *Desacatos*, 14, 85-104.
- Light, D., Keller, S. & Calhoun, C. (1991). *Sociología* (5 ed.). Bogotá, Colombia: McGraw-Hill.
- López, C. (2009). *Parches juveniles e imaginarios de la violencia en la ciudad de Cali*. (Trabajo de grado inédito). Universidad del Valle, Santiago de Cali, Colombia.
- Mapa Interactivo Digital de Asuntos del Suelo (MIDAS). (s.f.). [Sistema de información geográfica que permite georreferenciar y gestionar información en un mapa interactivo, v.3]. Disponible en <http://midas.cartagena.gov.co/>
- Márquez, J. (2014). Cartagena: Ciudad de murallas: La violencia juvenil olvidada. En Centro de Recursos para el Análisis de Conflictos (CERAC), *La Violencia Juvenil en Contextos*

- Urbanos* (pp. 151-182). Bogotá, Colombia: Opciones Gráficas. Recuperado de http://www.cerac.org.co/assets/pdf/Libro_Violencia_Juvenil_Capitulo6.pdf
- Marroquín, A. (s.f.). Pandillas y prensa en El Salvador: De los medios como oráculos y de la profecía que se cumplió...con creces. Recuperado de <http://insyde.org.mx/wp-content/uploads/2013/08/12.pdf>
- Martelo, E. (2017, julio 7). 130 jóvenes que integraban pandillas ahora serán microempresarios. *El Universal*. Recuperado de <http://www.eluniversal.com.co/cartagena/130-jovenes-que-integraban-pandillas-ahora-seran-microempresarios-257176>
- Mead, G. (1973). *Espíritu, persona y sociedad: Desde el punto de vista del conductismo social*. Barcelona, España: Paidós. Recuperado de <https://rfdvcatedra.files.wordpress.com/2017/07/mead-george-h-espíritu-persona-y-sociedad.pdf>
- Mejía, M. (2001). Construir educativamente el conflicto: (Hacia una pedagogía de la negociación cultural): Primer Borrador. Recuperado de http://www.feyalegria.org/images/acrobat/ConstruirEducativamenteElConflicto_MRMejia_2001.pdf
- Méndez, R. (1988). *El espacio de la geografía humana*. Madrid, España: Cátedra.
- Messina, G. (1999). Investigación en o investigación acerca de la formación docente: un estado del arte en los noventa. *Revista Iberoamericana De Educación*, 19, 145-207. Recuperado a partir de <https://rieoei.org/RIE/article/view/1057>
- Moreno, A. y Gallardo, Y. (1999). *Aprender a investigar* (3 ed.), Módulo 3: Recolección de la información. Santafé de Bogotá, Colombia: Icfes.

- Moscovici, S. (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires, Argentina: Huemul.
- Murillo, F. (Coord.). (2008). *Módulo síntesis de metodología de investigación: Enfoque etnográfico*. s.l.: Proyecto Nacional de Investigación “Jóvenes Maristas”.
- Musitu, G. y Cava, M. (2001). *La familia y la educación*. Barcelona, España: Octaedro.
- Nieto, J. (2008). *Resistencia: Capturas y fugas del poder*. Bogotá, Colombia: Desde Abajo.
- Niño, F. (2017, octubre 5). Más allá de las pandillas. *El Universal*. Recuperado de <http://www.eluniversal.com.co/opinion/columna/mas-alla-de-las-pandillas-13280>
- Organización de Estados Americanos. (2007). Definición y categorización de las pandillas. Recuperado de <https://www.oas.org/dsp/documentos/pandillas/informe.definicion.pandillas.pdf>
- Peña, A. (2013). Paulo Freire y la teoría de la acción dialógica [post]. En *Paulo Freire: Filósofo del diálogo*. Recuperado de <https://paulofreireacciondialogica.wordpress.com/2013/06/19/paulo-freire-y-la-teoria-de-la-accion-dialogica/>
- Perea, C. (2000). Un ruedo significa respeto y poder: Pandillas y violencia en Bogotá. *Bulletin de l'institut Francais d' Etudes Andines*, 29(3), 403-432. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12629307>
- Perea, C. (2006). *Pandillas en México*. (Informe de investigación). México D.F., México: Red Transnacional de Análisis sobre Maras y Pandillas.
- Perea, C. (2007a). *Con el diablo adentro: Pandillas, tiempo paralelo y poder*. México D.F., México: Siglo XXI.
- Perea, C. (2007b). Definición y categorización de Pandillas: Los casos de Colombia y México. (Anexo II Informe Colombia). Secretaría General de la Organización de los Estados

- Americanos (OEA), Departamento de Seguridad Pública. Washington D.C., Estados Unidos: OEA. Recuperado de <https://www.oas.org/dsp/documentos/pandillas/anexoii.colombia.pdf>
- Perea, C. (2007c). Pandillas: Muerte y sentido. *Urvio: Revista Latinoamericana de Seguridad Ciudadana*, 4, 23-34.
- Pintos, J. (2003). Los imaginarios sociales del delito: La construcción social del delito a través de las películas (1930-1999). *Revista Anthropos: Huellas del Conocimiento*, 198, 161-176. Recuperado de: <http://idd00qmm.eresmas.net/articulos/delitocine.htm>
- Pintos, J. (2015). Apreciaciones sobre el concepto de imaginario. *Miradas*, 13, 150-159.
- Policía Metropolitana de Cartagena de Indias. (s.f.). [Sitio web]. Disponible en <https://www.policia.gov.co/cartagena>
- Ramírez, G. (2008). *La pandilla como una tribu urbana*. (Trabajo de grado inédito). Universidad del Valle, Santiago de Cali, Colombia.
- Ramos, L. (2004). *Características, dinámicas y condiciones de emergencia de las pandillas en Bogotá*. Bogotá D.C., Colombia: Alcaldía Mayor de Bogotá, Instituto Distrital Protección Niñez y Juventud.
- Redacción Sucesos. (2017, agosto 9). Dos muertos y dos heridos dejan dos riñas. *El Universal*. Recuperado de <http://www.eluniversal.com.co/sucesos/dos-muertos-y-dos-heridos-dejan-dos-rinas-259582>
- Redacción Sucesos. (2017, agosto 12). Matan a dos hombres en hechos aislados. *El Universal*. Recuperado de <http://www.eluniversal.com.co/sucesos/matan-dos-hombres-en-hechos-aislados-259792>

- Redacción Sucesos. (2017, agosto 15). Asesinan a joven en medio de una pelea de pandillas. *El Universal*. Recuperado de <http://www.eluniversal.com.co/sucesos/asesinan-joven-en-medio-de-una-pelea-de-pandillas-259967>
- Redacción Sucesos. (2017, octubre 31). Un muerto deja riña de pandillas en Arjona. *El Universal*. Recuperado de <http://www.eluniversal.com.co/sucesos/un-muerto-deja-rina-de-pandillas-en-arjona-265097>
- Rodgers, D. (2006). Cuando la pandilla se pone mala: Violencia juvenil y cambio social en Nicaragua. *Etnografías Contemporáneas*, 2(2), 75-98. Recuperado de <https://www.researchgate.net/publication/265028684>
- Rodgers, D. y Baird, A. (2016). Entender a las pandillas en América Latina: Una revisión de la literatura. *Estudios Socio-Jurídicos*, 18(1), 13-53.
- Rodríguez, O. y Solano, A. (2011). Violencia y dinámicas socioculturales en la Costa Rica urbana. *Intersticios Sociales*, (1), 1-42. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=421739489005>
- Roux, G. (1994). *Negociar paz y vida: Una alternativa para las bandas juveniles*. Estados Unidos: Washington D. C.: Conferencia Interamericana sobre Sociedad, Violencia y Salud. Organización Panamericana de la Salud (OPS) / Organización Mundial de la Salud (OMS).
- Ruiz, G. (s.f.). *Entender la violencia para construir la paz*. Trabajo inédito en poder de los autores de este trabajo.
- Sanmartín, J. (Coord.). (2004). *El laberinto de la violencia: Causas, tipos y efectos* (2 ed.). Barcelona, España: Ariel.

- Sylvester, G. (26 de octubre de 1929). Qué significa la vida para Einstein. *The Saturday Evening Post*. Recuperado de http://www.saturdayeveningpost.com/wp-content/uploads/satevepost/what_life_means_to_einstein.pdf
- Servicio de Noticias de la Cámara de Representantes (SENCAR). (2012). Pandillas juveniles, un mundo por cambiar. Recuperado de <http://qa.camara.gov.co/portal2011/noticias-destacadas/308-destacados-junio/2043-pandillas-juveniles-un-mundo-por-cambiar>
- Sierra, Á. (2005). La responsabilidad del investigador periodístico de la violencia. En: M. Cerbino (Ed.), *La violencia en los medios de comunicación, generación noticiosa y percepción ciudadana* (pp. 131-148). Quito, Ecuador: Flacso. Recuperado de <http://www.flacsoandes.edu.ec/libros/digital/46114.pdf>
- Silverstone, R. ([1999]2004). *¿Por qué estudiar los medios?* Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Smutt, M. y Miranda, J. (1998). *El fenómeno de las pandillas en el Salvador*. San Salvador, El Salvador: Unicef, Flacso.
- Tamayo, M. (1999). *Aprender a investigar, Módulo 2: La investigación* (3 ed.). Santafé de Bogotá, Colombia: Icfes.
- Universidad Nacional de Colombia. Unimedios, Agencia de Noticias UN (2009, febrero 20). Análisis. John Paul Lederach, un académico de la paz. Bogotá D.C.
- Valencia, H. (2009). Odio y racismo en la institución imaginaria de la sociedad globalizada. *Astrolabio: Revista Internacional de Filosofía*, 9, 231-240.
- Valencia, H. (2015). Dialéctica de la significación y dialéctica del poder en el pensamiento político de Cornelius Castoriadis. *Prometeica: Revista de Filosofía y Ciencias*, 5(11). Recuperado de <https://prometeica.com/ojs/index.php/prometeica/article/view/127>

- Vélez, O. y Galeano, M. (2002). *Investigación cualitativa, Estado del arte*. Medellín, Colombia: Universidad de Antioquia, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Centro de Investigaciones Sociales y Humanas (CISH).
- Villamil, J. (2017, mayo 21). Cartagena ha perdido su territorio con el crack urbano. En *Caracol Radio*. Recuperado de http://caracol.com.co/emisora/2017/05/21/cartagena/1495322124_943496.html
- Villegas, F. (2005). Las pandillas juveniles de Lima. *Espacio Abierto: Cuaderno Venezolano de Sociología*, 14(1), 73-95. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/122/12214104.pdf>
- Vinyamata, E. (2006). Alternativas de solución pacífica de conflictos violentos: el caso de las pandillas. *Quórum: Revista de Pensamiento Iberoamericano*, 16, 95-102. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/520/52001609.pdf>
- Violencia. (s.f.). En www.dechile.net. Recuperado de <http://etimologias.dechile.net/?violencia>
- Zamora, J., Marcial, R. & Vizcarra, M. (2014). Porque así soy yo: Identidad violencias y alternativas sociales entre jóvenes pertenecientes a “barrios” o “pandillas” en colonias conflictivas de Zapopan. México: SEGOB/Gobierno Municipal de Zapopan, El Colegio de Jalisco, CONFIN, Sistema Nacional de Seguridad Pública.
- Zuleta, E. (2006). Sobre la guerra. Santiago de Cali, Colombia: Universidad del Valle, Facultad de Humanidades.
- Zúñiga, M. (2008). ¿Modelos o monstruos?: Las personas jóvenes presas de las proyecciones patriarcales. *Pasos*, Segunda época, 137, 21-30. Recuperado de <https://core.ac.uk/download/pdf/35227156.pdf>
- Zúñiga, M. (2010). Heridas en la memoria: La guerra civil salvadoreña en el recuerdo de niñez de un pandillero. *Historia Crítica*, 40, 60-83.

Zúñiga, M. (2013). Conocer el odio: Hacia una interpretación de la narrativa de pandillas salvadoreñas. *Historia Social y de la Educación*, 2(1), 23-46.

Anexo 1

Para una Etnografía de la Cárcel: “Hacer Muela”

La cárcel, como lo mostró Michael Foucault en *Vigilar y castigar*, no cumple la función para la cual fue creada: la transformación del alma y la conducta. En el caso de los jóvenes pobres de Cartagena que ingresan al establecimiento carcelario de Ternera directamente desde la pandilla; la cárcel, al tiempo que deforma sus almas, los “aconducta” hasta tal punto que se ven abocados a dejar atrás los odios y las enemistades, para convivir en paz con los enemigos que extramuralmente han marcado su vida. Para hablar de la vida en la cárcel nos permitimos reproducir las vivencias contadas por Mario, un joven de Palestina que fue encarcelado, según cuenta él, a causa de un homicidio que no cometió:

La cárcel no es vida... y en Ternera, menos... Ahí no hay na', en esa cárcel no hay na'... Ternera todos los días es lo mismo... Allá no hay vida, vale, hay que sobrevivir. Allá tienes dos formas de sobrevivir: si, bueno, yo lo hice con la cabeza; si lo haces con el corazón, te clavas, porque te toca pelear con cualquiera pa' demostrar que tú si peleas, porque allá te provocan pa' probarte. De to'o se enteran allá: “viene no sé quién de la calle, ese es de tal barrio”. Allá saben todo de ti antes de tú entrar, hasta de por qué vienes y to'o. Entonces, al saber que tú eres pelionero acá en la calle, entonces buscan la manera de que tú, pelear contigo, pa' ve si te dejas seguir... a probarte. Buscan cualquier cosita en la fila, en el roce, cualquier cosa en la comida, cualquier cosa te hacen... Probarte el pulso pa' ve si te cogen de monita. Entonces, si te dejas, o te matan o matas, y es peor allá adentro: ¿pa' onde vas a correr? Entonces uno tiene que buscar; yo jugué por inteligencia, yo hablaba con to'o el mundo, hasta con los de Pablo Sexto. Allá adentro, Alfonso, yo adentro con él adentro éramos y que vale, allá... Uno allá le dice muela a esa vaina... Ellos

estaban claros que cómo era, cómo era allá adentro. Yo les decía: “Esto es así, toca así...”. No, es que la cárcel es la cárcel y calle es otra cosa... En la cárcel toca así, porque estamos to’os ahí mismo. Entonces, uno busca la manera de estar con los barrios más cercanos allá adentro, porque allá adentro tú no puedes estar tampoco solo; si estas solo, el boro más grande va por ti, te dan duro. Entonces tú tienes con quién, o sea, piensan pa’ hacerte algo, porque saben que tú también tienes gente; o sea, allá es así: se unen los barrios más cerquita... Aunque sean culebra... Eso nos toca obliga’o pa’ sobrevivir, porque allá no se vive.

Anexo 2

Cartografía del Conflicto

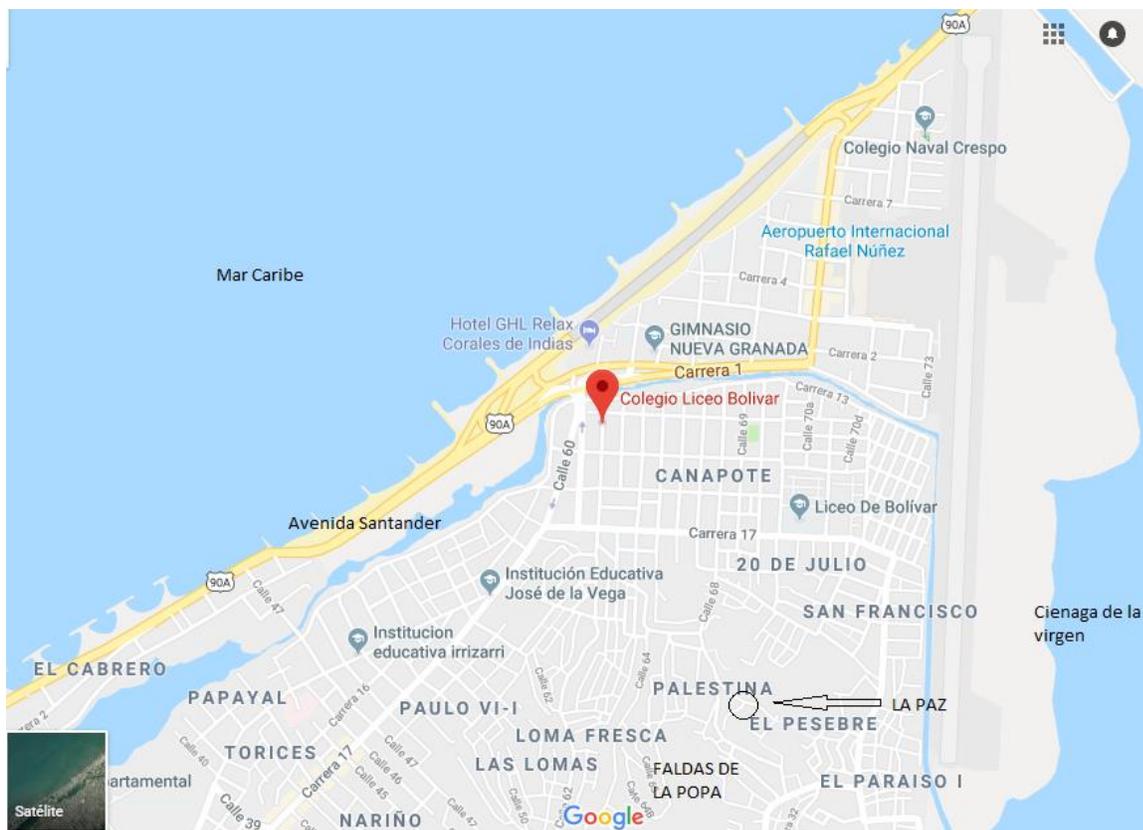


Figura 7. Ubicación geográfica de los barrios Palestina, Pablo VI y La Paz de Cartagena.

Fuente: Google Maps.

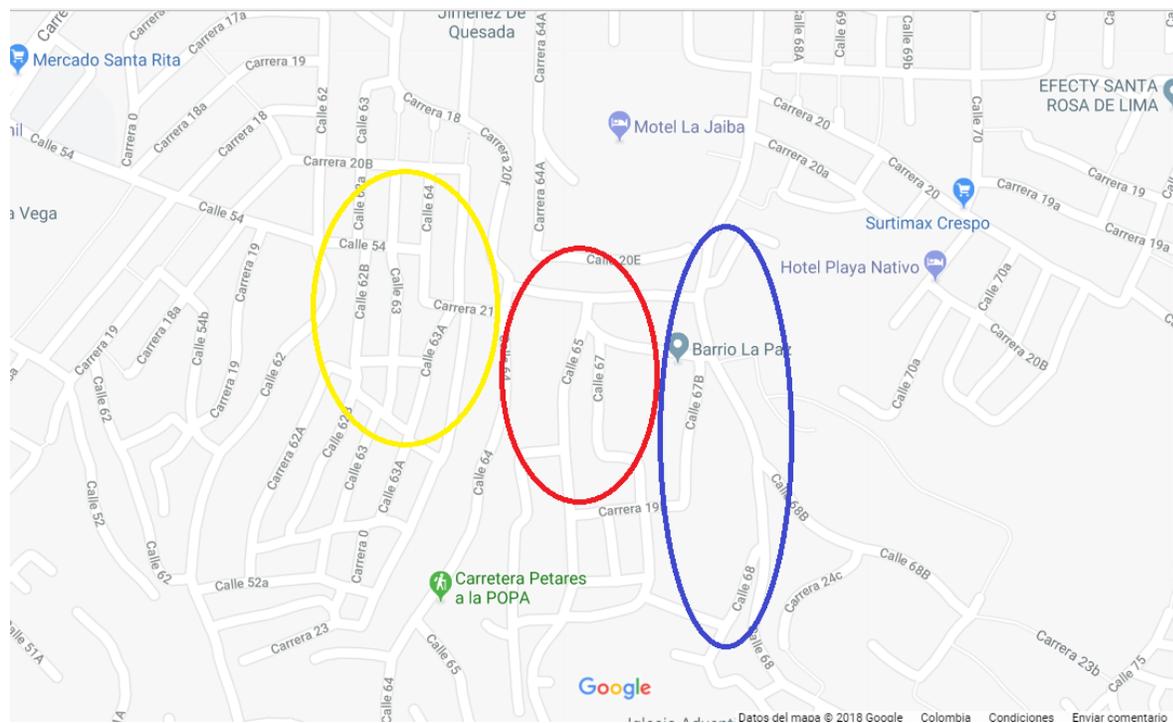


Figura 8. Zonas de influencia aproximadas de las pandillas en los barrios Pablo VI, Palestina y La Paz. En amarillo, la zona de influencia de Los Samuray y Los Tóquenlo; en rojo, la de Los Matarrata; y en azul, la de Los Menores.

Fuente: Google Maps.



Figura 9. Calle principal del barrio Palestina. A la izquierda, la carrera 21, frontera invisible entre Los Menores y Los Matarratas. Palestina Campo (calle 67), zona de seguridad de Los Matarratas, y de frontera y peligro para Los Menores. Calle principal de Palestina (calle 66), zona de seguridad de Los Matarratas y zona de peligro de Los Menores.

Fuente: Google Street View.



Figura 10. Calle principal del barrio La Paz. La calle principal de La Paz (calle 68) hasta la carrera 17 (carretera principal del barrio Daniel Lemaitre) es zona de seguridad de Los Menores y zona de riesgo para Los Matarratas.

Fuente: Google Street View.



Figura 11. Esquina del Colegio Rochy con vistas al Barrio Palestina. La calle de la parte superior lleva al Barrio Palestina, la carrera de la derecha conduce al Barrio Pablo VI. Algunos jóvenes en conflicto consideran que la esquina es una frontera conflictiva.

Fuente: Google Street View.



Figura 12. Esquina colegio Rochy con vistas al barrio Pablo VI. Colegio Rochy, sobre la carrera 20f (La Heroica), zona de seguridad para Palestina, hasta llegar a la calle 64 (Calle de los Cerderos), en donde termina la zona de seguridad de Los Matarratas. Aunque en los mapas que construyeron los jóvenes de Pablo VI II esta también es una zona de seguridad para ellos. Consideramos, haciendo un análisis de las intenciones de ambos grupos de reducir el territorio que controla el otro, que esta zona se configura como un escenario de disputa. Para Los Matarratas es fundamental señalar este territorio como controlado por ellos, pues de lo contrario, esto significaría que ellos están encerrados, teniendo una ostensible limitación en su movilidad.

Fuente: Google Street View.



Figura 13. Carrera La Heroica. La carrera 20f (La Heroica), entre las calles 66 y 68, es una zona de conflicto entre Los Matarratas y Los Menores.

Fuente: Google Street View.



Figura 14. Los Cerderos. Calle 64 (Los Cerderos), paralela a Palestina y que conduce a Loma Fresca, es para Los Matarratas zona de seguridad y para los Tóquenlo (relevo generacional de Los Samuray) una zona de conflicto.

Fuente: Google Street View.



Figura 15. Calle 64. La calle 64, bajando hacia la carrera 17 (carretera principal del barrio Daniel Lemaitre) es una zona en la que el conflicto no es latente, por lo cual Los Matarratas y Los Tóquenlo se sienten seguros bajando por ahí, pese a que un encuentro fortuito podría generar un enfrentamiento.

Fuente: Google Street View.



Figura 16. Calle Fanny, vista desde Los Cerderos. Pablo VI II, carrera 21 (Calle Fanny), vista de la calle 64 (Los Cerderos). Zona idónea de conflicto, entre otras razones, debido al abastecimiento de piedras por estar sin pavimentar.

Fuente: Google Street View.



Figura 17. Calle Fanny, vista desde la calle 54. Pablo VI II, Carrera 21 (Calle Fanny), vista desde la calle 54. Esta carrera al final conecta con la calle de los Cerderos, zona de conflicto ideal gracias a la posibilidad de abastecerse de piedras.

Fuente: Google Street View.



Figura 18. Cartografía del conflicto visto desde un líder de Pablo VI. El mapa fue dibujado desde la parte inferior de la hoja. Las líneas amarillas significan lugares de tranquilidad, mientras que las líneas rojas son lugares de conflicto. Hacia Loma Fresca (parte superior), el conflicto se agudiza con Los Águilas; hacia el lado derecho, con La Alberquita; y hacia el izquierdo, con Los Matarratas.

Fuente: exmiembro de Los Samuray.

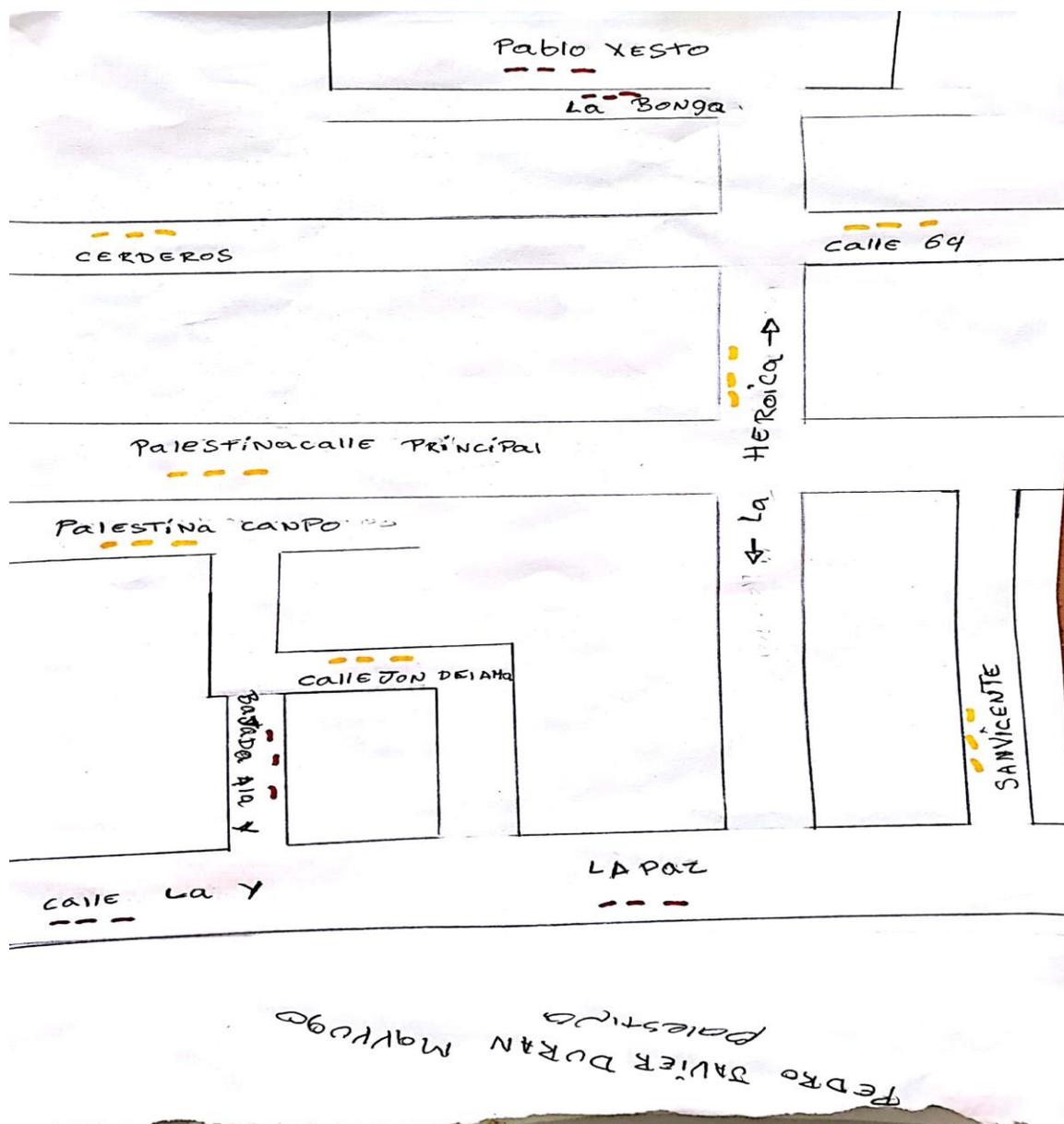


Figura 19. Cartografía del conflicto visto desde un joven en conflicto de Palestina. El mapa fue dibujado desde el centro del lado izquierdo de la hoja. Las líneas amarillas representan zonas de tranquilidad, mientras que las líneas rojas son potenciales zonas de conflicto. Hacia la izquierda en el sentido que fue realizado el mapa, pueden presentarse conflictos con Pablo VI. A su vez, hacia el lado derecho, se muestran posibles conflictos con La Paz.

Fuente: joven en conflicto del barrio Palestina.

Anexo 3

Glosario de Palabras y Expresiones Utilizadas por los Jóvenes en conflicto Entrevistados

Ábrete: forma de expresar distancia entre individuos o grupos: “ábrete de aquí”, es la expresión que utilizan habitualmente para pedir a una persona que se vaya.

Apodo: pseudónimo que distingue a una persona.

Arrastre: llevar a un individuo a un sitio determinado, al cual no iría por voluntad propia, utilizando como gancho el encanto de una mujer.

Azarar: agitar los ánimos: “deja de azarar”; es parecido a decir: *deja de provocar*.

Bacano/a: sinónimo de agradable, chévere.

Baqueteado/a: persona que sale corriendo, porque la están agrediendo; persona que viene huyendo. Por lo general, cuando un grupo persigue a una persona y a esta le toca salir corriendo, es habitual decir “lo baquetearon”.

Bazuco: residuo de la cocaína cocinado en gasolina roja, mezclado con cualquier sustancia cáustica.

Bobo/a: relativo a inocente, ingenuo.

Bonche: referente a personas que andan en grupo.

Boro: referente a pandillas y a un grupo de amigos que comparten intereses en común: “en mi boro todos nos cuidamos entre sí”. Tiene un significado parecido a decir: “en mi grupo todos nos cuidamos entre sí”.

Buseta: vehículo más pequeño que un bus.

Cabrearse: tirar la toalla, desistir de algo; ponerse molesto. “Cabréate de la pelea”, le dijeron los residentes de un sector a un joven en conflicto.

Calentar oído: dialogar con una persona para convencerla de algo. “No me calientes el oído”, le dice la mujer al hombre que quiere conquistarla; “no me vengas a calentar el oído”, le dice un joven en conflicto a otro que viene hablar mal de un aliado.

Cancha: espacio o lugar para la práctica deportiva y recreativa.

Cascar: acción de pegar, agredir a una persona o animal.

Cascaron: relativo a cascar, “me cascaron” es similar a decir me pegaron.

Chacho/a: relativo a valiente: “ese pelao se cree el chacho”, es el análisis que puede hacer un joven en conflicto de otro.

Champeta: 1. Género musical oriundo de Cartagena y San Basilio de Palenque, en el que se mezclan ritmos ancestrales africanos con percusiones y sonidos del Caribe. 2. Cuchillo de hoja ancha que utilizan los jóvenes incursos en la violencia de pandillas, para agredir a sus enemigos o para realizar los robos; herramienta que sirve a vendedores de frutas y carnes para cortar.

Changón (changona): arma de fuego de fabricación casera, con cache de palo, que dispara balines.

Chiquito: referencia a pequeño, “ese pelao sí es chiquito”.

Chulos: muertos en riñas, vendettas y sicariato.

Coger de monita: relativo a coger de soda.

Coger de soda: relativo a tener montada: “¿qué, me quieres coger de soda?”, es la expresión que dice una persona cuando siente que siempre lo quieren agredir o elegir para hacer cualquier cosa indeseada.

Coger el pulso: medir la valentía y el coraje de una persona.

Compa: abreviación de compañero; también significa amigo.

Coronar: lograr algo, conseguirlo. La frase “coroné a esa lea”, quiere decir: “conquisté a esa mujer” o “tuve relaciones sexuales con ella”.

Cuadra: distancia que separa una esquina, calle o carrera, de otra.

Cuchillo: elemento que sirve para cortar; por lo general, se utiliza en las cocinas de las casas.

Culebra: relativo a enemigo o problema. “Ahí viene una culebra” es lo mismo que decir: “ahí viene un enemigo”; otra expresión es: “me gané una culebra”, significado semejante a “me gané un problema”. Por ejemplo, cuando una persona por accidente lanza un balón y rompe un vidrio de un carro, dice inmediatamente: “me gané una culebra”.

Dañar la mente: envenenar los pensamientos de una persona. Cuando una persona cambia de actitud y de comportamiento, haciendo el mal, es frecuente escuchar: a esa persona le dañaron la mente.

Embarrar: cometer un error: “la embarré”.

Empeñar: entregar un objeto a cambio de un dinero, el cual posteriormente es devuelto, cancelando la suma de dinero pactada.

Estrilar: relativo a protestar: “tú por todo estrilas”, es similar que decir: *tú por todo protestas*.

Fachada: eventos falsos para ocultar los verdaderos fines.

Fiar: entregar un producto confiando en que se pagará posteriormente: “te fio este litro de leche, me lo pagas mañana”.

Fierros: armas de fuego.

Figura: persona que genera sospecha, impacta o llama la atención.

Frentiar el corte: estar dispuesto para la pelea.

Guapo/a: persona brava, valiente, que no tiene miedo.

Hacer Muela: alianzas obligadas por intereses. Por ejemplo, en una ocasión les tocó “hacer muela” a dos jóvenes en conflicto enemigos que coincidieron en la cárcel, para poder sobrevivir frente las agresiones de otros presos.

Hacer un quieto: significa *hacer un atraco*. La frase se deriva de la advertencia que realiza un delincuente cuando atraca a una persona: “quieto ahí”, para indicarle que no se mueva.

Hay mente: disposición, pensamiento o ánimos para pelear. Cuando un joven en conflicto se encuentra con un enemigo y dice la expresión “hay mente” o “no hay mente”, está preguntando: ¿vienes, o no vienes en disposición de pelea?

Hechizo/a: arma de fuego de fabricación casera, parecida a una pistola. Puede disparar vidrios, puntillas, balines, etc.

Jíbaro: expendedor de droga.

Joder: acción de molestar, meterse con una persona o animal. “Tú sí jodes”, es lo mismo que decir: “tú si molestas”. Otro significado es herir gravemente o matar a alguien: “lo jodiste”, expresa la misma idea que *lo mataste o lo heriste*.

Lea: hace referencia a una mujer joven: “esa lea sí está buena”, significa que esa mujer es bonita, es atractiva físicamente.

Limpio: persona que no tiene dinero: “Estoy limpio” significa estar sin dinero.

Lío: relativo a problema. “Me gané un lío” es semejante a expresar “me gané un problema”.

Machetazo: cortar con un machete: “Me pegaron un machetazo” hace alusión a una herida producida con un machete.

Machete: herramienta de corte, también utilizada como arma. Es más largo que un cuchillo y más pequeño que una espada.

Machetilla: machete pequeño, más corto que un machete.

Man: hombre.

Manguerazos: golpiza propinada con pedazos de mangueras.

Marca: herida emocional inefable. También puede ser la cicatriz que deja una herida causada por una agresión física o golpe cualquiera.

Marica: persona que no es precavida en medio de un escenario de confrontación. Cuando una persona camina por un barrio enemigo sin ninguna compañía, es recurrente que los jóvenes en conflicto de ese barrio lancen la expresión: “¿esté man qué es, marica?”, es decir, cómo se le ocurre a esta persona meterse por el territorio enemigo sin protección o compañía.

Montársela a uno: expresión que significa señalamiento o agresión continua a una persona: “se la montaron a uno”.

Mototaxista: persona que presta un servicio público de transporte con una moto.

No copian: no entienden, no hacen caso: “Esos pelaos no copian”, vienen con todo a agredir.

Paisano/a: relativo a amigo, compañero.

Palenquero/a: persona originaria de San Basilio de Palenque.

Parche: encuentro ocasional y espontaneo de un grupo, en el que se hace uso del tiempo libre.

Partir: palabra que indica destrucción física de cosas y personas.

Pase de Coca: porción de cocaína inhalada.

Pedazo: territorio defendido por un grupo que, en el proceso de construcción simbólica e imaginaria de la identidad, obtiene una valoración y afectos propios del grupo que detenta el poder en ese lugar: “Uno somos los que cuidamos todo ese pedazo por ahí”, se refiere a que se defiende el territorio.

Pelaito: referente a niño pequeño.

Pelaos: jóvenes adolescentes.

Pelea: enfrentamiento con uso violento de la fuerza.

Peleonero: que le gusta la pelea.

Peliar: pelear, participar en riñas y combates callejeros. Los jóvenes en conflicto y otros hablantes tienden a cambiar la vocal *e* por la *i*; de ahí que pronuncien *peliar*, en vez de *pelear*.

Peñón: relativo a piedra grande, roca.

Pepa: relativo a droga. “Me metí una pepa” significa me tomé una droga, sea alucinógena, psicoactiva o depresora del sistema nervioso central

Perico: forma de cocaína llamada clorhidrato de cocaína, se consume inhalado o inyectado.

Pesada/o: referente a difícil, complicado: “la vaina está pesada”, significa que la cosa o situación esta complicada; “se metió la pesada”, indica que llegaron una serie de personas con liderazgo o rango alto o capaces de generar acciones muy violentas.

Pescadito: navaja pequeña de hoja curvada desplegable, parecida a un pez.

Pillar: relativo a percatarse, advertir, fijarse, tomar nota.

Pinta: relativo a ropa, vestimenta bonita: “me gustaría estar tirando pinta”, expresa como idea el gusto por querer vestirse con ropa bonita, chévere.

Plata: referente a dinero.

Poner cara: 1. Gesticular molestias con el rostro; cuando una persona nota que le están haciendo mal gesto con el rostro, dice la expresión: “no me pongas cara”. 2. Expresiones de disgusto frente a acciones o palabras.

Pri: diminutivo de primo. También puede ser utilizado para dirigirse a un amigo o compañero.

Primo/a: 1. Pariente familiar, hijo/a de un tío/a. 2. Expresión que señala un fuerte aprecio hacia una persona.

Punzón: herramienta con extremo de punta aguda para generar agujeros.

Puñalada: agresión con un puñal.

Puya: expresión sarcástica, ofensiva e indirecta, lanzada a una persona.

Quemón: Dolor producido por el impacto o rose de una bala.

Raqueta: relativo a requisar a una persona. Un joven en conflicto decía: “cuando le hacían la raqueta al man, o algo, descubrían que el man llevaba un revolver”.

Rebusque: ganarse la vida de cualquier forma, por lo general trabajo informal: “hay que rebuscarse la vida”, significa que hay que ganarse la vida haciendo cualquier cosa.

Revólver: arma de fuego, caracterizada por llevar la munición dispuesta en un tambor o cilindro.

Romper Cabuya: Crear discordia entre pandillas a través de la cizaña para romper una alianza.

Se enamoran: alusivo a sentirse perseguido o amenazado por los miembros de otro grupo o pandilla. Relativo a *montársela a uno*.

Solito: arma de fuego artesanal de un solo tiro.

Sonsacar: convencer a una persona para realizar alguna actividad, plan o trabajo, aunque esta persona ya esté haciendo algo. También es utilizada para referirse al acto de exacerbar el estado anímico de una persona.

Tener montada: acción de señalar o agredir psicológica o físicamente a una persona de forma sistemática.

Tirar finanzas: lanzar expresiones para fastidiar a una persona.

Tirar: lanzar; dar algo de dinero. Una expresión muy común es “te tiro para la gaseosa”, es decir, te doy este dinero para que compres la gaseosa.

Tombos: referente a policías. “Se metieron los tombos” es una expresión bastante frecuente para advertir la llegada de la fuerza pública.

Trin: cualquier cosa.

Vaina: 1. Cosa cualquiera. 2. Cosa que carece de importancia.

Vale: relativo a amigo, compañero.

Valecita: amigo o compañero muy cercano.

Viaje: 1. Persona que está bajo los efectos de la droga: “ese man estaba en su viaje” significa *esa persona estaba drogada*. 2. También puede entenderse como problema.

Viendo maluco: mirar feo a una persona, animal o cosa; relativo a poner cara.

Visaje: amague, gesto, mímica. Cuando una persona pasa con frecuencia por el lado o cerca de otra persona, es normal que esta última persona, en tono de reclamo, diga: ¿cuál es tu visaje?, es decir, qué planeas, qué tramas, cuáles son tus intenciones, por qué pasas tanto por aquí.

Anexo 4

Índice de Audios de Entrevistas Realizadas. Cartagena, junio 16 a septiembre 1° de 2017

No.	Fecha	Entrevistas
1	Junio 16	Entrevista individual con Pablo , líder de la pandilla Los Matarratas del barrio Palestina.
2	Junio 16	Primera entrevista individual con Davinson : exmiembro y antiguo líder de la pandilla Los Poquiticos del sector Sinaí, del barrio San Francisco.
3	Junio 20	Entrevista individual con Germán Ruíz Páez, profesor de la Universidad de Cartagena y asesor del trabajo de grado.
4	Junio 23	Entrevista con grupo focal de Los Matarratas del barrio Palestina.
5	Junio 23	Entrevista individual con Ariel Valdés, líder cultural del barrio Pablo VI-II.
6	Junio 30	Entrevista en Profundidad con Germán, Alan y Ana de la pandilla Los Matarratas del barrio Palestina.
7	Julio 14	Entrevista en Profundidad con Yerry de la Pandilla Los Menores del barrio La Paz.
8	Julio 14	Segunda entrevista individual con Davinson sobre el origen de las pandillas.
9	Julio 28	Entrevista con grupo focal pandilla Los Menores del barrio La Paz: Yoel, Yeison y Yerry .
10	Agosto 4	Entrevista con grupo focal pandilla Los Tóquenlo del barrio Pablo VI-II.
11	Agosto 14	Entrevista en Profundidad con Emerson de la Pandilla Los Samuray de Pablo VI-II.

Anexo 5

Video Conversatorio de Jóvenes Líderes [CD-ROM]